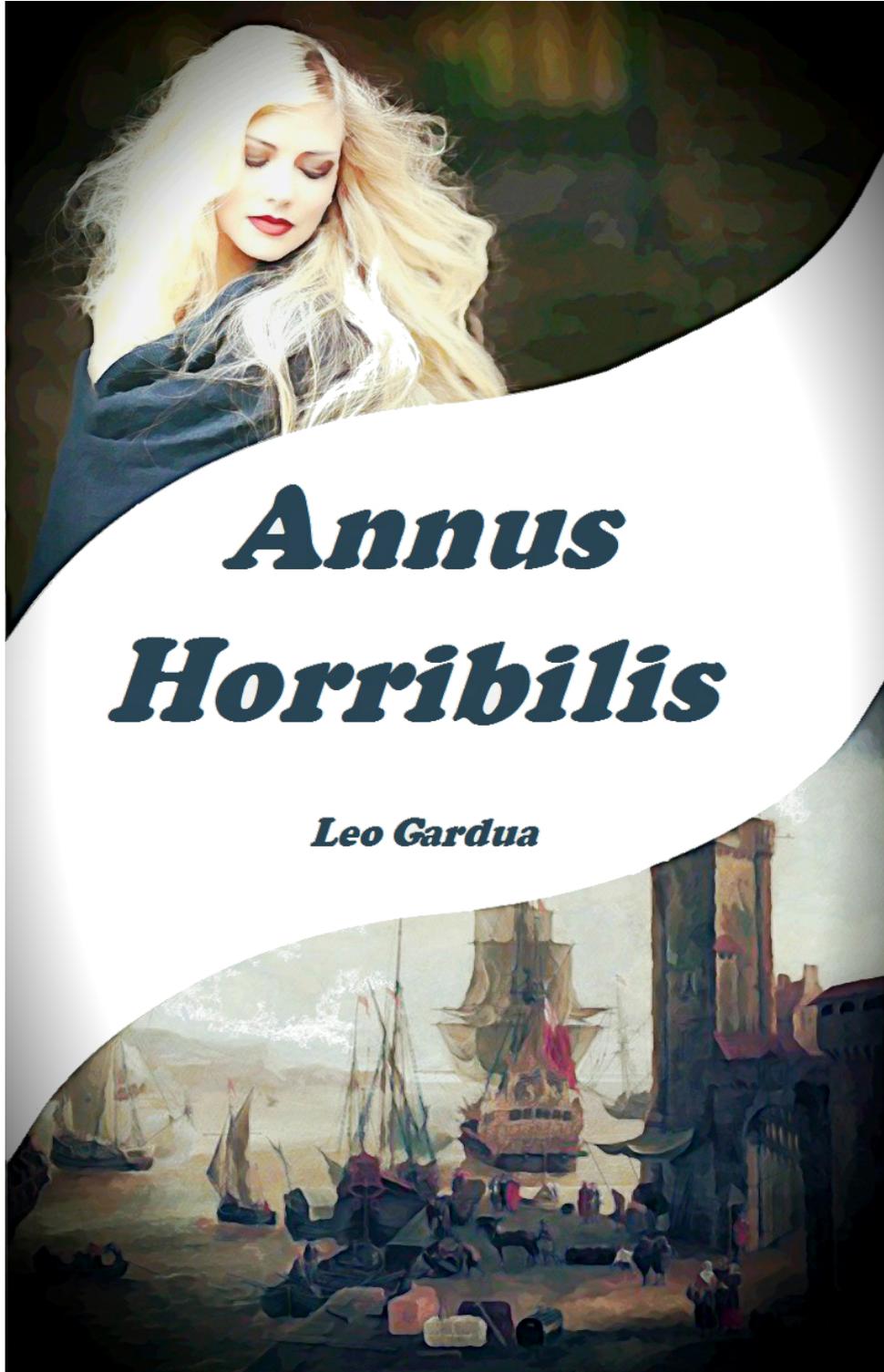


# Annus Horribilis

Leo Gardua



# ***Annus Horribilis***

***Leo Gardua***

## Capítulo 1

Elisabeth conocía la muerte de primera mano, el pasado invierno acompañó en su fin a una longeva vecina; pero no imaginaba que lo fuera a atrapar a él, el único padre y madre que había conocido. No había cumplido los cincuenta y ya iba a morir. Sin saber qué hacer, le contemplaba a los pies de la cama con los ojos colmados de lágrimas que no permitía escapar.

El viento se dejaba oír golpeando la portezuela del patio, aullando por los rincones. Se colaba por el cerco de la ventana para hacer bailar a su son la llama de la vela, contoneando las sombras del diminuto aposento.

Las gotas amarillentas de cera marcaban con su caída el avance de la noche.

—Debes escuchar a ese hombre, la verdad sobre tus padres. Hubiera preferido desvelártela lejos de aquí, pero ya no hay tiempo... —El moribundo se apagaba.

—Guardad reposo, el médico ha dicho que no gastéis vuestras fuerzas.

Adam movió la cabeza, sabía que su último viaje estaba cercano. Tomó la mano de la joven y la observó con unos ojos, que, aunque ahora estaban rodeados de moradas ojeras, irradiaban el carácter bondadoso con el que había alentado durante años a las gentes de Bristol. No era ni la sombra de lo que fue, ahora su frente había ganado terreno al pelo rubio y canoso, y su bigote se había desbordado a lo largo de la cara.

Cada bocanada de aire le agujereaba el estómago.

Ella rondaba los veinte, aunque su gesto juicioso le hacía aparentar más. Tenía el pelo castaño de su padre y era guapa, como lo fue su madre, de la que había heredado unos ojos, claros y astutos.

El suelo rechinó al ritmo desigual de la cojera de Alec, que se acercó hasta la puerta. La vela perfilaba su corpulenta silueta. Con barba y melena de franjas grises, las rayas de sus telas escocesas se alzaban desde su falda para bordear una camisa que un día fue blanca. El rostro, duro y agrio, coronaba el perfil con dos ojos cansados que relucían en la oscuridad.

No entendía de donde había salido ese hombre. Siempre le habían prevenido sobre los montañeses: rudos y temerarios. Sin embargo, Alec no le era del todo desconocido, recordaba haberle visto merodeando hacía apenas un año, incluso llegó a atribuirle el repentino empeño de Adam por

cerrar su negocio y marcharse de la ciudad.

—Comprendo vuestra aflicción. —La voz áspera del hombre contrastaba con su melodioso acento—. Aun así, me ha insistido en que os entregue ahora mi correspondencia.

—Elisabeth, tienes que saber cómo... —el dolor le impidió seguir hablando.

El escocés dejó sobre la mesa una cartera de piel, atada con un cordón oscuro. Cuando salió, la chica, animada por los gestos del enfermo, deshizo los nudos con curiosidad. Al abrirla, el olor a oveja del cuero se mezcló con el humo de la chimenea. En su interior se agolpaban varios manuscritos y cartas de lacre roto. Tomó algunas de ellas: databan de 1664, un año antes de su nacimiento, y las firmaba Emma Norman, su madre.

Un brillo despuntó entre los papeles. Sus dedos lo inspeccionaron en un acto reflejo. Era un herrumbroso medallón con forma de corazón. Las oquedades y restos de pedrería evidenciaban una borrosa figura que antaño adornó su parte central.

Atendió de nuevo a Adam, el dolor le había concedido una tregua que aprovechaba para descansar, así que tomó la primera carta y comenzó a leer.

Esta vez no era su madre la que firmaba, sino un tal Graham Owen.

*“A la atención del Sr. Martin Page, distinguido comerciante de Bristol: Estimado caballero, quizás os extrañe recibir correspondencia del párroco de un pequeño pueblo escocés. Pues bien, sabed que el motivo de mi carta es informaros sobre las circunstancias que Alec, un buen vecino de la parroquia, me ha desvelado...”*

## Capítulo 2

Atrás quedaron las horas de bullicio, los barcos habían recogido sus velas. Al atardecer las olas parecían pinceladas que esbozaban el tranquilo faenar del muelle. Continuaba el trasiego, pero más calmado que unas horas antes: un marino hacia recuento de barriles, grupos de oriundos comentando lo más destacado del día, un par de mulas que trotaban animosas y un perro ladrando a los niños y a sus juegos. El olor a brea, pescado y salitre envolvía a los viandantes, mientras las gaviotas buscaban algún pescado extraviado entre chillido y chillido.

Samuel explicaba a Emma la procedencia de los barcos que conocía, y le mostraba sus adornos. La alegría, juventud y felicidad que desprendía la pareja hacía contrapunto con el ama de llaves, bajita, corpulenta y vencida por la vida. Sus ojos asomaban bajo el pañuelo que cubría su cabeza para no apartarse de su señorita, centelleando cuando la mano del muchacho se posaba en el hombro de la joven.

Él, pese a haber trabajado todo el día, conservaba un porte elegante. Con pelo castaño y corto, lucía una pañoleta blanca que le rodeaba el cuello, a juego con la empuñadura de su traje de paño marrón. Ella, de piel blanca y pelo dorado recogido en un moño, oprimía su cintura en un vestido azul. Delicada y descansada, disfrutaba de la compañía del joven con curiosidad. Aquellas faenas le eran totalmente ajenas, muy distantes de tocar el clavicordio, bordar o cualquier otra actividad apropiada para una joven cercana a la aristocracia.

Pararon a contemplar el ángel que extendía sus alas de madera sobre la proa de un galeote. A ella le sorprendía que aquella nave abarrotada de cargamento, cuyas ventanas dejaban ver un interior similar al de una casa, con candiles, mesas y asientos, pudiera flotar en el agua. Tras recrearse del prodigio, Samuel comentó cómo él y su amigo Adam, corrían de niños al ver llegar los grandes barcos, apuntándolos con el dedo cuando los oteaban en el horizonte.

Aún perdían su mirada en los mástiles de la nave, cuando una carreta sucia y desvencijada se detuvo a saludarlos:

—Señorita Emma. ¡Qué alegría veros!

El hombre, algo mayor que ellos, de cara delgada, coleta y gesto sereno, no pudo ocultar su rubor cuando la muchacha le miró a los ojos para responderle:

—¡James! Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que nos vimos.

Ambos guardaron un incómodo silencio, hasta que James, sin saber bien qué decir, arrancó:

—He tenido que acompañar a Lord Hamilton. Ha residido unos años en Londres, cuestiones de la corte. Permittedme presentaros a Catherine, mi esposa —La mujer, con ropa sucia y aspecto de campesina, saludó fríamente—, y la alegría con que Dios ha bendecido mi vida: mi hija. ¡Elena, saluda a la señorita! —voceó hacia la parte trasera del carro.

Una niña sonriente de cabello encrespado, mejillas rojas y aspecto de gato juguetón salió de entre una multitud de objetos para saludar con la mano.

Emma le devolvió la sonrisa y, girándose hacia su acompañante, añadió:

—James, os presento a Samuel Page.

—¿Samuel Page? —preguntó James—. ¿El hijo de Martin? Alguna vez os he comprado especias en el puerto.

—El puerto es nuestro segundo hogar —respondió el muchacho tendiendo la mano—, siempre hay faenas que atender.

Tras el breve saludo, James fingió tener prisa, antes de que su mujer exasperase. Catherine sólo se apaciguó en la distancia. Sabía que su marido había intentado cortejar a aquella muchacha, y su presencia o incluso su nombre le hacían sentirse en un segundo lugar.

Samuel, aprovechó que el ama de llaves se había distanciado para evitar entablar conversación con James y preguntó con sorna:

—¿Así que este fue vuestro antiguo pretendiente?

—¡Oh! El pobre James. Mi padre no dudó en mostrarse indignado ante su propuesta. Un sirviente pidiendo la mano de su hija... No le permitió ni comenzar su disertación.

—Y hará lo mismo conmigo.

—Esta vez, yo intercederé en vuestro favor. Sólo os pido un poco de paciencia, su temperamento se encuentra turbado en estos días. Aguardad un tiempo antes de hablar con él.

—¿Y cuánto deberé esperar, otros dos años?

La conversación fue interrumpida por el saludo de los patrones de las naves a Samuel. Él, tras enseñarles un par de naves más, acompañó a las damas hasta que el viejo cochero de los Norman pasó a recogerlas. El

hombre, como de costumbre, apenas saludó. Con sus ojos azules y duros mirando al infinito, paró el caballo, aguardó a que subiesen y azuzó al famélico jamelgo.

Cuando se alejaron, el joven apretó el paso. De lejos vislumbró la figura de su padre, Martin, ya peinaba canas, y si no fuese por ese bastón que aferraba, le fallarían las piernas al andar. Debía llevar un buen rato esperándolo junto a Adam Silver, que por entonces era un joven rechoncho de bigote y pelo rubio. Adam era mucho más que un ayudante. Le acogieron en su niñez, cuando su madre le abandonó, y desde entonces había sido un hijo para Martin y un hermano mayor para Samuel. La muerte de su mujer y el futuro hijo en el parto le habían dejado desmañado y melancólico, con unos ojos envejecidos pero repletos de bondad.

Se ganaban la vida comerciando con especias, azúcar y otros productos traídos de ultramar. Algunas especias, como el clavo, eran más valiosas al peso que el oro, aunque tenían difícil salida en el mercado. No eran ricos, pero su actividad les procuraba una casa, unas tierras y algún que otro capricho, que era mucho más de aquello a lo que la mayoría de sus vecinos podía aspirar.

Martin Page, con la notoriedad labrada por tantos años de trabajo en el puerto, conocía a gran parte de las naves que atracaban en Bristol. Aquella noche el capitán del Nueva Esperanza les invitó a cenar. "Deseaba plantearles un ventajoso negocio", había comentado.

Llegaron al enorme velero, antiguo pero cuidado. Con la arboladura recogida, sus telas blancas atrapaban los últimos rayos de sol que se atrevían a traspasar la red de aparejos agolpada entre los mástiles.

Deambularon por la delgada rampa que llevaba a bordo. La fuerza de la costumbre hacía que circularan por ella con tanta agilidad como un chiquillo por el pasillo de su casa. Avanzaron hasta el castillo de popa para entrar en una estrecha estancia que olía a cerrado.

El grueso capitán, de largos cabellos grises, bigote y sombrero de plumón rojo, ya estaba sentado. Las águilas doradas que con elegancia ornamentaban los botones de la casaca, intentaban contrarrestar la suciedad que impregnaba cada rincón de la misma.

Sobre la mesa, engalanada con un desaliñado mantel, descansaba un jarro de vino junto algunos mendrugos. Un marino pelirrojo trajo una fuente en la que se amontonaban sardinas y un par de limones decapitados. Las manos se les untaron de grasa al dar cuenta del pescado. Durante la cena, el capitán se jactó de las rarezas que había contemplado a lo largo de sus viajes: grandes elefantes, fieras de vivos colores, interminables desiertos y las insólitas costumbres de los salvajes.

Pasó a alabar las virtudes de los negociantes allí presentes, para terminar indicando que su barco ya no les volvería a traer más especias, ya que su venta se veía cada día más empujada por el auge de una mercancía mucho más rentable: los esclavos. Para ello necesitaba gente con una dilatada carrera comercial como la suya.

Martin era un buen vendedor y podía ocultar sus emociones a lo largo de una extensa negociación, pero no a todas las personas. Su hijo sabía leer el significado de cada una de las arrugas que cubrían su rostro y conocía la cólera que el viejo estaba acumulando bajo su sonrisa de cortesía. Martin con los años se había vuelto impetuoso, incluso iracundo, pero nunca dejaba aflorar ese carácter en las negociaciones si no era estrictamente necesario. Guardó la rabia para sí y, encabezando a la negociación, respondió con delicadeza:

—Me temo que os estáis equivocando de hombres, nosotros sólo sabemos comerciar con mercancía inerte.

—¡Oh!, no seáis modestos, caballeros —respondió el capitán con un aspaviento—. Sois respetados en el muelle, y sin duda aportaríais renombre y prestigio. Nosotros nos encargáramos del traslado y almacenaje en un terreno cercano. Vuestra parte consistiría en negociar con los futuros compradores y...

—Os repito —subrayó el viejo Page—, que no estoy dispuesto a cambiar de negocio. Hablad con Christopher Harris, él dirige la mayor parte del comercio de esclavos.

—Ya lo he hecho, y no he llegado acuerdo alguno. El Sr. Harris sabe cómo mantener el orden entre los esclavos, pero no sabe comerciar: sus palabras se vuelven estiércol a la menor discrepancia. Además, sus condiciones son intolerables y su margen de ganancias, un disparate. Tened en cuenta que venderemos a veinte libras el esclavo y yo os ofrezco una quinceava parte de cada uno...

—Veinte libras —interrumpió Samuel—. Nosotros tenemos que despachar más de quinientos sacos de azúcar para embolsar esa cantidad.

—¡Samuel, hijo, no sigas...! Lo lamentó, capitán, nuestra respuesta sigue siendo un no.

Adam también negó con su cabeza y se atrevió a ratificar:

—Soy de la misma opinión que el Sr. Page. No quiero verme mezclado en el trato de esclavos. Mi carácter no lo soportaría.

—No comprendo vuestros escrúpulos —contraatacó el capitán ofendido—. ¿De dónde conseguiríais el azúcar que vendéis, si no fuera por los

esclavos? Nuestras colonias en las Indias Occidentales necesitan mano de obra y os aseguro que pagarán bien por ello.

La cabeza de Samuel bullía. Le repugnaba la idea de regatear el precio de esos desdichados, pero el capitán tenía razón: la hambruna hacía que sus ventas fueran menores y el negocio de los esclavos era cada vez más lucrativo.

—¿A cuánto ascenderían las ganancias totales?

—¡Hijo!

—En menos de lo que os pensáis, padre, me casaré. Si acepto este encargo, en un par de años, podré vivir con holgura.

Los ojos del capitán brillaron, todo el mundo conocía a Samuel por su padre: era joven, fuerte, honesto y ambicioso, justo lo que buscaba.

—En un año podríais ganar más de dos mil libras. Lo suficiente como para haceros ricos si os sabéis administrar. En unas semanas facturaré esclavos de oriente, más baratos, trabajadores y obedientes que los africanos. Nuestros ingresos serán mayores que los del propio Harris.

—Samuel, no permitiré que tomes esta decisión por tu cuenta —aseguró Martin desconcertado.

—Me temo que ya no soy un niño.

—Pero aún sois mi hijo, y el negocio está a mi cargo.

Samuel apretó sus labios para no rebatirle, odiaba herir al anciano con sus palabras. Él le había dado todo lo que tenía, pero si aceptaba podría abandonar la dependencia de su padre y establecerse por su cuenta. Era duro, pero necesario, porque quizás no volvería a surgir una oportunidad como esta. El capitán comprendió la determinación del muchacho y creyó conveniente sosegar la situación, sabiendo que el agujón del dinero fácil se había anclado en el corazón del joven:

—Pensadlo, partimos dentro de seis días, así que os daré hasta el miércoles para decidiros.

Tras una fugaz despedida, el marino pelirrojo les acompañó hasta la pasarela. Ya había anochecido y un viento frío se mezclaba con la humedad. La madera rechinó bajo sus pies, que guiados por un lejano candil llegaron a tierra firme.

Al marinero se le veía jovial, mientras que Samuel evitaba la mirada de su padre. El muchacho tuvo que hacer acopio de valor para mascullar al

pelirrojo:

—Decid a vuestro patrón que no busque más, soy su hombre.

—Esas cuestiones las debéis tratar directamente con él. Además, yo no pisaré el barco hasta el alba —respondió guiñando un ojo. Y tras un gesto de despedida, se perdió hacia las tabernas.

La luna perfilaba las estelas de humo blanco que, escapando de las chimeneas, correteaban libres al cielo impregnando de olor a leña quemada las calles en las que se adentraron.

Cuando el sentido común les sugirió que el pelirrojo estaba lo suficientemente lejos como para no escucharles, Martín cogió a su hijo por el brazo. Adam se quedó unos pasos atrás, entendía los argumentos de ambos, pero evitaba enfrentarse con cualquiera de ellos.

—Samuel, un hombre jamás debería comerciar con la vida de otro hombre. No se pueden despachar vidas con la misma facilidad con la que se venden garbanzos.

—No lo entendéis, padre, necesito ese dinero. El Sr. Norman se encuentra al borde de la bancarrota. No podrá rechazarme si aporto una buena dote.

—¿Y de que servirá tu dote si no puedes aportar un ápice de honradez a tu matrimonio? Para crear un hogar has de poner buenos cimientos y esta profesión no te aportara más que indecencia y crueldad. La esclavitud es un negocio engendrado por el lado más sombrío y egoísta de nuestra naturaleza... Sé que lo haces pensando en esa muchachita, pero el dinero no puede justificar todos nuestros actos. No permitiré que sea mi propio hijo el que comercie con esos infelices. Todos los días en el muelle tengo que observar cómo maltratan a esas pobres gentes. Cuando pasó ante ellos, debo tragarme mis palabras, pues la ley les ampara, pero sólo la ley de los hombres. Me rompería el corazón verte convertido en un comerciante de almas.

—¿Almas? El pastor Logest asegura que los salvajes no tienen alma.

—Hasta los pastores en ocasiones erran. Las personas son personas, ningún hombre debería ser confinado como una alimaña sin haber cometido delito alguno, y eso incluye a los negros. Gobernar el destino de un hombre es algo que sólo a Dios le corresponde. Júrame que jamás lo harás.

—No puedo juraros nada. Iré a ver a Emma, lo recapacitaré junto a ella y

mañana os daré mi respuesta.

—Me darías el mayor disgusto de mi vida —agregó el padre mientras veía cómo se alejaba.

Martín permaneció inmóvil, apretando las manos con tal fuerza, que le tiritaban. Apenas distinguía ya a su hijo en la distancia, cuando Adam se le acercó y, poniéndole una mano sobre el hombro, le intentó calmar:

—Recapacitará. Samuel es un joven compasivo. Le he visto despachar mercancía de más a las familias necesitadas. Tiene demasiado corazón para realizar ese tipo de trabajo.

—Quizás, pero ahora su corazón sólo le marca el camino que lleva a esa muchachita con la que tanto paseáis, sin importarle cuan lóbrego sea o por encima de quien deba pasar.

—Conozco bien a la señorita Norman. Es una perfecta cristiana, atenderá a razones.

—Ella sí, pero su padre no. Todos conocemos sus circunstancias. El Sr. Norman está a punto de ser embargado, y aun así, sigue viviendo con cochero y ama de llaves. Ya ha rechazado a varios pretendientes de su muchachita por no pertenecer a la alta burguesía o a la nobleza. Conozco a esa clase de personas, no aceptará a alguien como Samuel hasta que no nade en la opulencia, y mi hijo lo sabe.[1]

[1] El tráfico de esclavos fue uno de los grandes negocios del siglo XVII. Bristol, por su situación geográfica, se convirtió en un importante puerto de salida hacia el nuevo mundo. Se consideraba que la raza negra no tenía alma, por lo que era susceptible de esclavizar; por el contrario, se decidió que los indígenas americanos sí tenían alma, por lo que no se les debía esclavizar.

## Capítulo 3

El marino pelirrojo se balanceaba entre la muchedumbre de la taberna. Tras orinar en el empedrado entró por más diversión. Rodeado de semblantes encendidos por alcohol y calor humano, se topó con una agraciada muchachita rubia de dientes rotos. Se dispuso a seguirla, pero ella envolvió con sus brazos a un tipo alto y robusto, de pelo rizado, nariz aguileña, amplias patillas morenas y ojos hondos y vivos que ahora se estaban fijando en él. El hombre rondaba los cuarenta años, pero la fuerza y el vigor de la juventud no le habían abandonado.

—Te conozco, marinero —dijo el tipo alto.

—Perdonad —el marino no quería problemas, y había algo en aquel individuo que le daba un aspecto peligroso.

—¡Tranquilizaos! ¿No os acordáis de mí? Soy Christopher Harris, os conocí en el Nueva Esperanza. Faenáis allí, ¿verdad? ¡Vamos, os invito a una cerveza! ¿Rosalind, nos concederás el placer de vuestra compañía? —preguntó mientras impulsaba a la chica en busca del marino con una palmada en el trasero.

El pelirrojo se quedó mirando la sonrisa de la muchacha, tomándose una cerveza tras otra acompañadas de varios aguardientes. Aprovechando el aturdimiento del alcohol, su nuevo amigo le tiró de la lengua:

—¿No era vuestro capitán el que me propuso vender sus esclavos? —preguntó Christopher Harris sin darle importancia.

—Es posible —respondió el pelirrojo—, porque está desesperado con esa cuestión.

—Decidme... ¿creéis qué aceptará mi propuesta?

—¡Oh, no! Cuando os marchasteis estaba furioso. Ha buscado a otro para venderlos, un comerciante de especias o algo así.

—Especias...¿Page?

—¡Eso! Page.

—¡Vaya con el viejo!

—No, el viejo no quiere. Será su hijo. Él sí está dispuesto —afirmó moviendo su pecosa nariz rojiza.

—¿Y su socio, Adam?

—No, sólo el joven Page. Los otros no tienen las agallas necesarias  
—añadió sonriendo con complicidad.

Christopher hizo un gesto a otra muchacha. Morena y bien parecida, su rostro reflejaba la dureza de una vida en la calle. Tenía un par de lunares bajo su ojo izquierdo, que evocaban la forma de una diminuta lágrima. Al ver la señal, se acercó con desparpajo.

—Atiende a mi amigo —ordenó Christopher—. Quiero que se vaya bien contento de aquí.

La morena engatusó al marino secándole el sudor de la frente con un pañuelo que extrajo de su voluminoso escote. Los ojos del pelirrojo quedaron prendidos del vaivén blanquecino de sus pechos, acogiendo con sumo gusto el tacto cálido de la tela.

Mientras el marino estaba entretenido con el paño, Christopher pidió un licor que engulló de un trago, y otra cerveza que llevó a un rincón discreto junto a la rubia de dientes rotos.

—Rosalind, dame la belladona.

—No sé de qué estás hablando.

—No te hagas la tonta, sé que la usas para rapiñar a los incautos... Si dijese todo lo que se de ti, te quemarían por bruja.

—Y si yo dijese lo que sé de ti, te ahorcarían por asesino.

—Ten por seguro que antes de que me apresaran, te pegaría la mayor paliza de tu vida.

Christopher atrapó la muñeca de la muchacha con fuerza y le untó un largo beso en la boca que fue recibido con una sonrisa cómplice.

—¡Basta de juegos! Dame el frasco.

Rosalind sacó un pequeño recipiente marrón de entre sus ropas. Christopher lo abrió y dejó caer un chorrito sobre la jarra.

—¡Para! —gritó ella—, o le matarás.

—No seas imbécil. Es un tipo fuerte, aunque se tomara todo el frasco no moriría. De todas maneras, sólo quiero que olvide donde y con quien ha

pasado la noche.

—Entonces, con las cervezas que lleva y esto, bastará.

Rosalind le hizo un gesto a su amiga morena al entregarle la jarra, y ella se encargó de que el marino pelirrojo la bebiera con avidez.

Christopher abandonó la taberna maldiciendo. Rosalind, advirtiéndole su ofuscación, salió tras él.

—¿Con que esos cabrones quieren jugármela? ¿Pero quién se ha creído que es ese Page? No consentiré que me pise el negocio: aquí, a los negros, los controlo yo... Nos lo quitaremos de encima.

—Pero, aunque te deshagas del muchacho, buscarán a otro.

—Quizá, pero cuando vean que ese otro también desaparece, entonces el capitán del Nueva Esperanza no estará tan gallito y terminará aceptando mis condiciones. Busca a ese soldado amigo tuyo... Walpone, y que traiga a sus hombres. Veremos la fuerza que puede hacer en ellos una bolsa repleta de monedas.

Mientras la chica se alejaba, Christopher llamó a un tipo de fisonomía cadavérica que estaba descansando en la calle.

—¡Eh! Frederick, necesito que me localices a alguien.

Otro diminuto guijarro golpeó la madera por tercera vez. Emma abrió su ventana, sabía quién le buscaba. Le costó abandonar la casa sin llamar la atención de Cecilia, la mujer dormía poco, y su perpetua curiosidad le había agudizado el oído. Desde que murió su madre, vivía sola con su padre y aquella fornida mujer que hacía las veces de ama de llaves, sirvienta, madre y hermana.

Se deslizó de puntillas hasta la alacena, una pequeña estancia, húmeda e impregnada del olor de verduras, carnes encurtidas y queso. Situó un taburete de madera estratégicamente y se subió él. Al abrir las portezuelas del elevado ventanuco, el aire refrescó su cara. De un brinco se encaramó en el marco, tal y como venía haciendo desde que era niña. Deslizó sus piernas hacia el exterior de la casa, donde encontró los brazos del muchacho que le ayudaron a bajar.

Por discreción, guardó silencio, sabiendo que sucedía algo importante. Samuel no la despertaría sin una buena razón. Por segunda vez desde que

la pretendía, hicieron una visita a la pequeña cabaña de la huerta. Tras exponerle la situación, Emma estaba entusiasmada.

—Vuestro padre debe comprenderlo —insistía ella—, tenemos que pensar en nuestras necesidades. Si no aceptáis este trabajo lo hará otro, llevándose todo el dinero. No podemos preocuparnos por los esclavos, sus circunstancias serán las mismas con uno u otro.

—Es cierto, pero el corazón me dice que no debo hacerlo. Soy conocido gracias a mi padre y no quiero traicionarle. Lo recapacitaré unos días, quizás haya otro modo de despachar nuestros problemas... Si nos casamos, vuestra familia podría vivir en casa de mi padre, hay suficiente espacio para todos en el piso de abajo.

—¿Mi padre en vuestra casa? Jamás lo aceptaría. Para él sería un deshonor, preferiría verse preso por impago.

—Sea como fuere, parece que llegaremos a una solución.

—Hablad con vuestro padre Samuel. Con ese dinero, podríamos casarnos y vivir prósperamente.

Emma acercó su boca a Samuel, que respondió con un beso. Ella no quería que pensara que lo hacía para convencerle de la empresa, porque no era así, estaba enamorada y deseaba abandonarse en sus brazos. De hecho evitaba los sitios solitarios como la cabaña en la que se encontraban porque sabía lo que podía suceder, Cecilia se lo había explicado. Desde aquel día, no habían vuelto a yacer juntos. Temía quedarse embarazada, eso destrozaría su reputación y enfurecería a su padre. Pero esta vez era distinto: si él aceptaba el encargo, tendrían dinero suficiente como para afrontar cualquier contratiempo.

Samuel conocía el miedo de Emma, pero ansiaba hacer el amor con ella en ese momento y se dejó guiar por el deseo de la muchacha. Jadeante, no le importaba en absoluto que pudiera quedar embarazada, al contrario, así el Sr. Norman no se podría oponer a su boda. Además, la idea de crear un nuevo ser al mezclarse con la muchacha, lejos de considerarla inquietante, le resultaba fascinante.

Tras besarla en la boca, desabrochó con torpeza los botones del camisón dejando al descubierto una suave piel marfil que se apresuró a saborear.

En el interior de la joven la moral inculcada año tras año perdía terreno ante el fuego helado de las caricias, desabrochándose el corpiño con una inquietante mezcla de liberación y culpa.

El chico, que no podía aguantar más el deseo, se tumbó sobre ella. Procurando ser sigilosos, sus cuerpos cálidos y jóvenes gozaron de un

placer aderezado con el apresuramiento que imponía la furtividad. Cuando la pasión llegó a su fin, aguardaron abrazados el paso de las horas.

Antes de abandonar la caseta, Samuel sacó un pañuelo de su bolsillo. Tras desplegarlo cuidadosamente, extrajo un colgante de él.

—Lo compré en el puerto... pensaba regalároslo el día de vuestro cumpleaños, pero ahora que sé que me lo puedo permitir, no he podido resistirme.

Ella lo tomó entre sus manos, tratando de reflejar la luna para apreciar los detalles. La cadena atrapaba un corazón dorado con una rosa roja en su centro compuesta de diminutas piedras brillantes. Sin duda el comprarlo había supuesto un importante esfuerzo para él.

—Os merecéis una joya de mayor valía, pero... —se disculpó.

Aquella disculpa hizo que toda la ternura de la muchacha se volcase sobre la baratija, convirtiéndola en la más preciada de las joyas.

—Es precioso, ponédmelo.

Emma contempló el colgante que lucía ya sobre su pecho, antes de acercarse al ventanuco.

—Tened cuidado, no os rompáis la cabeza al saltar.

—No temáis. Llevo escapando por aquí desde niña. Mi padre guarda las llaves de la casa y esta es la única ventana que no tiene cerrojo por dentro.

—Pues debería tenerlo, no quisiera que nadie entrara a robar.

—Me temo que en esta casa ya no queda nada de valor.

—Para mí hay un gran tesoro.

Las manos de Samuel se entrelazaron para formar un escalón en el que ella pudo posar su pie y encaramarse en la repisa. El descenso sobre el taburete fue alborotado. Después, con el mismo sigilo con el que se había fugado, regresó a su aposento. Al cerrar la puerta rechinó en el silencio de la noche. Su familia seguramente se dio cuenta de su retorno, especialmente Cecilia, de sueño ligero, pero nadie lo mencionó. Ninguno quería revelar un suceso que a todos desagradaría y destrozaría la reputación de la casa.

Samuel quería a Emma desde que la vio por primera vez paseando, hacía ya dos años. Aquella vez, ella no reparó en él, que cargaba con un pesado

saco de sal. Tardó varias semanas en averiguar a qué parroquia asistía, para poder entablar conversación con ella a la salida de los oficios, y ahora al fin, aquel dulce sueño estaba al alcance de su mano.

Con la mente tensa, anduvo por una calle arenosa. De un lado tiraba su padre y su moralidad, y de otro su amor por Emma: los recientes recuerdos de su cálido cuerpo, su olor y las malditas deudas de su padre. Con ese dinero no sólo podría casarse con ella, sino demostrarle a su futuro suegro que era un gran partido. El Sr. Norman siempre le había mirado por encima del hombro, pensando que no estaba a la altura de "su niña", pero eso cambiaría cuando viese que poseía lo único que él codiciaba: dinero, mucho dinero.

Había un largo trecho de casa de Emma a la suya, así que, como casi todas las noches, decidió hacer una parada en la taberna de La Oca Dorada, cuya luz destacaba en una manzana de estrechas fachadas amarillentas. Aquella noche la luna apenas dejaba ver los tejados que abuhardillaban la cuarta planta de cada edificio.

El estrecho local estaba más concurrido que de costumbre. Soldados de levitas rojas se agolpaban en mesas y barra. Rosalind, la chica rubia de sonrisa rota, estaba sentada en las rodillas de uno de ellos, corpulento y de barba espesa. Al ver a Samuel, los labios de la muchacha se posaron en la oreja del marino con un susurro furtivo, y este, tras buscar con su mirada al muchacho, asintió con la cabeza.

Cualquier otro día, Samuel se habría detenido a ponderar la situación, y quizás hubiese intuido el peligro en el cuchicheo de la muchacha, pero aquel día las ideas se agolpaban en su cabeza y sólo deseaba una cerveza para ahogar alguna de ellas y poder conciliar el sueño.

El tabernero, un hombre pequeño, canoso y con bigote, en respuesta a la moneda de Samuel, le sirvió una jarra metálica de cerveza tibia, tal y como hacía cada vez que pasaba por allí.

Bebió a grandes sorbos. Paseaba por su mente, absorto, perdido en sus pensamientos, cuando un soldado enjuto y con perilla se le acercó para preguntarle por una dirección cercana. Samuel indicó con la facilidad del que ha vivido desde niño en la ciudad, y el soldado se lo agradeció con un apretón de sus manos huesudas y duras, aprisionándole tan fuerte, que le hizo daño.

Hoy la jarra se consumía más rápido que de costumbre, se pediría otra. En el último sorbo, algo golpeó su campanilla, haciéndole escupir parte de

la bebida. Se llevó la mano a la boca, y entre saliva y espuma encontró una moneda. La miró sorprendido mientras el soldado delgado le señalaba y gritaba:

—¡Ha aceptado el primer pago! Ya es uno de los nuestros. Ha tomado el chelín del rey.

Los militares se amontonaron a su alrededor zarandeándole, sin que Samuel o el tabernero pudieran hacer nada al respecto. El muchacho, que aún se encontraba ensimismado por lo acontecido a lo largo del día, tardó en reaccionar.

Ya en la puerta, intentó zafarse, pero varios soldados le retuvieron. Le estaban esperando. Antes de que tuviese tiempo a reaccionar, el oficial fornido y barbudo se le acercó por la espalda con una porra. Cayó desplomado.[1]

[1] El almirantazgo creó grupos de enrolamiento forzoso en 1664, activos en todos los puertos ingleses. El truco del chelín del rey fue muy popular entre los siglos XVI y XVIII.

## Capítulo 4

Las largas y canosas cejas de Martin Page se plegaron cuando observó el catre vacío al amanecer. Recorrió la casa con inquietud, bajó las irregulares escaleras, le volvió a llamar, pero todo fue en vano. Pensó que quizás su hijo se hubiera fugado con Emma, lejos de los problemas económicos de su remilgado padre. Consternado, se encaminó hacia el puerto en una mañana fresca y brumosa. Preguntó a los hombres, que se entregaban a sus ajetreadas tareas, pero nadie sabía nada, así que se encaminó hacia casa de los Norman.

El ama de llaves le recibió con tibieza. Tras unos minutos apareció el Sr. Norman en lo alto de una escalinata de madera. Le había despertado, se notaba que acababa de ponerse la peluca, no la tenía bien encuadrada. Entre los mechones teñidos de crin de caballo y algo de pelo humano, la cara del Sr. Norman esbozó un gesto de extrañeza.

—Sr. Page, ¿a qué se debe vuestra visita a estas horas de la mañana?

—Buenos días, lamento molestaros. Estoy buscando a mi hijo... y pensé que quizás la señorita Norman sabría dónde encontrarle.

—¿Y por qué habría de saberlo? —contestó irritado.

—¡No sabéis dónde está Samuel! —irrumpió Emma saliendo en camisón la habitación contigua.

—Cuando me he levantado he descubierto que no ha dormido en casa. Y como anoche me dijo que vendría a visitaros, pensé que quizás supieseis algo.

—Vino a verme, pero... —confesó mirando al suelo.

—¡Hija!

—Estuvimos conversando sobre sus negocios. Quizás haya ido a hablar con el capitán del Nueva Esperanza, estaba dispuesto a aceptar el trato que...

—Ya he preguntado allí —aseguró Martin con gesto de dolor— y tampoco saben nada de él. No imagináis algún otro sitio donde pudiera haber ido anoche.

—En ocasiones comenta, que de regreso a vuestra casa se para a tomar una jarra de cerveza cerca del mercado. No sabría deciros el nombre de la

taberna, pero tiene un pato pintado en la puerta.

—No conozco el lugar... —afirmó mientras movía la cabeza en busca de ayuda. La joven acogió la propuesta con presteza.

—Con vuestro permiso, os acompañaré en cuanto termine de vestirme.

Su padre, medio adormilado y asombrado por los sucesos, se colocó la peluca sin saber qué decir:

—Una taberna no es lugar apropiado para una señorita. Cuando los puritanos las prohibieron, sería por algo. Aunque el rey las haya abierto de nuevo...

—¡Padre!, os guste o no, voy a ir a buscar a Samuel.

—Está bien. Te permitiré ir, por el afecto que sé que prolijas al joven, pero eso no cambia mi opinión sobre él o sobre las tabernas. No son lugares para una mujer honrada, y yo mismo te lo mostraré. El Sr. Norman siguió refunfuñando sobre el tema.

Emma encontró con facilidad el sitio. Las prevenciones del Sr. Norman contrastaban con la realidad del local a esas horas, apenas visitado por media docena de hombres que almorzaban tocino y pan, bebían cerveza y charlaban con normalidad. El tabernero relató lo sucedido, mientras el padre de Samuel le interrogaba con preocupación:

—¿Estaban solos los soldados?

—Sólo les acompañaba una chica rubia.

—¿Rubia, de pelo largo y delgada?

—Sí... tenía una sonrisa muy fea, con todos los dientes rotos.

—Sé quién es. Y me temo lo peor.

—¿Qué sucede?— intervino Emma.

—Esa furcia nos ha jodido... Trabaja para Christopher Harris. ¡Mierda!

—Sr. Page, moderad vuestro lenguaje ante mi hija.

Martin dirigió la expedición hacia el puerto sin atender las constantes quejas del Sr. Norman.

—Tenemos que hablar con Christopher, él está detrás de todo esto. Ayer

nos hicieron una propuesta y se ha asegurado de que la rechazábamos.

Cuando llegaron al muelle buscaron un caseto donde solía estar Harris. En aquel lugar, el olor a salitre quedaba enmascarado por los efluvios de la piel, el sudor y el hacinamiento expelidos por los hombres negros que maniatados a tres largos palos, se alineaban en filas. En dos de ellas se aglomeraban hombres jóvenes, en la tercera, mujeres y niños de mirada perdida que ya no tenían fuerza para continuar llorando.

Emma contempló la penosa estampa posando su vista sobre una mujer mayor. Sus ojos quemaban en el alma, lanzando un grito silencioso ante la venta de su maltrato. La chica no pudo soportar esa mirada y se giró para no observar a la desafortunada, aun así, notó cómo esos dos negros luceros recorrían su espalda. El calor, el olor y la tensión aflojaron sus fuerzas, especialmente cuando recordó cómo incitaba a su buen Samuel a realizar este tipo de ultrajes. Su mirada chocó con la del viejo Martin, que no se tomó más de un instante para reprobar a la joven por su actitud de la pasada noche que parecía haber adivinado, mientras seguía buscando al responsable de la desaparición de su hijo.

Harris, tras una mesa liviana, anotaba números con un lápiz cuadrado y corto sobre un papelucho. Varios ayudantes malencarados, entre los que destacaban tres hombres orondos de una calvicie total, mantenían el orden entre la mercancía.

Frederick, el tipo de tez calavérica, les cortó el camino con sus brazos. Era delgado, pero sus músculos poseían una fuerza fibrosa inamovible. Christopher se acercó sonriente a saludarles. Esperaba su visita.

—Sr. Page... ¿qué os trae por aquí? ¿Acaso deseáis aprender el oficio?

—Ya sabéis a qué hemos venido. ¿Dónde está mi hijo?

—¡Ah! He oído rumores...

El Sr. Page reprimió sus ganas de abofetearle apretando sus manos. Los hombres de Christopher le iban a detener, pero les hizo un gesto para que se mantuvieran quietos, un viejo no era rival para un tipo alto y fornido como él.

—Por lo que comentan, Samuel se ha enrolado en la Marina Real... Quién sabe, quizás estuviera cansado de comerciar con especias.

—Eso es falso, y tengo testigos de ello.

—Os recuerdo que la armada tiene la real potestad de efectuar enrolamientos forzosos —añadió Christopher—, además, dicen que aceptó el salario de la marina por adelantado, quizás tuviera algún tipo de

necesidad que desconocíais.

—Si eso es cierto, no hay nada que podamos hacer —intervino el padre de Emma, deseoso de terminar el encuentro.

—Con un poco de suerte —se burló Christopher— volverá en un par de años hecho un hombre. El ejército curte el carácter. La mayoría de los que trabajamos aquí lo hemos vivido en nuestras propias carnes.

Los hombres calvos sonrieron disfrutando el juego de su patrón.

Las gotas de llanto surcaron el rostro de la muchacha, que unió a su culpabilidad la ratificación de la ausencia de Samuel. Se acabó el compartir los paseos y las tardes, las conversaciones y los besos furtivos, y aunque no sabía dónde estaba o cómo se encontraba, era consciente de lo peligrosa y dura que era la Marina Real. Conocía a varios hombres que se enrolaron y jamás regresaron. Por un momento, la joven empequeñeció, mostrando toda su fragilidad entre negreros y esclavos.

Christopher contempló el embrujo de su llanto. Él estaba acostumbrado a ver llorar a los negros y a lo que denominaba “sus rameritas”, especialmente cuando le intentaban engañar en las cuentas, y se había sorprendido a sí mismo degustando el dolor ajeno, pero nunca con esta sutileza. Era una muchachita noble, bien arreglada y posiblemente doncella, con una piel tersa y sin picar, alguien con quien ni siquiera había llegado a imaginar mantener una conversación, y ahora él había provocado su llanto, y eso, el llamar de algún modo su atención, le gustaba, le provocaba un extraño placer que intentó paladear. Desnudó a la joven con su mente, imaginándose lo exquisito que sería yacer con alguien tan delicado.

Los monjes con los que pasó algunos años de su niñez le habían enseñado la cortesía, que de cuando en cuando, repartía a su antojo. Pensó que era un buen momento para exhibir su saber estar y sacando un pañuelo de su bolsillo, lo tendió hacia la dama.

—Una flor tan bella no debería llorar por un hombre, medio Bristol estaría a vuestros pies si quisierais.

Nunca un pañuelo tan blanco había producido tanta repugnancia. Emma golpeó la tela mostrando su repulsa, retirándose unos pasos para desahogarse con intimidad. Su padre la abrazó en un vano intento de consuelo. Mientras, Martin Page acorraló a Christopher amenazándole:

—Os arrepentiréis de esto.

—¿Y qué pensáis hacer, no venderme más azúcar...? —Ante el intento de réplica de Martin, el negrero continuó—: Tened cuidado con lo que vais a

decir, os aseguro que nunca olvido una ofensa.

El padre hizo ademán de propinarle una torta, pero Christopher le sujetó la mano con fuerza y en un atenzador abrazo, susurró:

—¿Pensabais que me iba a dejar pisotear tan fácilmente? Vuestro hijo jamás se debió entrometer en mis negocios...

—No habíamos aceptado tratar con esclavos, eso lo dejamos para escoria como tú.

Uno de los tipos calvos y corpulentos interrumpió la discusión.

—¡Aquel negro se ha desatado! —bramó apuntando con su achaparrado dedo.

El más joven y delgado de los calvos, de cierto parecido físico al anterior, corrió hacia el señalado que tenía una mano suelta. Christopher tomó una vara gruesa, corrió hasta al preso y le golpeó.

—¡Deteneos! —voceó un ayudante que lucía un mal pelaje rubio y largo—. Ese cabo está descosido desde ayer, la cuerda no llegaba para atarle las dos manos.

—Dios te maldiga, Eugene. Debería abrirte la cabeza con este palo. Ahora no nos pagarán un meado por este. —Tras envenenarse con su ira y echar un vistazo al esclavo, se volvió hacia Martin—: Escucha viejo, lárgate antes de que pierda el aguante. Espera un par de años a tu hijo... y si intentas algo, mandaré a mis socios para que zanjen la cuestión.

Cuando Christopher hizo un gesto dejando claro que había concluido la conversación, Frederick se interpuso y empujó a Martin para despacharle.

—¡No me toques, escoria pervertida! —advirtió Page—. Yo no soy una de tus esclavas. Todo el muelle sabe lo que haces con esas pobres desventuradas... ¡Le das asco hasta a las ratas!

Algunos de los hombres rieron mientras Frederick mudaba su expresión. Sus ojos se llenaron de una oscura ira: odiaba que alguien se atrevía a reprocharle en público sus abusos con las esclavas.

—Esto no quedará aquí, viejo. Juro que me lo pagarás.

Martin, impotente, se encaminó hacia la otra punta del muelle, donde regentaba su negocio. El Sr. Norman y su hija le siguieron. Christopher Harris no dejó pasar la oportunidad de ver las lágrimas del delicado y

blanco rostro:

—Adiós señorita —pregonó con sarna mientras ejecutaba una grácil reverencia—, siento lo de Samuel. Pero si el chico quería un buen salario debía haber acudido a mí y no al ejército... Sí yo tuviese una prometida como vos, jamás me enrolaría.

—No era su prometida —puntualizó el Sr. Norman, intentando defender la que él creía intacta reputación de su hija.

Cuando entraron en su local, Adam había dispuesto todo y comenzado la jornada. Sus gritos y lágrimas le encogieron el corazón. Tras ponerse al corriente de la situación, insistió en la conveniencia de denunciar los hechos ante el sheriff.

Cerraron el portón de madera y marcharon hasta el centro de la ciudad. En la Calle del Vino encontraron a un guardia barbudo de casco y coraza metálica que les señaló donde podían localizar a su superior.

Tras esperar a los pies de una destartada fortificación de piedra, les indicaron que podían pasar.

Aldworth era uno de los dos sheriffs de Bristol, un tipo serio, enjuto y con perilla que buscaba siempre el beneficio de la corona. Sentado tras una sobria mesa de madera oscura, les recibió con desgana. Pronto descubrieron que ir a verle no había sido una buena idea, ya que defendió el esplendor de la Armada Real y la obligación de todo inglés de servir a su reino; incluso se ofendió cuando Martin insinuó la confabulación contra su hijo.

Además, reconocer al Sr. Norman, que por todos era sabido que negoció en persona con el propio Cromwell, no facilitó la conversación. Cromwell que en su día era admirado por gobernar la república, ahora era repudiado por ser el hombre que cortó la cabeza al padre del rey, tiñendo de sospecha a cualquiera que hubiese tenido trato o entendimiento con él que su dinero o condición no pudiera limpiar. Por lo que, aparte de irse con las manos vacías y sus esperanzas vapuleadas, advirtieron como el frío recelo y la desconfianza del sheriff tornaron aquella audiencia en un incómodo interrogatorio.

## Capítulo 5

Abrió los ojos, el dolor de cabeza era insoportable. La madera rechinaba al compás del bamboleo y la claridad se colaba por las fisuras del portón que le recluía. Estaba en una pequeña estancia con briznas de paja desperdigadas por el suelo. Al mover un puñado de ellas, destapó una grieta que dejaba entrever una sala inferior repleta de barricas. Quiso ponerse de pie, pero se derrumbó. Unas palmaditas en la cara le despabilaron de nuevo:

—Arriba holgazán. La faena te espera.

Despertó dominado por la desazón. El hombre que le avivaba, de cabeza redonda y pelo gris, corto y escaso, exhibía un semblante repulsivo. Sus ojos parecían uno mayor que otro debido a un gesto perpetuo, y su boca, torcida y con unos cuantos dientes puntiagudos, se enclavaba en mitad de una barba oscura de un par de días. Gritó lleno de cólera, le habían secuestrado.

Pronto apareció el soldado corpulento y barbudo que le golpeó en la cabeza la noche anterior. Era el primer oficial del galeón en el que se encontraba, venía con intención de aleccionarle.

La desesperación le ayudó a zafarse, emprendiendo su huida por unas estrechas escaleras que se alzaban hasta un portillo. Al abrirlo el sol le deslumbró, cubriéndose los ojos instintivamente.

Distinguió los mástiles que se alzaban hasta tocar el cielo, las blancas velas hinchidas por el viento, la tripulación hormigueando por cubierta, y agua, agua oscura y mar picado hasta donde alcanzaba su vista en todas las direcciones.

—¡Ven aquí! —voceó el repulsivo de cabeza redonda mientras le daba alcance.

—¿Dónde estoy?

—Te encuentras a bordo de un galeón de la Marina Real y ahora formas parte de nuestra tripulación, así que, acatarás las órdenes como el resto de marinos.

El alboroto fue tal, que la marinería se amontonó entorno a él. El oficial de primera le advirtió:

—Más vale que te calles o...

Un militar menudo, de veterana fisonomía revestida de peluca blanca y sombrero negro irrumpió entre la muchedumbre:

—Sr. Walpone, ¿qué pasa aquí? —exigió.

Durante unos instantes de silencio, el individuo inspeccionó la situación con unos penetrantes ojos de comadreja.

—Capitán —explicó el primer oficial—, este es el hombre del que os hablé. Aceptó el primer salario y tras gastárselo en cerveza, no quería embarcar.

—Eso es falso —replicó—. Jamás acepté su dinero. Soy comerciante. ¡Ellos metieron una moneda en mi jarra! Aquel hombre me distrajo —añadió señalando al marino delgado de perilla.

—¡Silencio! —ordenó el capitán—. Estamos en mi navío y no permitiré que se ponga en duda la palabra de mis oficiales.

—Pero...

—Debéis de saber que este barco tiene permiso real de leva. Podemos reclutar a tantos civiles como consideremos sin que existan justificaciones para evadirse, así que, poneos a trabajar.

—No tengo ningún propósito de hacerlo.

—¿Ah no? Os aseguro que lo tendréis... ¡Contra maestre, colgadle hasta la noche!

El tipo repulsivo de cabeza redonda y gesto inquieto, atendió la orden. Ignorando sus angustiosas quejas, le maniataron, y elevándole unos palmos del suelo le inmovilizaron sobre una maraña de cuerdas que colgaba de un mástil cercano a la proa.

Tuvo por delante un interminable día: las ataduras le quemaban muñecas y tobillos, el peso del cuerpo desgajaba sus brazos y la fría humedad de las olas le sustraía las fuerzas que le quedaban. Cuando la luna extendió su estela de luz sobre las olas, la música de un violín y la voz de un viejo ascendieron a sus oídos, avivando con su ritmo lento y melodioso el enfado que afloraba por cada poro de su piel. No podía evitar el recuerdo anhelante de la noche anterior, la excitación por el negocio, el cálido cuerpo de Emma y una nebulosa pesadilla en la taberna que ahora le parecía un peligroso local.

Avanzada la noche, cuando apenas le quedaban fuerzas para seguir malhumorado, le descolgaron, tendiéndole en el suelo de una oscura estancia donde descansaban los hombres de menor rango. Un muchacho

de pelo pajizo y cara simpática se tumbó a su lado. Tras una ojeada le recomendó:

—Si quieres sobrevivir a bordo, más te vale acatar las órdenes.

A la mañana siguiente se incorporó con dificultad, la debilidad se había cebado con sus piernas que apenas si le respondían. El chico de su lado, advirtiéndole su decaimiento, le ayudó a levantar.

—Me llamo David.

—Yo soy Samuel, Samuel Page— balbuceó.

—Page... ¿Tenéis alguna relación con Martin, el comerciante de Bristol?

—Soy su hijo.

—¿Su hijo? Ahora me explico por qué vuestro rostro no me era desconocido. No me recordáis, soy David, David Lake. Mi Padre os ha despachado alguna vez queso de oveja.

—Recuerdo bien a vuestro padre, aunque llevo bastante sin verle.

—Murió hace tres años, desde entonces todo me ha ido de mal en peor. Mi madre se casó con un bastardo que la golpeaba a la menor excusa... Un día, agotó mi paciencia y en mitad de la reyerta le propiné un mal golpe. Antes de que me ajusticiasen, me enrolé, de eso hace ya diez meses. De todo lo que he visto aquí, sólo te daré un consejo: hoy te darán nuevas órdenes, debes acatarlas.

—Pero, ¡me han secuestrado!

—Los barcos de la armada tienen permiso para reclutar a cualquier hombre de entre dieciocho y cincuenta y cinco años.

—Yo no acepté el dinero, ellos...

—Eso lo sabemos. Todos conocemos el truco de la jarra. Mientras un soldado te distrae pidiéndote una dirección o apretándote la mano, otro hecha a traición un chelín en tu bebida. Pero créeme, aún sin coger el dinero tienen el beneplácito del rey Charles para enrolarte.

Llevó las manos a su cabeza, le iba a estallar. La rabia y la impotencia rebotaban en su interior provocando una dolorosa opresión que el llanto liberó poco a poco.

—¿Qué puedo hacer? —se preguntó en voz alta.

—Obedecer... El capitán es un hombre inflexible, si eres un estorbo para él, se deshará de ti. No todo el mundo sobrevive al castigo que recibiste ayer.

David guardó silencio ante la llegada inminente del repulsivo contramaestre, que anunció:

—Turno de día, a formar.

Se alinearon en cubierta, primero los oficiales, después los marineros de rango, tras ellos, la leva. Estirando el brazo marcaban la distancia a la que se debían colocar unos de otros. El dedo índice de David Lake le indicó el lugar que debía ocupar, el último. Unos pasos tras él, el barbero—cirujano.

Le parecía mentira que alguien como David se hubiera enredado en una pelea, ¿habría matado a su padrastro? Fuere como fuere, su consejo parecía sensato.

Walpone, el primer oficial, dejó de mesar su poblada barba para pasar revista. Tras un gesto de aprobación ocupó el hueco que le habían reservado, rematando el puzle humano. El capitán, se quitó el gorro con parsimonia para rezar. Los graves chorros de voz resbalaron por las gargantas de los hombres, coreando el resto de la oración que culminó en un sonoro "amén".

El contramaestre le ordenó fregar la cubierta del barco con un estropajo y una mezcla de agua salada y vinagre. Obedeció de mala gana, mientras la rabia por su cautiverio fue dejando paso a la desazón, provocando un dolor de cabeza que se le clavaba en la nuca.

Walpone llamó al soldado enjuto de perilla, le mostró un plato con restos de pescado y ordenó:

—Coge un puñado y arrójalo donde friega el nuevo.

—¿No pensáis que ya le hemos jodido suficiente?

—Ese majadero puede ser un problema. Es mejor que le amansemos desde su primer día.

—Lo que mandéis...

—Además quiero que lo hagas tal y cómo yo te diga.

Samuel se afanaba por cepillar el suelo cerca del mástil mayor, donde colgaba una llamativa bolsa de tela roja visible desde cualquier lugar de la nave. Tras enjuagar parte de las maderas, lanzó el cubo por la borda. El viento le retornó parte del agua sucia ante la carcajada de un veterano de barba canosa.

—La próxima vez te fijarás mejor en qué dirección sopla el aire.

El tipo dejó de sonreír cerrando su boca escasa en dientes, y abotonando su levita verdosa, se alejó al prever problemas.

Tras escupir al mar y secarse con sus mangas, Samuel pudo ver que el marino delgadocho vertía lenta y ostentadamente inmundicia sobre el suelo que acababa de limpiar.

—¿Qué hacéis?

—Os traigo los saludos de Christopher Harris —pregonó mientras pisaba la cabeza de un arengue sobre el suelo fregado.

—¿Qué...?

En un principio no entendió, pero mientras comenzaba la pregunta, su mente había hallado la respuesta a quien era Christopher Harris y por qué le habían aprisionado. La sangre le hirvió deteniendo el tiempo ante aquel tipo de sonrisa maliciosa. Cuando regresó en sí, la rabia se apoderó de sus brazos, lanzándose sobre el delgadocho mientras la furia afloraba en forma de golpes.

—¡Por tu culpa estoy aquí! —gruñía entre dientes.

Pronto se acercó el conrtramaestre por la espalda y cruzándole una porra sobre el cuello, retuvo sus impetuosos puñetazos. El marinero famélico permanecía inconsciente con la cara ensangrentada. El capitán y el primer oficial aparecieron ante los gritos de Samuel.

—Conrtramaestre, ¿qué sucede aquí?

—Cuando aparecí “el largo” ya estaba en el suelo. El nuevo le estaba golpeando sin parar.

—Él me provocó...

—¡Silencio! —ordenó el capitán—. No tolerare sublevaciones ni trifulcas. Ese hombre me ha servido fielmente durante tres años; no tenéis derecho a golpearle. ¡Dos días colgado!, al parecer uno no ha surtido ningún

efecto.

El barbero—cirujano se encargó del “largo” mientras colgaban de nuevo a Samuel, que en vano, intentaba resistirse. El capitán anduvo hasta Walpone, que procuraba pasar inadvertido lejos del alboroto.

—Sé lo que estáis haciendo, y debo recordaros que esto es un navío al servicio de su Majestad Charles II, no un maldito cementerio. Habéis forzado a venir a ese infeliz y ahora esperáis libraros de él. Si tenéis suerte, no bajará vivo de ahí arriba. Pero recordad, si volvéis a incitar una disputa entre mis hombres, seréis vos el que termine colgado, sea quien sea vuestro padre ¿lo habéis entendido?

—Sí, señor —aseguró el primer oficial mientras se cuadraba.

—Este tipo de procedereshonestos son los que os han hecho perder el favor de vuestra familia. Espero por vuestro bien, que a partir de ahora os concentréis en manejar con sensatez a la tripulación. No pienso tolerar ninguna torpeza que ponga en riesgo el buen funcionamiento de la nave. El duque de York asegura que estamos a las puertas de la guerra con Holanda y tengo la firme intención de interceptar a los barcos que han comenzado ilícitamente la ofensiva. Hace un año, Sir. William Penn intercedió por mí ante el Almirantazgo y ahora me ha encomendado personalmente esta misión. Es el momento oportuno para compensar su confianza y mostrarle mi valía. Si lo consigo, quizás me asignen uno de los navíos que están construyendo. Más de cien cañones en una sola nave, Sr. Walpone. Podremos alinear los barcos, y salva tras salva, destruir a cualquier oponente evitando el cuerpo a cuerpo.

Samuel se retorció como un rabo de lagartija, maniatado a una de las escalas de viento que se elevaba hasta la punta del mástil mayor. Que estúpido se sentía. Su padre estaba en lo cierto, para realizar cierto tipo de faenas no se puede tener corazón. Se había comportado de forma torpe y confiada ante estas bestias y lo estaba pagando. Añoraba a su padre y a Emma, pero en su mente se había colado un pensamiento nuevo, dañino y doloroso que le aportaba un desconocido vigor: la sed por vengarse de Christopher Harris.

Cuando David y los otros bajaron a Samuel creyeron que había muerto, estaba húmedo y frío como un pescado. En su cara quemada por el sol se agolpaban las grietas, y su labio inferior había aumentado de grosor como si fuera a reventar. El cirujano posó la oreja sobre su pecho para escuchar los débiles latidos que cercioraban la vida. Le tumbaron sobre heno,

tapándole con una manta.

—Una semana a media ración —sentenció el capitán.

—Pero, señor —objetó el cirujano—, necesita reponerse.

—No me digáis cómo debo tratar a mis hombres.

—Pero mi cometido es velar por...

—Vos sois barbero, y acataréis mis órdenes al igual que el resto de la tripulación.

El capitán salió dejando al cirujano protestando entre dientes. Era verdad que a bordo su trabajo consistía en arreglar las barbas de los marineros, y alguna que otra vez, arrancar espinas y astillas. Sólo cuando había algún accidente grave, ejercía la función de cirujano que su padre le había transmitido.

Al día siguiente, Samuel estaba consciente, guardó cama en la habitación común, cerca de popa; la cabina del capitán, las habitaciones y las letrinas de los oficiales se ubicaban algo más atrás. La ira y el desasosiego no le permitían descansar. El sueño era superfluo, despertando cansado, con dolor de cabeza y ahogado por la pena. Decepcionado, descubrió que la media ración consistía en una sola galleta, cuyo tamaño no llegaba a la mitad de la palma de su mano, y medio cazo de cerveza.

La dureza del primer mordisco sorprendió a sus dientes que se resintieron del dolor ante la sonrisa de los veteranos, algunos, tras esperar a ver cómo reaccionaba el joven, mojaron su panecillo en la cerveza.

—Más de uno ha perdido un diente en su primera dentellada —murmuró el escuálido marinero de barba canosa y levita verde.

El sabor agrio de la vianda le inundó en el primer bocado. En el segundo sintió un movimiento, al principio inapreciable, pero que al momento se tornó perceptible haciéndole escupir de forma instintiva. Entre los restos encontró los fragmentos masticados de un gusano que aún conservaban su lento desplazamiento.

—No hagas eso —le indicó otro marino desaliñado de mediana edad—. Casi todas tienen gusanos, pero no debes desaprovecharlas por ello, no servirán nada más hasta la noche. Hay que golpearlas así contra la mesa, para que caiga el gusano —explicó mientras efectuaba con pericia la operación—. Si el gusano es grande, la galleta aún se puede comer. Si son muchos y pequeños... no sirve de nada: toca joderse y pasar hambre.

Retomó la galleta agusanada empujándola con la cerveza hasta que bajó por la garganta. Caída la noche, los hombres se amontonaron a su alrededor para dormir. Los ojos desorbitados del chupado y cano que vestía levita verde le comían con la mirada.

—¿Cuántos años tienes?

—Veintiuno —contestó Samuel. El hombre sonrió.

—¿Y cuántos crees que tengo yo?

El muchacho negó con la cabeza.

—Ocho más que tú. Sorprendido ¿eh? Parezco un viejo. Los marinos no vivimos mucho.

—¿Cuánto tiempo lleváis a bordo?

—Unos seis años, y ya he sufrido tres veces el escorbuto. Dicen que un año aquí envejece como cinco en tierra. Aquí raro es el que llega a cumplir treinta y cinco. Si no eres oficial, claro está.

—¿Y aún no te han permitido marchar?

—¡Ah, no! Yo no me puedo ir: me alisté para evitar la prisión. Además, soy tonelero, y aquí me necesitan. ¿Sabes cuantos toneles empleamos a bordo? Ciento diecisiete, un buen número para un barco tan pequeño. En mis primeros meses intenté escapar, pero el contramaestre me dejó clara la situación... Ese maldito es la mano derecha del diablo. Dicen que de joven fue el primero en poner un pie sobre este barco.

El maestro tonelero enmudeció, intentándose convencer de que aquel era su sitio, pero Samuel, pudo ver que sus ojos ansiaban huir, huir y ver, ver algo más que aquella cárcel de madera y agua, ver otras gentes distintas a los infames oficiales de abordo.

—Mi padre era también tonelero, y el padre de mi padre... De él era esta casaca, verde, verde como la malta cuando germina, antes de transmutarse dentro del barril en whisky, agua de vida. Agua de vida, eso es lo que significa la palabra whisky. Cuando era chico, de una fanega podíamos obtener más de doscientas botellas que nos quitaban de las manos. Hasta que llegó un "verano podrido", cargado de frío y agua, que arrasó las cosechas y abultó el hambre. Entonces mi familia se arruinó, yo sólo intentaba llevar algo de carne a casa...

El hombre farfulló un rato, mientras sus ojos hinchados miraban al techo y

su mente se imbuía en su niñez.

Al contemplar al tonelero, las palabras de su padre resonaron en su interior: "Gobernar el destino de un hombre es algo que sólo a Dios le corresponde". Comenzaba a quedarse dormido cuando una mano se posó en su boca exigiendo silencio. Abrió los ojos y a la luz de una lejana vela, vio a David, en la otra mano sostenía media galleta que le ofrecía con amabilidad. Tras comprobar que no tenía gusanos, la royó con prudencia.

—Y ahora viene lo mejor —indicó David sacando una pequeña botella de cristal—. Es difícil oír hablar al tonelero de su antiguo trabajo sin poder echar un trago. Bebe lo poco que queda, te hará entrar en calor.

Descorchó y bebió un licor fuerte. Apenas quedaban dos tragos, pero le reconfortó el ardor que le produjo al caer al estómago, y luego dentro de él. Tras agradecerse con sus ojos, los cerró y durmió entre toses, cofres, ronquidos, barriles y flatulencias.

Al día siguiente decidió acatar las órdenes y volver a trabajar. Se tambaleaba y apenas tenía fuerzas para mover el estropajo con sus manos temblorosas. Una semana más tarde, los huesos afloraban entre su piel, indicándole que había perdido bastante peso. No terminaba de acostumbrarse al bamboleo del barco, a veces imperceptible, sufriendo fuertes dolores de cabeza que le habrían hecho vomitar más a menudo si hubiese tenido algo en el estómago. Aun así, se empezaba a acostumbrar a aquella desagradable rutina, pero su espíritu no. Pensaba recurrentemente en su padre y en Emma. Mientras atendía sus obligaciones, la voz de su mente enmudecía, pero por la noche, cuando escuchaba a los músicos, su clamor interior le reprochaba haber aceptado entrar en el negocio de los esclavos, no haber mirado con quien compartía la cerveza en la taberna, o no haberse escabullido lo suficientemente rápido, y sobre todo, le acusaba de no haber escuchado a su padre. Si no le hubiera traicionado, nada de esto habría sucedido. Aquellas acusaciones desgarraban el corazón del muchacho, que escondía las lágrimas de sus ojos perdiéndolos en la infinita oscuridad de un mar sin luna ni estrellas.

Un ventoso día, antes del almuerzo, David le hizo gestos para que le siguiese hasta un camarucho solitario.

—Toma, come —le ofreció mostrándole una pequeña pata guisada.

—¿De dónde has sacado esto?

—Es una rata. A veces hay suerte y cazamos alguna. El cocinero las asa por un cuarto del bicho.

El hambre venció al asco: le supo a gloria. David salió a cubierta mientras Samuel carcomía con anhelo el hueso del roedor, insólito manjar de un sabor entre pollo y conejo. Varios hombres entraron en la estancia, por lo que escondió el hueso en la mano y también se escabulló hacia cubierta.

El capitán, que revisaba el estado de las velas, se detuvo a observarle. Pronto reparó en que escondía algo y se dirigió hacia él con viveza. Samuel, apurado, anduvo en sentido contrario.

—¡Deteneos! ¿No me escucháis? Venid acá. Samuel se detuvo y se acercó hasta él.

—¿Qué ocultáis en la mano?

Samuel extendió su puño, y tras un instante, lo abrió. Estaba vacío.

—¡La otra mano!

Vacía. El capitán no se dio por satisfecho, inspeccionando el suelo con sus ojos de comadreja. No vio nada.

—Podéis marchar... ¡Un momento!

Recogió el hueso de entre unos cabos cercanos.

—¿Qué es esto?

—No lo sé, señor.

—¿Esto es lo que pretendíais esconder, verdad? ¿Dónde lo habéis conseguido?

—Lo encontré cuando limpiaba el suelo.

Como todas las tardes, la tripulación formó ante el capitán para rezar. Esta vez, el contraмаestre sujetaba por la espalda a Samuel, al que habían maniatado. Alzaron sus palabras al cielo pidiendo a Dios justicia, bondad y fuerza para llevar a cabo su misión. Tras concluir con el "amén" general, el capitán, hueso en mano, cambió de tercio.

—¿Quién ha proporcionado comida a este hombre?

Todos guardaron silencio, intentando no mirar aquellos ojos de comadreja,

ni hacer ningún gesto que pudiera hacerles parecer implicados.

—Estoy dispuesto a reducir la ración a toda la tripulación si no hallo al culpable.

—¡Permiso para hablar, señor! —interrumpió el largo.

—Adelante.

—Algunos hombres dicen que David Lake le ha procurado alimentos durante la noche.

—¿Es verdad eso Sr. Lake?

—No sé de qué habla, señor. Yo no he entregado comida a nadie.

—¡No es verdad! —interrumpió otro marino achaparrado—. Yo te vi cediéndole una galleta.

—Gracias Sr. Morris —apuntó el capitán—. Contramaestre, sacad el gato de nueve colas y aplicad cincuenta latigazos al Sr. Lake y otros tantos a Page.

Todos enmudecieron, no imaginaban que el capitán fuese a dar tanta importancia al asunto. Sin duda la proximidad de la guerra había endurecido la disciplina. El contramaestre extrajo de la omnipresente bolsa de tela roja el gato, que no era más que un látigo de cuero con nueve puntas.

—Atad un nudo en cada cola —ordenó el capitán.

David obedeció a regañadientes, apretando a conciencia cada nudo. Ante la misma orden, Samuel hizo otros nueve que siguieron a los anteriores, intentando que quedasen algo sueltos. Tras asegurar con fuerza los nudos hechos, el contramaestre realizó el tercero de cada cola, colocando un balín de plomo dentro de estos últimos.

El hijo del quesero conocía bien este tipo de escarnios, sabía que no todo el mundo sobrevivía a los latigazos y las heridas que estos podían originar. Enfermaba de pavor pensando en ello, llegando casi a desfallecer al presenciar la sombría faena del contramaestre. Samuel se compadeció de él, y creyendo que era el momento de devolverle todos los favores recibidos, y sin ser consciente de la dureza del correctivo que se avecinaba, se atrevió a plantear:

—Señor, David no ha hecho mal a nadie. Dejadme cargar a mí con todos

los latigazos.

—Permitidme recordaos Sr. Page, que soy yo quien administra la justicia en este barco, y puesto que persistís en vuestra bravuconería, os agregaremos algo de sal al castigo... y si volvéis a contradecirme, se lo añadiremos también al Sr. Lake.

Samuel guardó silencio mientras sus ojos devoraban al capitán, que se erigía como garante de la justicia, cuando era un asesino como otro cualquiera. No quería empeorar más la situación de su amigo, así que optó por bajar la mirada.

Les ataron a sendos barriles con cuerdas hebrasas que picaban en muñecas y tobillos. El contramaestre se encargó de que estuvieran lo suficientemente tensas como para ceñir sus torsos desnudos a la madera.

—Contramaestre, aplicad el látigo.

La frase del capitán llegó a los oídos de Samuel, resonando en su mente una y otra vez, hasta que un desagradable bufido cortó el aire.

En un principio, David gemía tras cada golpe, pero después de treinta, perdió el conocimiento. Samuel no quería gritar, no quería darles el gusto de sentirse vencedores. Pero su boca no le respondió y se lamentó tras cada uno de los latigazos que quemaban, escocían y dolían por igual. Aun así, a su mente le dolieron más los azotes que había recibido David, la única persona que había sido amable con él en aquel barco, que los que agujaban su propia espalda.

Ningún marino disfrutó del espectáculo, salvo Walpone al que parecía satisfacerle la paliza. El contramaestre sólo alteró su tensa mueca para mostrar algo de fatiga por la faena realizada, secándose con el brazo el sudor de la frente. Al finalizar los golpes, el primer oficial susurró algo al oído del capitán, que tras meditar un instante, añadió.

—¡Al nuevo sazonadle la espalda!

La tripulación sabía lo que quería decir, para aumentar el dolor se utilizaba la sal o el vinagre en las heridas.

Tras bajar a la bodega, el contramaestre llegó con su tosca mano repleta de sal lanzándola sobre la espalda del muchacho. Samuel creía no poder sentir más dolor en la espalda hasta que padeció la nube de abrasadores cristales. Sus gritos resonaron por cada rincón del barco, elevándose hasta las nubes en aquella tarde calmada. Le arrastraron junto a David a un estrecho zulo que hacía las veces de despensa y que aún olía a verduras podridas. Era tan pequeño que no se podían tumbar en el suelo,

por lo que se sentó procurando no tocar las maderas con su espalda.

Samuel intentó hablar a David, pero no le había vuelto el conocimiento. La sal le escocía, tenía ganas de rascarse, pero al posar la mano en la espalda, se dio cuenta de que tocar las heridas no era una buena idea. Intentó acomodarse sin pisar a su amigo, y tras una larga agonía, se derrumbó apoyando la cabeza contra la pared.

Aquella noche no hubo canciones.[1]

[1] La bolsa del látigo solía ser roja, para que se viese bien desde cualquier parte del barco. En 1775 se formalizó el número de latigazos en el reglamento, hasta entonces, se aplicaban según los ánimos del capitán.

## Capítulo 6

Frederick, el ayudante de Christopher, siempre había preferido la noche. Odiaba la luz del día que permitía contemplar su rostro esquelético en pleno esplendor. Cuando era un crío, los niños de la casa de orfandad le llamaban el muerto. Él siempre intentaba aparentar que no le importaba, pero aquellas palabras se le iban clavando en el alma, retorciéndola, envenenándola y llenándola de odio.

Percibió la música y las risas de la taberna antes de girar la esquina. En un escalón cercano se recostaba la forma de un viejo, sus trazos le resultaron familiares. Al acercarse reconoció a Andrew, el cochero de los Norman.

—Me engañasteis —gritó el viejo—. Me asegurasteis que el joven Page no sufriría daño alguno.

—Y así ha sido. Se encuentra sano y salvo.

—Nunca debí indicaros donde se encontraba el muchacho. La señorita está destrozada por mi culpa.

—No pienses tanto en eso. ¿Ya has gastado todo lo que te di?

—Hace días.

—¿Hace días? Eres insaciable. Pasa y toma una jarra a mi cuenta, que el patrón y yo sabemos compensar a nuestros camaradas.

Con una palmada en la espalda del cochero, le persuadió para que se adentrara entre el bullicio de la tasca. El tabernero desconfiaba del viejo, que llevara o no dinero, siempre intentaba beber. Ante su solicitud miró a Frederick que ratificó con la cabeza. El jarro de cerveza hipnotizó al cochero, que clavó en él sus ojos azules mientras su boca succionaba como si el líquido se esparciera ya entre sus fauces. El primer trago dejó un rastro de espuma en los labios del anciano, para el que el mundo se había paralizado.

En una mesa cercana Sara y Rosalind bebían licor esperando a Christopher Harris que se había levantado para conversar con unos tipos orondos de blancas y abultadas pelucas.

Frederick dejó a su espalda al cochero y saludó a las chicas, que contestaron con indiferencia mientras él contemplaba el generoso escote de Sara. Esa muchacha le atraía desde el primer momento en que la vio. Ella lo sabía e intentaba rehuirle, y él se daba cuenta; pero quería intentarlo una vez más. Con su mano áspera y huesuda recorrió el oscuro

mechón de pelo que descendía hasta las pecas en forma de lágrima.

—Cerca de aquí —susurró él—, conozco un granero muy acogedor.

—Sigue el consejo del viejo Page... y vete a yacer con tus negras.

Desde que el padre de Samuel aireó las tropelías sexuales que perpetraba con las esclavas, sus compañeros le mortificaban por ello, alimentando el rencoroso monstruo que vivía en su interior y que ahora se revolvía contra Martin Page y sus enojosas palabras. Lleno de ira contraatacó a la muchacha.

—Sé que le prefieres a él —refunfuñó mientras indicaba con su dedo a Harris—, pero él y yo somos como una misma persona.

—Pues desde aquí —intervino Rosalind con su habitual desparpajo—, no se aprecia ninguna semejanza.

Las chicas, avivadas por el licor, estallaron al unísono en una carcajada.

El alma retorcida de aquel hombre, empachada de reproches y desprecio, decidió buscar refugio en su patrón.

—Andrew, el asistente de los Norman, estaba resentido por lo de Samuel. Aún le recuerdo como antaño, cuando era amo de aquella caballeriza que visitábamos de niños para ver a los potrillos. Eso era antes de que se pasase el día con la jarra en la mano. Le he invitado a unos tragos para que cerrase su boca.

—Bien hecho —afirmó Harris—. Ese hombre ama más a las botellas que a su propia madre. A la gente de su naturaleza conviene tenerla de nuestra parte: patean las tabernas, oyen todo lo que pasa en la calle y se venden por poco dinero. ¿Hay alguna novedad más?

—Lo de siempre, esa zorra de Sara no quiere joder conmigo.

—¿Te has negado a pagarla?

—Nunca.

Harris se acercó a las chicas y tras una conversación acalorada en la que señalaban a Frederick, Sara se incorporó de mala gana, se acercó a él y dispuso:

—El dinero por adelantado.

La sonrisa que apareció en el rostro de Frederick lo afeó aún más, delatando el rencor y la malicia acumulada. Miro fugazmente a Harris, su

patrono y único amigo, la persona gracias a la cual no se había vuelto un mendigo o un borracho como Andrew.

## Capítulo 7

Despertó sin saber el tiempo que llevaba encerrado. Sólo recordaba largos y desagradables sueños acompañados por sed, frío y desazón. Su cabeza ardía por la fiebre. Al apoyar las manos para intentar ponerse en pie, tocó un líquido viscoso y espeso que se extendía por el suelo. Lo acercó a la nariz reconociendo su olor: sangre. Creyó que era suya, pero pronto percibió la rigidez de su compañero. Palpando en la oscuridad llegó hasta la mejilla de David: estaba fría, fría como los peces que compraba en el muelle, fría como los cadáveres que había visto en los entierros.

Lloró y protestó, gastando las pocas energías de las que disponía, pero nadie atendió a sus demandas. Fuera, todos parecían muy atareados.

Le despertó una explosión. Pasos de marinos corriendo, gritos de apremio, tensión y miedo le indicaban que habían encontrado al enemigo.

Escuchó unos golpes secos que desatracaban la puerta. Tras el rechinar de bisagras, apareció el contramaestre con dos palos.

—¡Arriba, holgazanes! —ordenó lanzando los garrotes—. Salid a defender la nave si estimáis en algo vuestras vidas.

A Samuel le hubiese gustado romper el palo en su redonda cabeza, pero apenas tenía fuerzas para levantarse. Cuando quiso anunciarle la muerte de David, el suboficial se alejaba con urgencia. Tambaleando cogió una de las estacas y, movido por la curiosidad e instinto de supervivencia, subió a cubierta. La luz del sol apenas le deslumbró, unas nieves grises cubrían el cielo. El viento enfrió su pecho aún desnudo. Los hombres se preparaban para la lucha. Entre el caos reinante, se alzaba la voz del capitán:

—Sr. Walpone, ordenad otra tanda de disparos. ¡Timonel! Mantened firme el rumbo. ¡Debemos salvaguardarnos de sus cañones!

Las detonaciones derrumbaron a Samuel, cuya mano pisó un marino que trotaba en busca de algo. Sobre cubierta cada cañonazo sonaba con un estruendo seco, que dejaba un hueco en el aire. Después llegaba una nube blanquecina de humo, que lo cubría todo durante unos instantes, para irse disipando poco a poco con un olor a pólvora tan fuerte que se podía masticar.

Se incorporó para contemplar la escena. En el otro barco un fogonazo precedió al rugido de la explosión que, lanzando una bola de acero al aire, alcanzó la arboladura. El proyectil traspasó las maderas y cayó al agua con un sonoro zambullido. Una lluvia de astillas cubrió las ropas de Samuel, mientras un embrollo de cuerdas y velas se desprendía hiriendo a un harapiento muchacho. El barbero intentó auxiliarle, pero ya era

demasiado tarde.

El capitán, ducho en combate y con nervios de acero, continuaba vociferando órdenes que dirigían al revoltijo de hombres que correteaban.

Tras otro estruendo lejano, aterrizó en cubierta un enorme arpón de tres puntas atado a una cuerda que retrocedió hasta engancharse en el borde de las escaleras que descendían hacia la zona de carga. La sogá pronto adquirió una fuerte tensión, elevándose del agua al ritmo que marcaban los tirones provenientes de la embarcación vecina. Cuando a golpe de sable consiguieron cortarla, tres ganchos más habían aterrizado en cubierta, y aunque sólo dos de ellos se hundieron en la madera, la llegada de los invasores era inminente.

—¡Contra maestre, preparad a la tripulación para el abordaje! —gritó el capitán.

Los oficiales empuñaron pistolas y sables; los marinos, mosquetes y espadas; y la leva, sin uniformar y organizada por el contra maestre, hachas, cuchillos y otros utensilios.

El barco atacante estaba cercano, en él ya se podía distinguir a la muchedumbre delirante que tiraba de los ganchos con intención de pasar al cuerpo a cuerpo.

Walpone se aproximó a Samuel para ordenarle:

—Sitúate en la borda de estribor. Obedece, o te juro que... —le advirtió a punta de sable.

Sin ánimo para enfrentarse al arma del primer oficial avanzó hacia el lugar más peligroso, donde habían amontonado a la leva.

—Tú, Page, ponte delante —ordenó el contra maestre que mantenía a la muchedumbre en orden.

Varios marinos le azuzaron hacia la borda, no por acatar la orden del contra maestre sino para guarecerse de posibles disparos. La débil resistencia de Samuel no pudo evitar que le situaran en primera línea, además, el miedo de los otros hombres multiplicaba sus bríos al empujarle. Apenas podía sostener el palo, incapaz de pelear contra la masa de harapientos que se avecinaba profiriendo todo tipo de insultos y amenazas.

Tres objetos esféricos sobrevolaron el montón de la leva, dejando una estela de humo sobre sus cabezas para caer en cubierta y estallar ensordecedoramente. Samuel giró la cabeza y descubrió como muchos de los hombres que le acababan de empujar, se encorvaban malheridos. El

contra maestre se había llevado la peor parte: las bombas habían explotado de lleno sobre él, haciéndole un horrible boquete desde la frente hasta el fondo del cráneo. Lo que quedaba de su cuerpo se derrumbó sobre la madera que tantas veces había ordenado limpiar.

Hordas de individuos armados se lanzaron a la conquista del barco. Los oficiales descargaron sus pistolas y los marinos sus mosquetes, ocasionando numerosas bajas. Pese a ello, y lejos de retroceder, los asaltantes corrieron en busca de la lucha.

Tras descargar las armas de fuego, le tocaba el turno al acero. Un grito desgarrador se abrió paso entre las barbas del primer oficial, al que su corpulencia e instrucción marcial permitían lanzar fuertes sablazos sobre un grupo de desarrapados que acababan de aterrizar. Uno de ellos trató de apuñalarle a traición con un cuchillo, pero él hundió su arma en el pecho del atacante, momento que aprovechó otro para golpearle con un martillo en la cabeza. Tras el martillazo su mirada voló sin rumbo por la escena dantesca, posándose en los ojos de Samuel. El joven mercader de Bristol, nunca supo interpretar la extraña mueca con la que se derrumbó su principal captor: arrepentimiento, estupor o simple confusión por el golpe.

## Capítulo 8

Desde que la noticia había llegado a Bristol, Emma apenas salía de su alcoba. Un marino lo aseguró en la tienda de Martin. Adam, tras atender al Sr. Page, le informó a ella con lágrimas en los ojos y un nudo en la garganta: el barco de Samuel había sido asaltado por piratas. Walpone, un antiguo rehén de los bucaneros, así lo había confirmado. Aparte de él, sólo había sobrevivido un tal David Lake, al que los piratas hallaron medio muerto.

El padre de Emma ya no sabía qué hacer para consolarla, con el paso de los días perdía la paciencia. Su hija se consumía en vida, aferrada al recuerdo de aquel joven que a él tanto le desagradaba. Cada lágrima de la chica ahogaba su aguante, y aumentaba el peso que otros problemas, de un orden superior para él, ejercían sobre sus hombros.

Era un día fatídico, tenía que dar la cara de nuevo. Se aseó en la palangana, y tras vestirse cuidadosamente, se colocó su mejor peluca con la ayuda del espejo. Intentó inútilmente hablar con Emma que seguía languideciendo sobre la cama. Exasperado por el comportamiento de la joven, bajó las escaleras hacia la puerta.

Antes de salir, tomó su bastón. Quería transmitir la distinción de la que él y su familia habían gozado años atrás. Contempló el retrato de su padre, pretendiendo atrapar una pizca de su determinación y salió de su pequeña mansión con parsimonia. Su mente no dejaba andar con soltura a sus pies, no quería llegar demasiado pronto. El viejo cochero le esperaba. Atravesaron el camino polvoriento hasta el centro de la ciudad, donde se alzaban las casas de pulcras fachadas de piedra.

Cuando entró en la sala sus cinco acreedores le aguardaban alrededor de una oscura mesa. Uno de ellos, viejo, de cara afilada y largas patillas canas, presidía la reunión.

—Señores.

—Sr. Norman.

—Me temo que una vez más tendré que apelar a vuestra paciencia.

—Sr. Norman, durante muchos años habéis sido un buen socio y conciudadano —argumentó el anciano—, sin embargo, me veo en el difícil aprieto de recordaos que nuestra relación es prioritariamente financiera.

—Pero me prometisteis...

—Os prometimos esperar dos meses a término y mantenemos nuestra palabra. Pero si en dos semanas no nos pagáis, presentaremos nuestro caso ante el condestable de Homerton.

—Me parece justo —masculló apretando los dientes—, nos veremos a finales de mes. Señores.

Los cinco negociantes le observaron cual buitres a un moribundo, ya que, sin que él lo imaginase, antes de su llegada habían estado repartiendo sus posesiones ante lo que consideraban un embargo seguro.

El pecho le oprimía. Tuvo que detenerse a tomar aire antes de bajar las ostentosas escaleras.

—Cuando vivía mi padre —pensaba—, estos miserables no se atrevían ni a mirarle a los ojos, y ahora se harán con todas sus posesiones.

Ya en la calle, el rechinar de sus dientes trasladó su agitación al resto del cuerpo, que en un ataque de tensión golpeó el bastón contra una de las grandes piedras de la fachada. La vara quedó dividida en dos piezas que no se separaron, sino que quedaron agarradas por varias astillas fibrosas. El Sr. Norman contempló su faena, había destruido el cetro familiar, el bastón en el que se apoyó su padre. Con la esperanza de repararlo, lo depositó sobre el asiento del carro.

Andrew azuzó a los caballos y regresaron en un tenso silencio, roto por las primeras gotas de agua de un oscuro nubarrón. Olía a tormenta.

Si no pagaba sus deudas, pronto todo desaparecería. Su viejo cochero se marcharía en cuanto no obtuviese comida caliente diaria. Le despojarían de su casa, la casa donde habían habitado y muerto sus antepasados. Sólo le quedaría su hija y Cecilia. Cecilia, esa mujer que cimentaba el quehacer de su hogar.

Cuando cerró la puerta, las gotas de lluvia golpeaban las maderas. Tras quitarse el chaquetón, encontró al ama de llaves exaltada. Su hija debía seguir en su habitación.

—Sr. Norman tengo que decirles algo —anunció con lágrimas en los ojos—. Aunque aseguré a la señorita Norman que no lo haría, considero que es necesaria vuestra experiencia para...

Observó a la mujer, sabía que era importante.

—Habla.

—Señor, no sé cómo decíroslo. La señorita me preguntó cómo se sabe si

una muchacha está encinta, y yo pregunté por qué...

No necesitó oír más, la furia se apoderó de él. Subió las escaleras como una exhalación y abrió la puerta. Su hija estaba dentro de la cama.

—¿Cómo has podido hacerme esto? Tu reputación es lo poco que quedaba en esta casa. ¡Mírame, mírame!

Emma se limitó a llorar contemplando la tormenta a través de la ventana.

—¿Es de Page? ¡Responde!

La muchacha afirmó con la cabeza mientras su padre salía arrastrado por los demonios de la ira.

—Debí figurarme que ese pretencioso hacía algo más que cortejarte.

Hundido por los acontecimientos del día se sentó en la escalera. Cecilia se arrió con sigilo.

—No está todo perdido, aún no es evidente el embarazo. Quizá pueda desposarla con alguien en estos días, es una chica muy bonita. Una prima mía así lo hizo y nadie supo nunca que estaba preñada de otro.

—¿Con quién? Todo el mundo sabe que me beneficié de los tratos con los puritanos. Comercié con el propio Cromwell en persona.

—Y Dios os bendecirá por ello.

—Dios quizás, pero no la corte ¿Sabes lo que han hecho con sus restos? Lo han desenterrado y ahorcado. Ahora exhiben su calavera ensartada a una pica, cerca del mismo lugar donde él corto la cabeza al padre de nuestro rey. Tuve suerte al conservar mis tierras hace cinco años, cuando expropiaron a todos los que colaboraron con la república, pero ahora, me siento muerto en vida. Ningún noble o aristócrata quiere trato o relación conmigo, algunos me huyen como si fuera el mismísimo diablo. Y para colmo de males, descubro que mi hija está preñada de un tendero muerto.

—Mis chicos murieron luchando por Cromwell, que Dios tenga en su Gloria. Si viviera alguno de ellos sería una dicha desposarle con la señorita. Y ese amigo vuestro...Hamilton. ¿No tenía un hijo?

—Sí, ruin y grosero, pero quizás nos pueda servir.

Esperó junto al fuego a que la tormenta pasara. Después Cecilia avisó a

Andrew, y el Sr. Norman salió de la casa.

Una valla negra de punta dorada delimitaba la imponente residencia que los Hamilton tenían en las afueras. La puerta estaba custodiada por dos criados que conversaban. Uno de ellos, ataviado con peluca y sombrero triangular, era James: el hombre de cara delgada y sosegada, que en su día trató de cortejar a Emma. Cuando vio al Sr. Norman se agitó, no podía olvidar cómo le menospreció en su último encuentro. Incluso ahora, que estaba felizmente casado, se encontraba a sí mismo en la intimidad imaginando cómo debía haber rebatido los descréditos de aquella situación que jamás se volvería a repetir, sin darse cuenta de que hubiese dicho lo que hubiese dicho, para el Sr. Norman siempre sería un vulgar sirviente. Al menos, yo no estoy en la ruina como él, pensaba para tranquilizarse.

James no era rencoroso, y le saludó con alegría. El Sr. Norman apenas le miró. Estaba demasiado sumido en sus problemas como para detenerse a saludar a un criado y solicitó con urgencia entrevistarse con Lord Hamilton. Cuando con su mejor sonrisa, James indicó al cochero que debía esperar fuera, el Sr. Norman reparó en él. No sabía si el criado estaba casado o no, por un momento recordó su oferta, pero consideró que aún no era una opción a contemplar.

Entre los nubarrones grises reaparecieron los dorados rayos de sol, colmando de luz las gotas de lluvia que revestían el jardín. El verdor del forraje resplandeció, y las flores rojas y naranjas que ornamentaban el patio mostraron sus vivos colores mientras un longevo jardinero las apañaba cercenando las hojas que amarilleaban aquí y allá. Ligeras rachas de viento alzaban el olor de las plantas impregnado de humedad, extendiendo su fragancia por cada rincón de la hacienda.

Anduvieron hasta toparse con otro mayordomo de aspecto fuerte y peluca cana que les hizo esperar ante una puerta pulcramente barnizada en verde oscuro, dejándoles a solas en un frío silencio que James decidió romper.

—Hace unos meses me encontré a la señorita Norman. Le presenté a mi hija, Elena. ¿No os lo dijeron?

—No, no —respondió sin apenas mirar o poner interés en las palabras de James.

El Sr. Norman no pretendía mentir. Emma se lo comentó el día anterior a la desaparición de Samuel, pero su falta de interés sobre James o cualquier otro sirviente le había hecho olvidarlo. Por aquel entonces él creía conocer todo lo que necesitaba saber del criado: que ya no

ambicionaba a su niña.

El mayordomo corpulento abrió la puerta y le invitó a seguirle. Hamilton, un tipo orondo que se había quitado la peluca para estar más cómodo dejando al descubierto su pelo corto, vestía una levita marfil ornamentada en dorado y un abultado pañuelo al cuello. Su mirada verde y penetrante dejaba escapar su carácter directo, exento de cualquier tipo de tapujos. Se disponía a comer en un alargado salón, presidido por un gran reloj decorado en oro que se trasladaba con su dueño de una ciudad a otra.

Tras una acogedora bienvenida, tomaron unos huevos escalfados, picadillo de pollo y algo de salmón salado, bebiendo copiosos tragos de vino entre bocado y bocado. Hablaron del tiempo, de cómo crecía Bristol, de la gente que se iba a vivir a ultramar, de lo mal que se encontraba un conocido reverendo desde que fue expulsado por católico y de la corte. Pero si hubo un tema al que dieron vueltas durante toda la conversación fue al negocio prodigioso que les estaba enfrentando a Holanda, el mismo que hacía que algunos mercaderes ganasen dinero a manos llenas: la compra-venta de esclavos. Por lo visto, ese tal Christopher Harris y sus ayudantes se habían hecho de oro. En unos meses, tras hacerse con la mayoría del negocio, había conseguido ser uno de los hombres más ricos e influyentes de Bristol.

La conversación viró hacia cuan necesarios eran los esclavos en las colonias y la productividad de las mismas. Muchos hombres libres marchaban hacia ellas para evadir la hambruna que se extendía por toda Europa. Cuando el Sr. Norman creyó que era el momento, le preguntó por su hijo, haciendo cierta mención sobre la edad de Emma.

—Vuestra hija es una criatura deliciosa, pero jamás podría consentir que mi hijo os tenga como suegro. Me parte el corazón daros un no, pero todo el mundo sabe que fuisteis partidario de Cromwell. Nadie que aspire a ser valorado en la corte querrá emparentarse con ella.

—Pero tiene que haber alguien...

—¡No os aflijáis! Por lo que me contó James vuestra florecilla ya tiene un buen pretendiente, el hijo de Martin Page. Martin siempre ha sido un negociante honrado y sagaz, con el bolsillo bien lleno, y dicen que su hijo le sigue los pasos.

—El joven ha muerto.

Tras la consternación de Lord Hamilton, el Sr. Norman le explicó su situación. Tomaron algunos tragos más, hasta que las campanillas del reloj anunciaron que la conversación llegaba a su fin.

Se despidió con una sincera reverencia y abatido montó en el carro. Su ebrio intelecto recordó la conversación con su antiguo amigo y aquel primer día que vio a Harris. Sin duda era un hombre de mala calaña; pero... ¡qué diablos! A veces, hay que pertenecer a la mala calaña para sobrevivir. También recordaba cómo miraba a su hija: quizás consiguiese matar dos pájaros de un tiro. Harris podría pagar sus deudas y hacer feliz a Emma, así él podría mantener sus posesiones, aunque fuese en usufructo. Seguro que ella al principio no lo entendería, era demasiado joven como para saber qué quería en realidad, no había vivido suficientes penurias en sus propias carnes. Sólo quedaban dos semanas, no había tiempo que perder.

—Andrew, llévame al puerto —gruñó.

El espacio del muelle que usaba Harris para sus negocios se había extendido en apenas dos meses. Los tres hombres calvos se encargaban de cerrar los negocios y él, mejor ataviado que la última vez que le echó el ojo, supervisaba todas las operaciones. Las filas de hombres negros maniatados a un largo palo se amontonaban en el muelle.

Se quedó a un lado curioseando. Frederick, el encargado, se dirigió hacia ellos mientras los ojos azules del cochero le evitaban, intentando que su señor no percibiese los oscuros negocios que habían compartido.

A una señal de Christopher, Frederick les dejó tranquilos. Harris era perspicaz, no había olvidado al Sr. Norman e intuía que no estaba allí para nada.

—Buenos días tengáis Sr...

—Sr. Norman.

—¿Qué os trae por aquí?

—¿Sabéis quién soy?

—Os recuerdo, a vos y a vuestra encantadora hija.

—De eso mismo quería hablaros— respondió intentando ordenar las ideas que bailaban en su mente al ritmo del vino.

—Vamos, Sr. Norman, no vendréis a pedirme cuentas por lo de Samuel, sólo son habladurías, y de ser cierto, creed que lo lamento. Aunque, ya sabéis, el que trabaja con cenizas acaba con las manos sucias.

—Por lo que sé, los rumores de cómo os deshicisteis de él han atemorizado a toda la competencia. Sr. Harris, nadie comercia con esclavos sin vuestro beneplácito. Y de ser cierto que usted tuvo algo que

ver en la desaparición del joven Page, vengo a reclamaros una justa compensación, ya que vuestras acciones han llevado mi vida y la de mi hija a la ruina.

—Sr. Norman, vuestra vida y la de vuestra hija llevan en la ruina más de dos años.

—Sí, pero desconocéis que el Sr. Page, con quien mi hija estaba prometida, era un joven dispuesto a hacer frente a todas mis pérdidas.

—¿Y habéis venido hasta aquí para pedirme dinero, acaso me creéis tan necio como para compensaros por algo así?

—En estos momentos, por vuestra culpa, me encuentro sin dinero y con una solterona infeliz que apenas quiere salir de su aposento. Creo que tenéis la obligación moral de reparar ambos hechos.

Christopher arqueó sus cejas, atravesando con su mirada al Sr. Norman. Era astuto y comprendió sus intenciones enseguida.

—En verdad, Sr. Norman, tenéis una manera desconcertante de hacer propuestas. ¿Me estáis ofreciendo que contraiga matrimonio con vuestra hija?

Ante el gesto aprobatorio del pretendido caballero, Harris soltó una ruidosa carcajada. Sara, la chica morena de pecas junto al ojo, al observar la situación, saltó como si le hubiesen clavado un alfiler en el trasero. Su mirada maldijo al viejo Norman mientras sus pulmones se hinchaban y deshinchaban a un ritmo frenético. Si no fuera por aquel arrebatado movimiento, cualquiera hubiese jurado que se había transformado en una estatua de perfecta talla.

Harris la observó, se sirvió un poco de licor y lo bebió de un solo trago. Tras secarse los labios con la manga propuso a su desesperado pretendiente:

—Pasad a mi escritorio, los negocios importantes nunca los despacho en el muelle.

Cuando llegó a casa no sabía cómo explicárselo a su hija. Él nunca había sido bueno para este tipo de cosas. Llamó a la puerta de la habitación y Emma le invitó a entrar.

Seguía tumbada en la cama, más pálida que de costumbre y con un halo violeta circunvalando sus ojos claros. El colgante con forma de corazón reposaba sobre su blanco camisón. Reparó en la pequeña joya, nadie le

había explicado su verdadero valor, pero él no era tan necio cómo para no imaginárselo; prefería que fuese así, que nadie le dijese nada al respecto, no lo quería oír.

Explicarle a su niña lo que pretendía hacer no era una tarea fácil. En estos momentos anhelaba tener el don de palabra presente en muchas personas, como la familia Page. Siempre sabían negociar con la palabra oportuna en el momento justo, y él ni siquiera hallaba el modo de abordar la conversación. Tras deliberar un instante, arrancó:

—Lamento la pérdida de Samuel, ahora sé lo mucho que le apreciabas, pero la vida continúa...

La negación de Emma arrugó aún más el gesto de Cecilia, que no pudo contener sus lágrimas.

—¡Soy tu padre y tendrás que obedecer mis órdenes! Además, el Sr. Harris ya me ha adelantado parte del dinero.

## Capítulo 9

El capitán Van Goyen, con una andrajosa casaca azul oscuro, contemplaba el final de la escaramuza. Un amasijo de moribundos cubría el suelo. La sangre empapaba los uniformes ingleses que tanto odiaba. Aún recordaba el día en que uno de esos soldados disparó sobre su hermano... y tenía la intención de hacérselo pagar una vez más.

Los supervivientes se alineaban de rodillas de cara al mástil donde habían atado al antiguo capitán.

—Quizás hayáis oído hablar de mí, soy el capitán de navío Van Goyen —anunció con un marcado acento holandés—. ¿Alguno de vosotros pertenece a una familia noble?

El largo, que aún conservaba los moratones de la paliza que le proporcionó Samuel, se levantó y señaló a Walpone.

—El primer oficial es hijo de un secretario del Almirantazgo.

Un hombre corpulento, de amplios mofletes revestidos por una barba canosa de un par de días y pelo corto se acercó a Walpone que continuaba tendido en el suelo. Tras examinarle, bramó algunas palabras en holandés llamando la atención del capitán. Bajo las órdenes del mismo, arrastraron al primer oficial entre varios desarrapados.

El corpulento siguió examinando a lo que quedaba de la tripulación: no había nadie de su interés, pasó a los caídos. Pronto reparó en el cadáver de uno de los piratas. Tras levantarle la cabeza, voceó en perfecto inglés:

—Señor, mi compatriota ha muerto.

Van Goyen se acercó a verificarlo.

—Necesitamos otro inglés... ¿Hay alguien que sepa nadar? Uno de los oficiales levantó la mano.

—Tú no me vales, necesito gente acostumbrada a obedecer órdenes, no a darlas. Vais a morir —aseguró el capitán con su acento holandés—, pero estoy dispuesto a perdonar la vida a uno de vosotros, y ya que ninguno es diestro en el nado, precisaré otras virtudes.

Van Goyen dejó caer un sable estrepitosamente. Los rayos del sol rebotaron en el acero haciéndolo visible a toda la tripulación.

—El cabrón que le quite la vida a vuestro capitán, podrá navegar junto a

mí, el resto morirá.

El depuesto capitán levantó desesperado sus ojos de comadreja y apeló al honor de los holandeses. Pocos fueron los ingleses que se atrevieron a mirarle, en sus mentes perduraba el halo de la antigua autoridad haciendo que se avergonzaran por el mero hecho de pensar en traicionarle.

“Contra maestre, aplicad el látigo.” Las sombrías palabras del capitán, aún rondaban por la cabeza de Samuel, que se incorporó con dificultad. La rabia y la sed de venganza le habían hecho decidirse antes que sus compañeros. Aunque él no lo sabía, llevaba varios días sin comer por lo que las piernas le fallaban, obligándole a detenerse para recobrar el equilibrio. Al levantar la vista, descubrió que alguien se le estaba adelantando. El marino delgado gateaba presuroso hacia el acero.

Recordando aquel día en “La Oca Dorada”, Samuel estalló su pie contra la cabeza del marino que rodó a un lado.

El sable le pesó como una viga, dando tiempo al largo para incorporarse con la nariz rota. El resto de sus compañeros, al verles competir por el arma, se animaron a participar en el macabro juego, por lo que tuvo que guardarse de sus ataques apuntándolos con el filo mientras que tambaleándose, se acercaba al capitán.

Vaciló por un momento. Aunque aquellos ojos de comadreja le taladraban el alma, no podía borrar de su memoria la visión del cadáver de David. Su rostro se llenó de furia y buscó la mirada del capitán, que percibiendo su determinación, no ocultó su espanto.

—Espero que Dios os perdone —declaró Samuel antes de hundirle el sable en el pecho—, por qué yo jamás lo haré.

El capitán intentó decir algo, pero la vida se le escapaba y su boca no pudo sino escupir sangre.

A una señal de Van Goyen, sus hombres embistieron brutalmente contra el resto de los ingleses, que desarmados y de rodillas, suplicaron una clemencia que nunca llegó.

Samuel, aún con el sable en la mano, contempló espantado la carnicería.

Van Goyen se aproximó, escupió a un lado y le dijo:

—Hoy es tu día de suerte.

Después le hizo un gesto indicándole que abandonase el barco.

Antes de irse, se acercó al cadáver del maestro tonelero y contempló la contorsión de su desdentada fisonomía. No comprendía cómo un hombre cándido debía morir en mitad de una salvaje matanza, tan esclavo, como los que en su día pretendió vender él. Tras cerrarle los ojos, se apropió de la levita verde que había resguardado a tres generaciones dedicadas a la forja y mimo del barril.

Tuvo que concentrarse para recorrer la escala que conducía a su nuevo barco, todo le daba vueltas. Su nueva tripulación despojó de todo tipo de arma y comida al navío que le hizo preso semanas atrás, para terminar prendiéndolo fuego.

A su antiguo oficial de primera le encerraron en un camarote inferior habilitado como prisión.

Ya en cubierta, los hombres parecían descontentos con el botín. Los escasos sables, mosquetes y pistolas obtenidos eran lo más apreciado, pero la comida capturada dejaba mucho que desear. El capitán y el corpulento de voluminosos carrillos se encaminaron hacia Samuel.

—Te quedarás junto a él —ordenó con su fuerte acento Van Goyen—, y obedecerás en todo lo que establezca.

Samuel asintió con la cabeza mientras se apoyaba sobre un mástil intentando no derrumbarse. Su nuevo compañero lo contempló, y tras regodearse de su debilidad se presentó:

—Me llamo Patrick —comentó esperando una respuesta—. Vendrá bien otro inglés en la tripulación, estoy olvidando mi propio idioma a fuerza de no usarlo.

Samuel sabía lo que suponía unirse a los piratas: pena de muerte, y lo que era peor, una terrible deshonra para su padre. Su pobre padre, no sólo tendría que sufrir su desaparición, sino también la vergüenza entre sus vecinos. De pronto germinó una idea en su cabeza, que en un principio quiso desechar, pero a la que poco a poco se abrazó buscando cobijo para los suyos. Quizás era una ocurrencia despreciable, pero el miedo a que su padre sufriese respondió por él, y cuando se quiso dar cuenta ya estaba hablando.

—Me llamo David, David Lake.

—Bien David, ¿sabes porque te han puesto a mi cargo, capón? Porque soy el único hombre aparte del capitán que hablo inglés. El resto de la tripulación son holandeses, así que tendrás que aprender su lengua cuanto antes. Si me haces caso y sigues las reglas, serás uno más, pero si te pasas de listo, acabarás como el resto de tus jodidos compañeros. Nada de jugar por dinero o peleas con cuchillos a bordo. Más tarde te daré un

machete y un mosquete, tienes que tenerlos preparados siempre. Y sobre todo, debes luchar con bravura, cualquier señal de temor será castigada con dureza, ¿entendido?

Samuel afirmó con la cabeza.

—Come y bebe cuanto te den, y sobre todo, obedece al capitán sin reservas. Él odia a todo aquel que no sea holandés, en especial a los ingleses y españoles. Ya has visto cómo se las gasta, aprendió el oficio del mismísimo Francois L´Olonnais. ¿No habéis oído hablar de él? —Ante la negativa de Samuel prosiguió—. L´Olonnais es el azote de los españoles. Disfruta masticando el corazón aún latiente de sus enemigos, escupiéndoselo en la cara[1].

[1] Francois L´Olonnais fue uno de los filibusteros más crueles que haya existido, sus atrocidades quedan plasmadas en documentos de la época. Tras meses de sembrar el terror en Centroamérica fue apresado y muerto por una tribu de indios caníbales. Según el único testigo que quedó con vida: “lo despedazaron y descuartizaron, lo asaron... y se lo comieron”.

## Capítulo 10

Adam Silver se levantó de madrugada. Desde que llegó la noticia de la muerte de Samuel, el viejo Gabriel Page había dejado el peso del negocio sobre él.

Salió a la calle, la niebla no dejaba ver más allá de su modesto cerco de madera. Un ruido le hizo pararse en seco, alguien había entrado en su jardín y se ocultaba tras unos arbustos. Su corazón latió con rapidez, ¿algún indigente, un intento de robo...? Distinguió una forma blanca sentada en el suelo y un pelo largo y rubio.

—Por el amor de Dios... Emma, ¿qué haces aquí?

—No sabía dónde ir —sollozó la joven—. No he dormido en toda la noche y creo que voy a perder la razón.

Adam la ayudó a incorporarse, pasó con ella dentro y le ofreció asiento cerca de las ascuas.

—¿Tienes hambre?

Emma negó con la cabeza.

—Ni mi cuerpo ni mi espíritu admiten alimentos.

Adam trajo una tetera de latón, vertió su contenido en una taza y se la ofreció.

—No puedo creer que esté muerto —aseguró ella—. A veces despierto y salgo de casa, creyendo que lo encontraré allí. Estoy segura que murió por el asunto de los esclavos. Si supieras cuanto pienso en aquella noche. Me arrepiento de cada una de mis palabras. Me gustaría poder hablarle, explicarle que él era más importante para mí que todo el dinero del mundo... y ahora... ahora sólo puedo llorarle.

Adam la contempló, frágil como un pajarillo mojado, y pensativo, buscó una solución con tiento, como siempre hacía, intentando no herir los sentimientos ajenos.

—Escríbele una carta. Algunas viudas de naufragos lo hacen y las arrojan al mar.

Emma meditó la idea, las lágrimas brotaron de nuevo.

—Eso no es todo, Adam... Yo, mi padre...

—Está bien, cuéntamelo, y veremos qué podemos hacer.

—Mi padre quiere casarme con Harris.

Cuando regresó a casa, la chica escribió una extensa carta. Al terminar, oprimió el manuscrito sobre su pecho, donde, como de costumbre, descansaba el colgante que Samuel le había regalado el día de su desaparición.

Desde aquel día, se citaron todas las tardes. Paseaban y conversaban como cuando estaba presente Samuel. El hombre volvió a disfrutar de la compañía de la muchacha, que aunque ya no aportaba la alegría de antaño, sí le aportaba su belleza y amabilidad, permitiéndole tener conversaciones amenas y distendidas que hacían que las horas de sosiego volasen antes del atardecer. Además, ahora que no les acompañaba Cecilia, sus paseos y diálogos podían ser más íntimos, permitiéndole desnudar su alma ante esa muchacha con la que compartía la desgracia de haber perdido a aquellos que más amaban. Se podía decir que si en un principio él era su apoyo, con el paso de los días era ella la que le ofrecía consuelo.

Adam jamás se hubiera atrevido a cruzar más de dos frases con aquella damita tras la muerte de su amigo, y mucho menos a pasear a solas, pero su compromiso con Harris dejaba claro que no se la iba a permitir guardar luto por la muerte de Samuel.

Christopher Harris se levantó dejando a cada una de sus amantes a un lado. Era agradable tener chimenea en la habitación. Viendo amanecer se abotonó la blusa.

Vecinos a las pecas en forma de lágrima de Sara, sus ojos se abrieron ante el crujido de la madera que provocaban los pasos de Harris. Se incorporó silenciosa y le abrazó por la espalda.

—Ahora eres un hombre rico —susurró—. Vayámonos de Bristol, tú Rosalind y yo.

—¿Y... dónde habríamos de ir?

—A Londres, por ejemplo. Podríamos ir a fiestas elegantes y vestirnos como príncipes. Allí nadie nos conoce, incluso podríamos casarnos y tener

hijos.

—¿Casarme?

—Sí. Cásate conmigo, puedo darte todos los hijos que quieras.

—No.

—¿Por qué no? —añadió la chica escotándose el camisón para enseñar sus generosos pechos—. ¿Ya no te gusto o es que prefieres a esa niña de los Norman?

—Sí, la prefiero a ella.

Tras un tenso silencio, la tormenta desatada en la cabeza de la muchacha desató un trueno en forma de chillido:

—¡Y que tiene ella que no te pueda dar yo!

—Ella no es una puta. Te has acostado con tantos hombres que ya no eres capaz de recordar sus caras.

—Lo hice porque tú me lo pediste.

Él no respondió, se limitó a terminar de vestirse en aquella amarillenta habitación, mientras la chica rompía a llorar.

—Tú lo has dicho, ahora soy rico, y no dejaré que la gente se ría de mí casándome con una zorra.

—La gente ya se ríe de ti —añadió rencorosa—, porque no te has enterado que la guarra de tu doncellita dedica sus atenciones al otro tendero, Adam Silver. Dicen que pronto heredará el negocio del viejo Gabriel y entonces ya no necesitará tu dinero.

El rumor cayó como un jarro de agua fría sobre Harris, que salió de la habitación mientras la chica se derrumbaba en un mar de lágrimas. Rosalind, que se había despertado con la discusión, enrolló sus brazos alrededor del cálido cuerpo de su amiga intentando consolarla.

—No vale la pena que llores, ya sabes cómo es Christopher, cuando llegue el momento nos abandonará como a perros.

—¡Mientes! Eso lo dices porque me tienes envidia, porque yo le tengo a él todos los días. No es como tu capitancito, que ni está aquí, ni estará.

—Desengañate Sara, sólo nos quieren para joder. Después, nos tratan

como si estuviéramos cubiertas de mierda.

Esa tarde, cuando Adam y Emma acudieron a su cita diaria cerca del muelle, se cruzaron con el viejo Martin Page. Sus ojos estaban hundidos de no dormir y su rostro se había llenado de una ira y tristeza hasta entonces desconocida en él.

Emma se acercó con intención de saludar, pero él, al verla en compañía del joven la apartó con su brazo.

—Aléjate de mí. No tenéis corazón. Pronto has olvidado a mi hijo para encontrar otro sustituto solvente. No quise creer lo que me decían, pero ahora veo que es cierto. Y tu Adam, no vuelvas a poner un pie en mi negocio o te juro por Dios que...

Las palabras del anciano iban subiendo de tono, atrayendo a vecinos y fisgones que se entretenían con las tropelías de Martín, que volcaba su malestar difamando sobre Emma, Adam o el Sr. Norman, culpándoles de la ambición que llevó a la muerte de su hijo.

Emma no podía soportarlo más, y se alejó llorando. Adam intentó tranquilizarla, pero sus gestos le indicaron que necesitaba estar sola.

Los rumores la acompañaron durante un buen trecho. Medio Bristol sabía que Adam pediría su mano, pero también sabía que su padre había pagado sus deudas con el dinero de Christopher Harris.

Llegando a su casa, lejos de miradas curiosas, se desmoronó. Sentada sobre una piedra, lloró con amargura. Enjugó por un momento su llanto al darse cuenta de que no estaba sola. Cerca de ella había una figura alta y fornida. La luz del atardecer dejaba ver sus marcados rasgos. Era Christopher Harris que llevaba un buen rato esperando su paso escondido tras un arbusto.

—¿Qué le aflige a mi prometida?— se mofó.

Emma no se pudo contener. Ahora estaba segura de que por su culpa habían secuestrado a Samuel. No podía soportar su mera presencia y se precipitó hacia él intentando abofetearle. Christopher se divirtió con el desesperado intento, contestando con otra torta que abatió a la muchacha fuera del camino. Antes de que se diera cuenta, se tumbó sobre ella. Su esfuerzo por resistirse fue inútil ante el peso y la fuerza de Christopher.

El hombre pretendió levantarle la falda. Pero Emma, percibiendo qué intentaba, no se lo facilitó. Un cuchillo afilado y elegante brilló en las fuertes y rudas manos del agresor, cortando con él los paños que le separaban de su objetivo. No puso cuidado, y si el filo no cortó a Emma fue porque ella misma lo esquivó. Christopher jadeante de deseo lanzó el puñal a un lado y terminó de abrir un agujero entre las ropas de la chica con las manos.

Cuando Emma había yacido con Samuel siempre había disfrutado, pero esta vez era diferente. Sólo sentía dolor, dolor y asco.

Mientras Christopher se balanceaba sobre ella, observó el cuchillo. Su empuñadura era de madera con adornos dorados. Estiró el brazo para cogerlo, pero estaba demasiado lejos.

Él terminó, se levantó y se colocó la ropa. Ella aprovechó para coger el arma e incorporarse con gesto hostil.

Sus ojos chocaron. Christopher no estaba nervioso, ella sí. El tipo acercó su corpulento torso a Emma que no fue capaz de moverse. Él, al ver que no le iba a atacar, aferró la mano con la que sostenía el cuchillo y lo recuperó.

—Sabía que no tendrías el valor suficiente para hacerlo —Emma se intentó ir, pero aún le sujetaba la mano—. No me gusta maltratarte —añadió con mejor tono—, pero no me has dado otra opción. Sé que te has negado a venir a visitarme, pero tu padre ya ha cobrado mi dote. Ahora eres mi prometida, y no voy a dejar que te vayas con Adam Silver o cualquier otro.

—Jamás te amaré, por tu culpa murió Samuel.

—Te conozco: eres obstinada y caprichosa. Pero antes o después cederás, porque como los perros, necesitas a alguien que te dé de comer.

El hombre guardó el cuchillo y se alejó.

Al cerrar la puerta de casa se derrumbó. Cecilia soltó la aguja y el estambre al reparar en la ropa desbaratada y sus ojos llorosos.

—¿Pero qué ha sucedido?

—Christopher Harris me ha forzado...

—¡Dios Santo! Ese hombre lleva el demonio en el cuerpo.

Cecilia, calentó agua y lavó con trapos limpios a su señorita.

—Es mejor que vuestro padre no sepa nada.

—¿Por qué dices eso? Debe saber el tipo de hombre con el que pretende casarme.

—Si vuestro padre se entera, se encarará a él. Ese indeseable es muy peligroso; no se contendrá y perderemos al único hombre que vela por nosotras. Le podría hacer cualquier cosa.

—Pero debemos hacer algo o acabaré desposada con esa bestia.

—Dejádmelo a mí. Si son ciertos los rumores que hay entre tú y Adam Silver...

No respondió, se limitó a mirar al suelo avergonzada.

—En el mercado se comenta que él os pretende.

—Así es, yo misma se lo pedí en auxilio ante mi situación.

—¿Tiene suficiente dinero?

—El suficiente para darnos de comer, aunque no para comprar esta casa.

—¿No le habréis dicho que estáis en estado? —La chica negó con la cabeza—. Mejor. Hablaré con vuestro padre, quizás aún pueda devolver la dote a Harris.

## Capítulo 11

Caída la noche, un par de violines, una flauta y los golpes de la tripulación componían sonos más animosos que los de los barcos de la armada. Algunas canciones ya las había oído en su idioma natal en tabernas y fiestas, otras desconocidas para él, eran traducidas por Patrick que disfrutaba del pudor de Samuel ante aquellas letras obscenas.

Patrick le entregó un plato: gachas calientes, la mejor comida que había probado desde que salió de Bristol. Entre bocado y bocado, su mente repasó lo acontecido a lo largo del día, todo había sucedido tan rápido que no había tenido tiempo para reflexionar. Había perdido a un amigo, matado a su antiguo capitán, renegado de su propio nombre y nacionalidad y presenciado cómo ejecutaban a sus compatriotas. Jamás había matado a nadie, y ahora recordaba el calor que las gotas de sangre del capitán produjeron en sus brazos.

—Él se lo buscó —resolvió cuando recordó el desconcierto que le produjo encontrar el cuerpo de su amigo—. Ya no volverá a maullar su gato de nueve colas.

Cuando la cabeza regresó al barco, observó entre la oscuridad dos ojos clavados en él. Eran los del capitán, que se le acercó con un trozo de carne seca.

—No es fácil matar, pero te acostumbrarás. Todos los hombres de este barco, son bravos. Para permanecer entre nosotros debes de ser uno más, especialmente ahora que estamos en guerra contra tu país. Deberás acatar nuestras normas y abrazar nuestra bandera. Si lo haces, recibirás la parte del dinero que te corresponda para que lo emplees en aquello que desees, comida, mujeres o bebida...

—Yo sólo ansío volver a mi hogar.

—No te va a ser tarea fácil, David. Desde que acabaste con tu capitán eres uno de los nuestros. Si te acercas a tu casa, te ahorcarán como a un perro por sedición.

—Eso corre de mi cuenta.

—Está bien, te propondré el siguiente trato: si luchas junto a nosotros, dentro de un año tendrás derecho a marcharte con la parte correspondiente del botín.

—¡Un año!

—Ni más, ni menos. Deberás pelear con fiereza y tener tus armas a punto. Pero si intentas escapar, te buscaré, iré a tu casa inglesa y te mataré como a un cerdo. ¿Trato hecho?— preguntó extendiendo la mano.

Tras meditar unos instantes, cerró el pacto. Samuel, en sus años de comerciante había llevado a término muchos negocios, pero jamás con tal desconfianza.

—Acompáñame, firmarás el acato de las normas.

—¿Firmar?

—Todos los hombres del barco así lo hemos hecho, es ley de mar. Además, ahora que ha estallado la guerra, debo mantener los registros al día para cuando nos procuren una nueva patente de corso. Al fin podremos desembarcar en nuestra tierra sin miedo a que nos ajusticien.

Acompañó al capitán hasta su camarote, alborotado y con cierta suciedad, pero no tanto como cabría esperar de alguien que vive al margen de la ley. El marino tradujo unas hojas amarillentas mientras pasaba el dedo sobre ellas:

—No se jugará por dinero a bordo. Se mantendrán las armas limpias y mosquetes y pistolas preparados. No se permiten mujeres o niños a bordo. Nadie apuñalará a nadie excepto en los duelos presididos por el capitán. Nadie podrá abandonar el barco sin haber prestado un servicio mínimo de un año. El capitán y el intendente recibirán dos partes del botín, el contramaestre y el maestro cañonero paga y media. El primer hombre que aviste tierra firme cobrará un salario y media ración de más. Los músicos podrán descansar los domingos. Él que desatienda el barco o sus armas será pateado por sus compañeros. Él que deserte... —miró con gesto grave a Samuel— será condenado a muerte. Firma.

Desplegó el pergamino en un ajado escritorio de madera oscura. Bajo las frases en holandés había garabatos, cruces y algunos nombres. Impregnó la pluma en tinta y escribió "David Lake" con una grafía impecable.

—¡Sabes escribir! Eso acrecienta tu valor a bordo.

Al salir del camarote, Patrick le estaba esperando.

—¿Ya has firmado? ¡Bien!, te quedarás con nosotros —aseguró dándole una palmada en el hombro. Rodeó con su brazo el cuello del muchacho y añadió con solemnidad—: Te enseñaré a ser un hombre, a ser temido, a coger todo lo que puedas y a no pedir jamás "perdón". Ahora buscaremos algo de ropa o te morirás de frío.

De un saco marrón rebosante de prendas, Patrick sacó una andrajosa camisa. Cuando se quitó la casaca verde para vestirse, el marino le sujetó por los hombros para echar un vistazo a su espalda.

—¡Santa puta! Estas heridas huelen mal. Acompáñame.

Alumbrados por un candil, llegaron a una pequeña estancia cuyo olor a azufre se fijaba a la garganta. En ella apenas cabían los dos hombres junto a una mesita de madera y una estantería repleta de frascos.

—Hace tiempo teníamos un médico a bordo, que el diablo lo confunda... pero desde que murió, aplicamos nuestros propios remedios.

El marino sacó una jeringa de cuerpo vidrioso y mango de metal, para medio llenarla de un líquido grisáceo.

—Si el mercurio sirve para matar el escorbuto, también te valdrá a ti.

Sin pensárselo dos veces, le inyectó el líquido en la espalda. El dolor que provocaba el mercurio sacudió a su paso todo su cuerpo, haciéndole estremecer, para acabar derrumbándose ante la mirada irónica de Patrick que esperaba esa reacción.

—Duele, ¿verdad? Cuando te recuperes, sal a cubierta.

Se levantó tembloroso. El dolor había dado paso a la confusión y los calambres en las extremidades. Encontró a Patrick junto a unos desarrapados que cantaban y holgazaneaban.

—Ya eres uno de los nuestros. Toma un trago para celebrarlo, capón, te sentará bien.

Samuel observó a la variopinta banda de rufianes que le rodeaban e intentó pensar que jamás sería como ellos.

—Prefiero beber agua.

—Como desees —respondió— pero te advierto que llevamos varias semanas de viaje y el agua está imbebible.

Patrick tenía razón: el agua, aparte de escasa, se volvía repugnante tras una semana a bordo, adquiriendo un sabor estanco que le recordaba al fango de los pantanos. La mezcla de ron y cerveza que bebían los marinos dejó de parecerle vomitiva y llegó a ansiar la hora de su llegada. El alcohol se alió con el mercurio, cuyos síntomas duraron semanas, embotando su cabeza, haciéndole tambalearse sobre sus vacilantes piernas y dormir profundamente entre desagradables sueños en los que rememoraba su enrolamiento forzoso y la muerte de David. Cuando despertaba necesitaba

un tiempo para ubicarse, no sabiendo en un principio en qué barco o lugar se encontraba. La sensación de bamboleo se disipó tras una semana a bordo, pero en ciertos momentos de descanso, Samuel se paraba a pensar, y se sorprendía encontrándose a sí mismo como un pelele con el juicio nublado por el alcohol y el trabajo..., se había convertido en uno más de la tripulación. Todos los días, preparaba las armas y ayudaba en las faenas de abordó.

Era la sombra de Patrick. La disciplina no era tan férrea cómo en su antigua nave: se limpiaba menos y sobraba más tiempo.

Desde el primer día, Patrick se afanaba por explicarle cosas de abordó, qué palo era el trinquete, cual el mayor, cual el de mesana, la utilidad de las velas triangulares que permitían atrapar el viento en cualquier dirección, cómo debían atar la carga y los cañones para que no dañaran el barco al zozobrar, los portillos por los que se podía apuntar con las armas o simplemente se entretenía enseñándole a luchar cuerpo a cuerpo con el machete.

—Lo mejor —aseguraba— es pegarle una fuerte patada para destrozarle los huevos, no hay nadie que lo resista. Luego, si se arruga, le puedes clavar el cuchillo en la espalda o en el cuello para desangrarle.

Este tipo de conocimiento cubría al marino de cierto halo de magnificencia que él sabía combinar con su carisma sobre la tripulación. Muchos hombres se acercaban a él por la noche, cuando fumando de una alargada pipa narraba sus viajes por el mundo o sus experiencias en la guerra, que ahora recontaba en inglés para que Samuel también pudiera entender.

Habían pasado varias semanas, cuando divisaron un mercante español. Siguiendo las órdenes del capitán, bajaron la bandera y se escondieron tras la borda de babor con las armas a punto.

Samuel acompañó a Patrick hasta la sala de cañones, donde siguiendo sus indicaciones, cargaron dos balas unidas por una cadena en cada boca de fuego. Las detonaciones ensordecieron sus oídos. Aquellos cilindros metálicos habrían salido despedidos del violento retroceso si no fuera por las gruesas ataduras que les asían al suelo. Las balas encadenadas giraron feroces en el aire dañando la arboladura del mercante: ya no conseguirían huir.

Siguiendo su hostil ritual, los piratas se acercaron a su presa, insultando y amenazando. Ayudados por pequeños cañones, que denominaban morteros, lanzaron cuerdas y ganchos con los que abordar al mercante. Patrick y Samuel ayudaron a tirar rítmicamente de las cuerdas.

Había preparado su corazón para la lucha, imaginándose peleas con formidables adversarios, pero no se había preparado para lo que se

encontró. Cuando saltó al barco, había diez u once marinos que ponían resistencia con espadas, palos y cuchillos de los que usaban para trajinar a bordo. Su falta de conocimiento castrense y la inferioridad numérica hicieron que en menos de un minuto fueran masacrados: primero por las detonaciones de pistolas y mosquetes, después, por el acero holandés.

Algunos comerciantes corrían por la borda en busca de refugio. En un rincón, un joven de fino bigote y bien parecido defendía a su mujer de las alimañas con un sable en una mano y una pistola en la otra. Un grupo de piratas, encabezado por Patrick, les tenían acorralados.

El español les hizo retroceder con la pistola mientras les amenazaba en castellano, pero él sólo tenía un disparo y sus atacantes eran numerosos.

—Disparar una pistola no es tarea fácil. Mantente a cuatro o cinco pasos y no podrá acertarte —le advirtió Patrick.

Pero Samuel no estaba preocupado por el arma, él quería ayudar a los jóvenes, pero no sabía cómo. Enfrentarse a sus compañeros era una locura, por lo que intentó apaciguar a Patrick, pero no paraba quieto, moviéndose alrededor de la pareja cual perro de caza.

Su corazón latía desbocado preguntándose cómo podían albergar tal crueldad aquellas personas con las que a diario compartía comida y bebida. Sus cavilaciones fueron interrumpidas por la acción: Patrick lanzó un pequeño cuchillo incrustándolo en el pecho del muchacho, que llevó la mano libre sobre la herida, sin parar de apuntar. La chica le asistió, y viendo como se le escapaba la vida, le relevó con la pistola, mientras le intentaba sujetar. El muchacho fue doblegándose hasta quedarse postrado. Ella, que se protegía tras él, le murmuró algo al oído y besó su pelo moreno.

La sangre del joven se extendió hasta los pies de Patrick que se acercaba cauteloso. La dama, entre lágrimas, dejó de amenazarles para apuntar a su propia sien. Dudó un instante y disparó. Se sorprendieron, el suicidio era un pecado mortal entre los católicos, pero la desesperación ganó a la fe.

Patrick comentó algo en holandés y el resto de los hombres rieron. Se volvió e hizo la traducción.

—Ha sido una tonta, podríamos haber montado una buena fiesta, ¿eh, David?

Desde ese momento odió a Patrick, le odió desde lo más profundo de su corazón. Tanto, que a veces deseaba golpearle hasta la muerte con el

machete que le había enseñado a usar.

El resto de comerciantes estaban desarmados, por lo que Samuel esperaba que sus compañeros se calmasen. Nada más lejos de la realidad, las torturas y golpes a los que eran sometidos para que entregasen todas sus posesiones no tenían fin.

—A este, pasarle por la quilla —ordenó Van Goyen señalando a un anciano atemorizado.

Rodearon una cuerda a través del mástil que sobresalía horizontal de proa, llamado bauprés, y la desplazaron hasta bien avanzado el barco atándola en forma de bucle. Amarraron a ella los pies del anciano y le taparon la boca con un trapo empapado con aceite, según Patrick, para que no se ahogase. Tirando del cabo arrastraron al viejo por debajo del barco. El comerciante emergió medio ahogado, y lo que era peor, terriblemente desgarrado por las conchas de los percebes y moluscos que habitaban en el casco. Tras la primera incursión, el hombre entregó todo su dinero implorando el fin del suplicio. Los piratas al ver que con sus atrocidades conseguían ampliar el botín, siguieron golpeando sin cesar a los comerciantes. El viejo falleció tras la tercera vuelta al barco, a pesar de haber entregado ya todas sus pertenencias.

Otro de los apresados que era pisoteado por una cuadrilla, confesó a un pirata que conocía su idioma, que había visto tragarse monedas de oro a otro de los capturados. El capitán hizo atar a un mástil al que había tragado las monedas y con su sable afilado cercenó sus dedos hasta que confesó el número veintitrés, que eran las monedas engullidas. El acero de Van Goyen le hizo un enorme corte en el estómago. Hizo llamar al mercader que le había visto tragar las monedas y le obligó a buscarlas en el interior de su antiguo socio, las veintitrés.

Del barco mercante, nadie sobrevivió. [1]

[1] Los documentos históricos explican cómo las incursiones piratas, muy lejos de las visiones romántico—cómicar que nos ofrece el cine, eran extremadamente cruentas. Pasar por la quilla, violaciones, mutilaciones y todo tipo de torturas eran prácticas habituales.

## Capítulo 12

Christopher Harris se apoyaba en la puerta de una de las tabernas que ahora le pertenecían. Tras vaciar de un trago su vaso, amenazó con el dedo índice al Sr. Norman, que esperaba su respuesta atemorizado como un chiquillo.

—¡Teníamos un trato! —gritaba.

—Lo sé, pero mi hija se niega.

—¿Qué se niega? ¡Pues obligadla, para eso sois su padre!

—Ya la he pegado, pero no quiere. Os devolveré vuestro dinero en cuanto pueda, os entregaré mi casa si es preciso; pero no puedo casarla: aseguré que se tiraría a un pozo si la obligo a desposarse con vos. Ahora tiene la cabeza detrás de ese Adam, lo ha organizado todo a mis espaldas... Creedme, no necesitáis una mujer que cambia de decisión con la ligereza con que lo hace mi hija.

—Sr. Norman, yo soy quien fijo lo que me interesa y lo que no. He cumplido mi parte de lo acordado, os he facilitado todo el maldito dinero que requeríais, y si no cumplís vuestra parte, ateneos a las consecuencias. Mañana vuestra hija no se casará, os lo juro. A mí no me jode nadie.

Aquella noche, el Sr. Norman atrancó bien la puerta y miró por la ventana dos veces antes de acomodarse junto al fuego. Cecilia, pañuelo a la cabeza, se acercó. Aunque había otro asiento junto a la chimenea la mujer permaneció de pie, como siempre hacía, y comentó:

—Sabíamos que llegaría el momento antes o después.

—Tenéis razón. Esta casa no será lo mismo sin Emma.

Cecilia le miró con afecto, pese a lo altivo que era, a ella siempre le había ayudado. La recogió cuando se estaba muriendo de hambre, y ahora que él sufría momentos difíciles, quería estar a la altura para no defraudarle.

—Adam es un buen negociante —añadió ella—, está trabajando mucho para salir a flote sin el viejo Martin. Arrastra una especie de carretilla a la que la gente acude en el mercado.

—¿Una carretilla?

—¡Oh, sí! Lo mismo menudea con paños o lana que con un saco de cebada. Al principio intentó vender sólo fruta y legumbres, pero cuando descubrió el bajo margen de beneficios que le aportaba, comenzó a traer

todo tipo de bártulos, y la gente se los compra. Saben que es un hombre honesto y de fácil trato.

El Sr. Norman permaneció hundido en el sofá. La tensión que había vivido con Harris y la idea de que su hija se desposase con un buhonero estaban acabando con él.

El día amaneció claro. Dos horas antes del acontecimiento, el viejo Andrew cepillaba al caballo, adecentado con sus mejores galas, aun así, gastadas y marrones. Sus ojos azules se sobresaltaron cuando vio aparecer a los dos hombres.

—¿Qué hacéis aquí?

—Andrew, te hemos traído un regalo —intervino Frederick ofreciéndole una pequeña bolsa de monedas.

—¿Qué queréis? —preguntó mientras dudaba.

—Que desaparezcas de aquí y mantengas la boca cerrada —anunció Christopher Harris.

—Es por tu bien —añadió Frederick mostrando la pistola que ocultaba bajo su capa—. No querrás que la mierda te salpique. Hazlo por todas las cervezas que te has bebido a mi costa.

El viejo tomó la bolsa escudriñando su contenido y se fue con gesto cansado, no sin mirar varias veces atrás.

Emma ciñó los paños a su cuerpo. La luz de la mañana reflejaba tonalidades hueso en las telas que tanto tiempo llevaban guardadas.

—Estáis hermosísima —aseguró Cecilia.

Emma intentaba imaginarse a su madre cuando se casó ataviada con aquellas ropas que olían a naftalina. Abrió una caja, y apartando el paño que lo cubría, tomó el colgante en forma de corazón. Lo besó y se lo colocó lentamente. Aquel frío tacto en la piel le evocaba la presencia de

Samuel.

Puso sus palmas sobre la tripa, ella la notaba más abultada.

—Cecilia, crees que después de lo de Christopher el niño puede...

—Tranquilizaos, el niño estará bien.

—Pero ahora... ¿podría ser en parte de Harris?

—¡Oh, no! Los niños no son como las zarzas, o son de un padre o son de otro, pero nunca se llegan a mezclar. No temáis, nadie sospechará de vuestro embarazo... Dejad de pensar en ello y daos prisa, que los invitados ya estarán en la parroquia.

Cuando todo estaba dispuesto, abrió la puerta para comunicárselo a su padre, pero él no contestó; decidió salir a su encuentro. Desde lo alto de la escalinata lo descubrió tendido sobre un charco de sangre, con un cuchillo clavado en el estómago. Intentó negarse a sí misma todo lo que estaba sucediendo mientras descendía junto a él. Sus gemidos pronto alertaron al ama de llaves, que por un momento permaneció erguida sin saber qué hacer, conteniendo con ambas manos los gritos que luchaban por escapar de su boca.

Intentó en vano reanimar a su padre. Cecilia, que había recobrado la cordura, acercó su mano a la boca del cadáver moviendo la cabeza con resignación. Estaba muerto. Emma observó el cuerpo de ojos abiertos y perdidos, reconociendo la empuñadura de madera con adornos dorados del arma asesina.

—Es el puñal de Christopher Harris —señaló entre llantos.

Con sus telas marfiles manchadas de sangre, lloró sentada en la escalera. En un principio el dolor por la pérdida de su padre le embargaba, pero poco a poco, comenzó a preocuparse por su futuro.

—¿Qué será de mí y de mi hijo? En cuanto los acreedores sepan que mi padre está muerto, confiscarán todas nuestras propiedades.

—Necesitáis un marido solvente cuanto antes, la boda debe seguir adelante. Además si aplazáis el enlace, quizás Adam no llegue con vida.

La palangana se tiñó de rojo cuando intentaron limpiar las telas nupciales con agua. Aunque no consiguieron eliminarlas, las manchas ya no eran tan escandalosas.

—¡Corred señorita! Partid hacia la iglesia, yo me haré cargo de vuestro

padre.

Emma se precipitó a la calle. Christopher, que estaba esperando a ver cómo se desarrollaban los acontecimientos apoyado en una pared, se incorporó de inmediato.

—¿Te ha gustado mi regalo de boda?

Emma, sin apenas mirarle, siguió caminando.

—¡Espera un momento, aún no he acabado contigo! He pagado mucho dinero por ti —gritó—. Eres mía.

Emma que había apretado el paso, corrió al sentirse perseguida. Christopher se apresuró furioso ganando terreno a la muchacha. Cuando la distancia fue oportuna, lanzó un enérgico zarpazo agarrando la ropa de la chica, que sin dudarlo se desprendió de la chaqueta para seguir corriendo.

Los invitados contemplaron estupefactos a la novia: jadeante, a medio vestir y manchada.

Adam avanzó hacia ella:

—¿Qué ocurre?

—Christopher Harris me ha atacado; pero por favor, si estimas en algo mi vida, casémonos ahora.

—¿Y vuestro padre?

—Le han asesinado.

Los rumores se extendieron por toda la parroquia.

## Capítulo 13

A Samuel no le salían las palabras, desde que asaltaron el navío mercante despreciaba huraño a su nuevo mentor, y él lo había percatado. Caída la noche, el hombre, achispado por la bebida y con afán de recuperar su admiración, quiso quitar hierro al asunto justificándose. Le miró fijamente y sin apenas mover su boca masculló.

—Cuando era un capón, como tú, me enrolé en la Compañía de las Indias Occidentales: navegué hasta el sur de África. Allí avistamos leones salvajes. Devoraban a cualquier bastardo que se topase en su camino, y sin embargo, las gentes de allí no les odiaban, les respetaban y les temían. Eso me hizo pensar, ¿qué somos nosotros sino leones que devoramos a otros hombres?, ¿acaso somos peores que ellos? En nuestro maldito oficio no se puede tener piedad... Recuerdo que un príncipe africano dijo a mi capitán: “Nosotros queremos ron, pólvora y cañones, y tenemos tres cosas que ofrecer: hombres, mujeres y niños”. Sí señor, aquellos eran días duros. Primero teníamos que colocarlos: tumbados y apretados, aprovechando bien el espacio para meter el máximo posible. Después, mi trabajo consistía en desalojar a los africanos muertos. Siempre caían algunos, y yo tenía que bajar a la bodega a retirarlos. Había tal hedor allí abajo, que a veces vomitaba sólo de pasar. ¿Y para sacarlos...? Era horrible, tenías que entrar agachado a la bodega y arrastrarlos por encima de los que permanecían en el suelo, ¡aún me duelen los riñones! No me extraña que algunos dejasen de alimentarse. Pero para eso, teníamos un buen remedio. Les metíamos un embudo en la boca y les tapábamos la nariz. ¡Te aseguro que ninguno de esos perros aguantaba sin tragar! —rememoró sonriendo cómo un niño que ha hecho una picardía.

Samuel se vio reflejado en un espejo. Ese tipo sin moral, al que odiaba con todo su ser, trabajó de negrero, tal y como él pretendió hacer antes de alejarse de Bristol. Comprendió que si hubiese comerciado con esclavos, se habría vuelto como aquellos hombres. Recordando de nuevo la última conversación que tuvo con su padre, sobre si los esclavos tendrían o no alma, recapacitó en la rotundidad con que lo negaba el pastor Logest, y en aquellos hombres que vivían hacinados en peores condiciones aún de las que disponía él. Seguro que el pastor Logest creía lo que le convenía para vivir con comodidad: a él no le habían encadenado a la bodega de un barco, teniendo que hacer sus necesidades en un cubo pestilente, sin apenas comer y cuidado por serpientes de la calaña de Patrick.

—Mi padre decía que no se podía comerciar con esclavos como si fuesen garbanzos, que sólo Dios tiene derecho a determinar el destino de los

hombres.

—Eso decía tu padre... pues se equivocaba, hay hombres que devoramos a hombres, somos leones.

—No es cierto, los hombres siempre podemos elegir.

Patrick le miró con desprecio, su vanidad no soportaba que un muchacho joven le diese lecciones, y menos, si en el fondo de su ser, la escasa compasión que le quedaba indicaba que tenía razón. Atormentado al replantearse la legitimidad de sus atrocidades, se incorporó agitado. Detuvo a un hombre que deambulaba en cubierta con un plato, se lo quitó, y lo extendió hacia Samuel.

—David, este no es lugar para repasar tus malditas lecciones de moral, en este navío los jodidos virtuosos no son bienvenidos y las únicas normas que imperan son las que tú mismo firmaste. Pero ya que crees tener tan rectos principios, hoy serás tú el que lleve la cena a nuestro prisionero. Así podrás instruirle con tu honradez cuando recuerdes cómo le sacaste las entrañas a vuestro antiguo capitán.

Desde que había cambiado de barco, Samuel evitaba bajar a la bodega donde se encontraba Walpone. Hasta la fecha todos le trataban a bordo como David Lake, pero esta farsa se iría a pique si le reconocía su antiguo oficial. Intentó ser silencioso, pero cada escalón rechinaba como un violín desafinado. Echo un vistazo y pronto distinguió una pequeña sala que hacía las veces de mazmorra. La puerta, atrancada por un grueso tablón de madera, contaba con un tragaluz enrejado que no permitía pasar la mano y una rendija en la parte inferior lo suficientemente amplia como para poder introducir un plato.

Samuel se acercó con discreción y, evitando el ventanuco, deslizó el plato de comida. Walpone reaccionó devolviéndole el cazo vacío de la mañana. Lo cogió e intentó retirarse clandestinamente, cuando Patrick voceó a su espalda:

—¡David Lake, saluda a tu antiguo compañero!

Walpone se revolvió en el interior de la prisión, rugiendo:

—¡Lake, renegado del diablo! ¡Haré que te ahorquen por traidor!

Corrió escaleras arriba mientras escuchaba los golpes de Walpone en la puerta atrancada. Patrick le cortó el paso retorciéndose de la risa.

—¡Ni siquiera te has atrevido a mirarle a los ojos! Y más vale que te acostumbres, porque seremos tú y yo los que bajemos a realizar el canje

en cuanto se acuerde el rescate.

Samuel apenas pudo dormir pensando que su farsa quedaría al descubierto. Día a día, seguía faenando junto a Patrick, que siempre le indicaba lo que debía hacer: tensar tal o cual cuerda, limpiar los cañones o practicar con los machetes.

Una tarde de mar brava y oscura, los hombres se apretaron en una pequeña cámara que acopiaba el calor de sus cuerpos. Reinaba el mal humor y las protestas en holandés.

—¿De qué se quejan?

—De nuestra mala fortuna —respondió Patrick—, no hemos divisado ni un maldito barco en más de una semana. Aunque yo lo prefiero así, esos escoceses son realmente duros. Luchan a muerte por una botella reseca de whisky. Ahora el capitán tiene que repostar alimentos, seguirá las rutas que aprendió hace años, en la anterior guerra contra los ingleses. Entonces contábamos con el beneplácito de la corona: nos despacharon un permiso para esquilmar naves enemigas. Éramos hombres muy reputados. Después acabó la guerra, y expiró el permiso. Algunos volvieron a sus hogares, pero otros no sabíamos hacer ya otra cosa, ¿me imaginas cultivando el campo? No señor, seguimos haciendo lo mismo que hasta entonces. Una vez estuve casado... que el diablo la confunda. Al principio era pura dulzura, pero antes de llegar el año, no hacía más que joderme: que me emplease en la labranza, que consiguiera más comida, ¡bah! Así que cuando se quedó preñada, me hice a la mar. Aquí vivo mejor, cada rincón del mar es distinto, oscuro en el norte, claro en África...

—¿Cuándo intercambiaremos a Walpone?

—No pienses en eso, chico, aún queda tiempo. Primero desembarcaremos para aprovisionarnos, probablemente al norte de Escocia, después viraremos al sur, donde solicitaremos el rescate si la contienda nos lo permite. El capitán asegura que al estallar de nuevo la guerra, volveremos a estar del lado de la ley, repostando con tranquilidad en cualquier puerto aliado, me refiero a puertos Holandeses, porque a ti y a mí más nos vale no pisar tierra inglesa o acabaremos del extremo de una cuerda.

—¿Cuando lleguemos a Escocia podré desembarcar?

—Por supuesto, y deberás coger todas las malditas ovejas que seas capaz... Sé lo que estás pensando pero te lo advierto: intenta huir y yo mismo te arrancaré los ojos. Escúchame, capón, esta vez alzarás tu espada en nuestro nombre o morirás. El capitán te vigila, no tolerará a ningún cobarde abordo. Además, cuando veas donde vamos, te darás cuenta de que es inútil intentar escabullirse, son tierras llanas y

escarpadas. Si huyes te daremos caza con la misma facilidad con la que los franceses atrapan un gorrino. ¿Has probado su carne asada? —Ante la negativa del muchacho, prosiguió su lección, satisfecho de exhibir su saber—. Ahúman la carne de los marranos en unas parrillas que llaman “boucan” y la venden a otros barcos, por eso les llamamos bucaneros. ¿David, me estás escuchando?

—Sí —mintió mientras el hombre seguía con su disertación.

Aunque a los oídos de Samuel les llegaban muchas palabras, su mente sólo tenía un pensamiento, huir tierra adentro. No sería una misión fácil, debía ser rápido para eludir los mosquetes, además, apenas le habían cicatrizado las heridas de la espalda y aún estaba descarnado: el pescado y los salazones no llegaban a reponer del todo sus fuerzas.

Avistaron la costa de madrugada. El agua era negruzca y soplaba un viento desagradable. Al contemplar la orilla comprendió a Patrick en lo difícil de la huida, desde el barco sólo se divisaban enormes planicies. La vegetación se reducía a la hierba que cubría el suelo. No había árboles ni rincones donde esconderse. No había rastro de civilización, era un desierto verde. A lo lejos, entre la bruma, descubrió unas pequeñas colinas, difíciles de alcanzar y sin ningún lugar para ocultarse.

El barco recorría la costa en busca de provisiones, hasta que divisaron una cabaña de paredes de piedra y techo de ramas amasadas con turba, junto a ella, una valla de madera contenía un puñado de ovejas. El capitán agrupó a los hombres en cubierta, y tal y como le fue traduciendo Patrick, dispusieron bajar varios botes. Se agruparían en la orilla y atacarían por sorpresa. El capitán quería evitar cualquier tipo de resistencia de los lugareños, así que encargó matar a todo hombre, mujer o niño que saliese al paso. Calculó que con quince hombres sería suficiente. Samuel estaba entre ellos.

Antes de desembarcar, el capitán se acercó para hablarle:

—David, sé que en nuestra última incursión te comportaste como un cobarde. Espero que esta vez no sea así, o serás tú el que pierdas la vida.

Samuel afirmó con la cabeza, sabía que el capitán cumpliría su palabra. Tomó su machete y descendió al bote.

Los quince hombres se amontonaron en la orilla. Observó a sus compañeros, estaban fuertemente armados, pero ninguno llevaba mosquete para apuntar en la lejanía, y sólo Patrick llevaba pistola. Aun así, eran demasiados como para oponerse a sus planes o poder huir.

La macabra expedición emprendió su marcha, mientras Samuel empezaba a hacerse a la desdichada idea de colaborar en el saqueo. Sin dejar de preguntarse si podría manchar sus manos con sangre inocente, invocó a Dios en busca de ayuda.

## Capítulo 14

Cecilia y Emma se apoyaban mutuamente para dar el último adiós al Sr. Norman. Las piernas de la chica traquetearon al ver caer la tierra sobre el ataúd.

Adam les observaba unos pasos atrás. Las mujeres parecían culparle por no haber culminado la boda, alejándose de él con frialdad. Quizás podría haber insistido al sacerdote, pero fue decisión del párroco y no suya el posponer el enlace. La baja concurrencia del entierro evidenciaba aún más su afán por darle de lado.

Una comitiva de guardias con casco y coraza metálica aguardaban el final del evento, Christopher se refugiaba tras ellos. El sheriff Aldworth, que encabezaba la marcha, se acercó a las mujeres cuando intentaron regresar a la ciudad:

—¿Emma Norman?

—Soy yo.

—Tengo orden de prendeos por impago. El Sr. Harris presentó los contratos...

—¿El Sr. Harris? ¡Ese hombre asesinó a mi padre!

—¡Silencio! El asesinato de vuestro padre nada tiene que ver con el Sr. Harris. Ya tenemos al culpable, y respecto a vos, señorita, haced el favor de acompañarme o me veré obligado a ajusticiaros por la fuerza.

Adam intentó intervenir, pero un soldado de cara roja le cortó el paso. Cecilia importunó a la comitiva vociferando un sinfín de quejas hasta que uno de los soldados la obligó a mantener la boca cerrada, momento que aprovechó Christopher para aferrar su muñeca.

—Escúchame vieja, porque la oferta que os voy a hacer no la pienso repetir...

## Capítulo 15

Una columna de humo ascendía entre los primeros destellos del sol. La cabaña debía estar habitada. Patrick miró con sigilo por un tragaluz. Aunque habló en holandés, sus gestos dejaron claro que los habitantes aún estaban durmiendo. Un marino alto y rubio, armado con un hacha, se acercó para derribar la puerta, pero sorprendentemente, estaba abierta. El hallazgo fue recibido por el rubio con una sonrisa bobalicona. Entraron con presteza, pero algo les detuvo. Samuel se agolpó en el dintel junto a los otros atacantes para averiguar qué sucedía.

En el interior, tres hombres y dos mujeres defendían la estancia paralizando a cuatro de los atacantes acero en cuello. El resto de los hombres, retrocedieron, quedándose fuera de la choza. Fueron unos instantes tan tensos que a Samuel le parecieron una eternidad. Sin duda, los lugareños habían percibido su llegada, y preparado el contraataque. La luz de las ascuas le permitió distinguir a un hombre y dos muchachos. Las mujeres quedaban fuera de su visión. El adulto vestía con una tela marrón, tenía pelo y barba larga, y lo más importante, empuñaba una temible espada.

—Rendíos y no sufriréis mal alguno —aseguró Patrick.

Samuel sabía que era otra de sus mentiras. El capitán les había ordenado asesinar a todos los habitantes que encontrasen y eso es lo que harían. Antes de que pudiera reunir el valor necesario para prevenir a esas gentes, una voz con marcado acento escocés respondió:

—Jamás me he rendido ante un salteador, ni estoy dispuesto a hacerlo. Dejad aquí vuestras armas y soltaremos a estos hombres.

Patrick, que encabezaba el grupo, advirtió a Samuel:

—Si volvemos al barco desarmados, el capitán nos matará. Estate preparado para la lucha, aún somos mayoría.

Repitió las palabras en holandés, y a un gesto suyo, los hombres en tropel se abalanzaron hacia la puerta. Samuel se acercó al umbral, quedándose paralizado sin saber qué hacer en aquella atroz batalla. Los defensores no dudaron en acabar con las vidas de sus rehenes, entre los que se encontraba el rubio grandote, para luchar contra los nuevos atacantes.

Los piratas pronto acabaron con uno de los chicos. El otro, que portaba una larga daga, consiguió zafarse hiriendo de muerte a un marino. El escocés adulto era una fiera salvaje y, tras acabar con sus dos oponentes,

se lanzó contra el grupo de asaltantes.

Patrick se precipitó sobre la señora de mayor edad, embarazada y con un cuchillo. Rápidamente sujetó el arma de la mujer con su mano izquierda mientras que con la diestra hincaba su machete en el pecho de la desdichada.

La otra muchacha, mucho más joven que la anterior, buscaba amparo tras su puñal. Uno de los marineros que esgrimía una estaca la desarmó de un fuerte golpe en la mano. Tras una segunda sacudida en la cabeza, la chica cayó sin conocimiento.

La disputa quedó pues en mano de los hombres. El joven, herido de muerte por una cuchillada en la espalda, se precipitó con su último aliento sobre uno de sus oponentes. El adulto, al que se veía ducho en combate, acababa con todo aquel que le daba la espalda o se le acercaba.

Ya sólo quedaban seis piratas, contando con Samuel que seguía junto a la puerta. El escocés miró a su alrededor, y al ver muerta a toda su familia, le poseyó una rabia incontrolada. Entre lágrimas, atravesó con su espada al marino que blandía el palo, momento que aprovecharon el resto de criminales para atacarle como una bandada de buitres. Finalmente, uno de los hombres hundió un machete en su costado y Patrick le remató disparándole en el pecho con su pistola. Poco a poco, el hombre se fue apagando, quedando tendido en el suelo.

Patrick soltó una exclamación en holandés y mandó a dos hombres a informar al capitán, él se quedaría en la cabaña junto a Samuel y otro tipo de tez morena y bigote. Tras resoplar y frotarse el pelo, indicó a Samuel que debían pinchar con sus cuchillos a los enemigos para confirmar su defunción.

Samuel apenas les clavó el acero, pero tras observar sus espantosas heridas, no albergó duda alguna sobre su muerte. El tipo de bigotes pinchó a la muchacha que gimió abriendo los ojos. Patrick, que había terminado de preocuparse por los enemigos, se acercó corriendo. Tras una breve disputa, empujó al hombre de bigote a un lado.

—Voy a celebrar la victoria —exclamó mientras soltaba las armas y se dejaba caer sobre la chica.

La muchacha, agitada por el encontronazo, recobró el conocimiento lo suficiente como para intentar zafarse aullando con espanto. Patrick dejó caer su peso sobre ella y tras levantarle las faldas, se bajó los pantalones.

Samuel apenas podía creer que en mitad de tan horrenda carnicería, Patrick deseara carnalmente a esa mujer. Pero ya le conocía. Sabía que en

ciertos momentos podía ser la peor de las alimañas.

La escena cautivaba al marino de tez morena que miraba con los ojos fuera de sus órbitas. Apenas se dio cuenta del corte, fue profundo y en la garganta, tal y como indicó su mentor que se debía realizar. Por desgracia para Samuel, antes de caer, soltó un gemido que llamó la atención de su compatriota.

Patrick levantó la vista y contempló a Samuel con el machete ensangrentado. Había jugado bien sus cartas, seguramente sería la única oportunidad que tendría para huir. Ahora el hombre de tez morena estaba muerto y él desarmado.

La fuerza que arrastraba a Samuel hacia la lucha no era simplemente escapar, sino el deseo de auxiliar a aquella indefensa chica. Aún con el recuerdo de las tropelías a las que fue sometida la tripulación del barco mercante, se abalanzó sobre Patrick que trató de cubrirse con sus manos.

—¡Detente David! —gritó desesperado.

Samuel lanzó una cuchillada tras otra hiriéndole en los brazos, hasta conseguir asestarle un profundo machetazo en la espalda. Patrick se desplomó, ya sin fuerzas, quedándose tendido bocabajo como un odre de vino agujereado.

Incorporó a la chica, aún aturdida por el golpe, y la arrastró hasta la puerta. Ella se resistió, no quería abandonar a su familia.

—¡Pronto vendrán más hombres, debemos huir!

Como la muchacha, desbordada por el espanto, no entraba en razones, optó por cargarla a sus espaldas y correr hacia una colina que se elevaba tierra adentro. No fue una tarea fácil, ya que a la resistencia de la joven se le unió la dificultad del terreno, aquella llanura era un gran barrizal cubierto de verde. Las botas se le hundían entre la hierba, teniendo que abandonar una de ellas sepultada bajo el fango. Ante aquella infructuosa tarea tuvo que parar y desmontar a la chica, tirando de su mano todo lo que pudo para alejarla.

—¡Mi familia!

—Todos han muerto, ya no podéis ayudarles. Corred o nos matarán a nosotros también.

Aún forcejeaban cuando avistaron a los piratas que regresaban con refuerzos. Los hombres se sorprendieron al ver la escena de la cabaña y salieron a buscar en el horizonte una explicación. En cuanto descubrieron

a la pareja que se alejaba, se lanzaron a perseguirles entre maldiciones.

Un par de detonaciones lejanas convencieron a la muchacha, redoblando su esfuerzo por avanzar en las tierras embarradas. La joven se movía con la soltura que le otorgaba la costumbre, mientras que Samuel tenía algún que otro tropiezo.

Tras una interminable carrera, alcanzaron el pie de la colina. Ascender su pendiente no fue una tarea fácil; pero ya no había otra opción, debían apresurarse si querían salvar la vida. La chica subía con vivacidad, Samuel sentía el peso del tiempo y las penurias que había pasado en alta mar. Recordó las palabras del tonelero: "Dicen que un año aquí envejece como cinco en tierra".

Cuando partieron de la cabaña los piratas eran una veintena, pero según se aproximaban a la colina, estaban dispersos, siendo tres de ellos los que iban en cabeza. Samuel apretó los dientes y ayudándose de las manos ascendió hasta la cumbre. Echó un vistazo hacia abajo para observar cómo dos de los marinos, extenuados, suspendían la persecución al llegar a la pendiente.

Por desgracia, ante él se abría de nuevo otra vasta llanura. Reanudó la marcha en la dirección que marcaba la chica. Pensó en su padre y en Emma, en la posibilidad de volverles a ver y gozar de unos días tranquilos a su lado. Aquellas ideas le proporcionaron fuerza con las que impulsó sus piernas, alejándose de sus persecutores.

Miró atrás para descubrir que sólo uno de los holandeses continuaba la frenética caza. Estaba exhausto, y aunque él no lo quería, su cuerpo decidió parar. No iba a permitir que un solo hombre le separase de la vuelta a casa. Empuñó su machete y voceó a la chica:

—¿Tenéis dónde ir?

—Mis tíos viven cerca, al sur.

—Entonces, corred hasta allí. Si estos hombres os atrapan no tendrán piedad.

La chica le miró por un instante, pero él la apremió.

Aguardó con el arma en la mano, dispuesto a defenderse. Su atacante lucía canas, pero todavía no era viejo. Delgado y musculoso, aún tuvo fuerzas para saltar sobre Samuel, consiguiendo hundirle uno de los dos largos cuchillos que portaba en el hombro izquierdo. El otro acero chocó contra el machete de Samuel, que tras el vibrante encuentro de los metales, empujó su arma con todo su ahínco hacia su enemigo que,

herido, retrocedió unos pasos.

El holandés tomó fuerzas y atacó con ambos cuchillos. Samuel lo contrarrestó con un tremendo machetazo que llegó al cuello del tipo, pero antes de morir, cada cuchillo del marino se tomó una presa. El zurdo se hincó con ímpetu en el costado, y el diestro asestó un tremendo corte vertical que atravesó la hasta entonces inmaculada cara juvenil de Samuel.

El pirata quedó tendido en el suelo, mientras Samuel intentaba retomar su huida. Soltó el arma para taponar la herida del costado. La sangre recorría sus brazos y le costaba respirar. Las fuerzas le abandonaron, primero nublándole la cabeza, y luego, aflojándole las piernas. Aceptando su situación, se acercó hacia unos pequeños matojos, intentando ocultarse tras ellos, y sin saber cómo, se encontró tumbado en mitad de la hierba mojada.

## Capítulo 16

En una pequeña celda Emma frotaba los dedos para evitar el entumecimiento. Tras el ruido de la cerradura y el rechinar de la puerta, apareció Cecilia, que pese a su baja estatura, tuvo que agacharse para acceder.

—¿Cómo estáis señorita?

—Me encuentro bien.

—Adam Silver pagó para que así fuera —reveló abriendo los ojos—. Es un buen hombre.

—Lo es, aunque nunca lo he amado.

—Eso ahora no importa, el amor es un anhelo al que sólo los ricos pueden hacer caso, y ahora señorita, solo tenéis deudas, deudas y otra boca que alimentar. Harris vino a hablar conmigo, accederá a que salgáis de aquí...

—¡Christopher Harris es un asesino! Deberían colgarlo.

—Yo también le aborrezco con todo mi corazón, pero me temo que no tenemos otra cántara: debemos tratar con él. Dentro de poco nacerá la criatura que portáis en vuestro vientre, y todos sabemos que no hay lugar para un crío en la cárcel, suelen nacer muertos. Las pocas madres que sobreviven al parto, no dan leche. En el mejor de los casos, mandan al bebé a una casa de huérfanos, y ni tan siquiera siempre, esos albergues están tan abarrotados de bastardos e hijos de mujeres solteras que ya no pueden aceptar más niños; apenas tienen dinero para malcomer. Yo no podría hacerme cargo de él, aparte de Bristol el único lugar que conozco es mi pueblo, y allí no sería bienvenida. Además, los caminos son demasiado peligrosos, llenos de bandidos y salteadores, como para cargar con una criatura tan frágil. Debéis salir de aquí.

—¿Pero cómo?

—He hablado con el juez, y le he expuesto que estáis encinta, sé que en ocasiones liberan a mujeres preñadas hasta el alumbramiento, pero en vuestro caso se ha negado por miedo a que os fuguéis sin cancelar las deudas. Harris no sólo pagó todas vuestras posesiones, sino que liquidó todos los descubiertos de vuestro padre, en total le debéis más de trescientas guineas.

—¡Trescientas guineas!

—Adam Silver jamás podrá afrontar una deuda así, y aunque pudiera, Harris no dejaría que llegase con vida a la boda. Ahora es el propietario de todas vuestras posesiones, y por lo visto también se cree vuestro amo, así que no esperéis de él más compasión de la que dispensa ante cualquiera de sus negros.

—Jamás reuniré semejante cantidad. Viviré presa, y lucharé porque mi hijo nazca con vida.

—Veréis señorita, sobreponiéndome a la repulsa que me produce Harris, profundicé en la conversación. Él pensaba dejaros varios meses en prisión para debilitar vuestra moral y después ofreceros de nuevo su mano. Pero pensando en que estabais embarazada, intenté impedirselo. Yo, yo...

—Cecilia, insegura de cómo había obrado, tomó fuerzas para continuar— ...intentando ablandar su corazón, le dije que el hijo que lleváis en vuestras entrañas es suyo, y él accedió a adelantar su oferta. Os sacará de aquí sólo si os casáis con él, tal y como pactó con vuestro padre. Me ha permitido visitaros para intentar haceros entrar en razón.

—¡Pero Cecilia! ¿Cómo has podido? Acaso no recuerdas que estás hablando del asesino de mi padre.

—Lo recuerdo señorita, no puedo olvidar que es un hombre vil, ni la repugnancia que siento hacia él, pero pensadlo, ¿qué otra opción tenéis?

—Prefiero morir aquí, a vivir con él.

—Mi señora, no hablamos de morir, sino de vivir en la desesperación un largo año tras otro, de que os arrebatan a vuestro hijo de los brazos, y luego, si finalmente os liberasen, os veríais obligada a mendigar sin hogar, y entonces él se regodeará ante vos. Creedme señora, salid de aquí, aceptad en matrimonio a ese infame y tened a vuestro hijo en libertad. Él pronto se aburrirá de vos, irá con otras mujeres, y con un poco de suerte, os facilitará un dinero para cuidar a vuestro hijo. —La dureza de la mujer quedó a un lado mientras recordó con lágrimas en los ojos—. Mis hijos y mi marido murieron en la guerra, luchando por Cromwell, ahora mi pueblo es gobernado por las mismas personas que les asesinaron. No pude digerirlo y abandoné mis tierras, con ello conocí el hambre y el peligro de los caminos, creedme, no es un sitio para vuestro honor o cualquier otra mujer decente. Cuando llegué a Bristol vuestro padre me ofreció entrar a su servicio para cuidaros, desde entonces, sois lo único que tengo en el mundo y sabe Dios lo mucho que os quiero, por ello os suplico que no os dejéis consumir en este lugar.

—No puedo hacerlo. No puedo.

—Entonces moriréis en vida entre estas cuatro paredes. De aquí nadie

escapa. Sin embargo, si os casáis con él, antes o después, podréis huir.

—Huir... ¡Quizás pudiera hacerlo antes de la boda!

—Me temo que eso es del todo imposible. Pretende casarse aquí, en la propia prisión, antes de libraros de vuestras obligaciones económicas.

—Cecilia, no puedo hacerlo.

—Recordad que estáis en la miseria. Ya no podéis esperar que nadie os atienda, debéis ser fuerte y pelear por la vida. ¿Acaso pensáis que no sé qué pretende ese hombre? En vuestra boda no habrá bromas ni risas. Os llevará con él y tendréis que abriros de piernas una noche tras otra, os pegará cuando le venga en gana, y no habrá amigos o jueces que escuchen vuestra causa, porque cuando un hombre rico se casa con una mujer pobre, adquiere el derecho a hacerlo; no hay norma escrita que lo diga, pero todos lo sabemos. Os tratará como a uno de sus esclavos, con la diferencia de que vos seréis más valiosa que cualquiera de ellos. Mis hijos murieron por la causa de Cromwell... vertimos sangre, ganamos la guerra... pero ¿acaso ha cambiado algo? El dinero sigue siendo el que dictamina la justicia en este país. A cambio de esta tortura tendréis la felicidad de ver crecer a vuestro hijo en la abundancia, Harris lo mantendrá mientras piense que es suyo. Pero debéis actuar pronto, antes de que la mugre de la cárcel apague vuestro brillo y parezcáis una de sus marranas, entonces perderá el interés por vos.

Emma lloró mientras su ama de llaves intentaba consolarla entre sus brazos.

—Cecilia, cuando testifiqué ante el sheriff que el puñal que mató a mi padre pertenecía a Christopher Harris, nadie me hizo caso, aseguraron tener ya al culpable.

—Si señorita, una infamia más. Han colgado a un pobre hombre que nada tenía que ver con el asesinato.[1]

[1]En el siglo XVII la comida en las cárceles se pagaba por familiares o amigos; el derecho penal seguía siendo bastante arbitrario, ligado al poder y al concepto de pecado; y los matrimonios basados en el amor eran objeto de críticas. La doble moral de la época obligaba a muchas mujeres solteras a abandonar a sus hijos. Este hecho, agravado por la situación de pobreza de tres cuartas partes de la población, hacía que los hospicios estuvieran abarrotados.

## Capítulo 17

La silueta del capitán Van Goyen surgía gallarda desde el lecho de Samuel. Su sable afilado se paseaba por la mejilla del muchacho.

—Ya sabes lo que les sucede a los que desertan.

Los hombres se mofaban agolpándose a la espera del macabro espectáculo.

Patrick se acercó abriéndose paso entre la chusma. De sus heridas aún brotaba sangre que se desparramaba por su cuerpo.

—No es posible, tú estás muerto.

—Todos lo estamos.

Patrick rio, la sangre le brotaba por la boca, al igual que al resto de los piratas. El capitán del Nueva Esperanza también estaba allí, con su sombrero de plumón rojo y un corte vertical en el rostro, burlándose atronadoramente de la situación. Al girar sus ojos y encontrar los cuerpos sin vida de Adam, su padre y Emma, fue consciente de que estaba soñando y se despabiló.

—Todos muertos. —Escuchó por sus verdaderos oídos.

En un intento de abrir los ojos, consiguió captar una imagen invertida, estaba cabeza abajo. Desde el caballo donde le transportaban cual alforja, pudo captar el momento en el que una mujer rubicunda y bien parecida se cubría la cara con sus manos al escuchar las noticias: "todos muertos".

Cuando recuperó la conciencia no se podía mover. Embutido en un saco, descansaba sobre heno. Una vela iluminaba la estancia, pequeña y vacía si no fuera por un taburete de madera. Creyó reanudar sus sueños, al ver como irrumpía en la habitación el escocés que había muerto en la cabaña, pero al aproximarse, corroboró que se trataba de otra persona de gran parecido físico e indumentaria similar.

—¿Eres un pirata? —preguntó con su voz áspera de acento marcado.

Intentó hablar, pero su boca no le respondió, limitándose a negar con la cabeza.

—Viniste con los hombres que mataron a mi hermano, ¿verdad? Si no fuera porque vas a morir por ti mismo, te sacaría a la calle a patadas y te

colgaría del primer árbol que encontrase.

Una mujer acudió ante la algarabía intentando contener al escocés. Samuel la reconoció, era la señora que recibió con lágrimas la triste noticia del asalto a la cabaña.

—Alec, sal de aquí. Este hombre ha salvado la vida a tu sobrina y no recibirá ningún mal de nosotros.

—Este cerdo inglés me ha de contar todo antes de morir. ¿Les ayudaste a matar a mi hermano, eh? —preguntó mientras le zarandeaba— ¡Confiesa!

—Ya está bien —le reprendió la mujer—. Todo hombre tiene derecho a morir sosegadamente.

El hombre abandonó la estancia, no sin pensárselo dos veces y echar la mirada atrás con ánimo de retomar sus indagaciones. Su mujer, con energía y tacto, terminó de convencerle.

—Debes disculparle, está furioso por el asesinato de su hermano. Me llamo Nora, soy tía de Beth. Ella me ha contado cómo la defendiste.

Mientras la señora le cubría la herida de la cara con un paño limpio, Alec apareció de nuevo, esta vez con su sobrina apresada del brazo. Los ojos de la muchacha evitaron encontrarse con la desgajada cara de Samuel.

—Mírale bien ¿Este maldito os asaltó?

—No, yo no le vi. Debía venir con ellos, pero no estaba entre los que atacaron a mi familia. No había ninguno tan joven.

—¿Seguro que os ayudó?

—Sí, mató al hombre que pretendía violarme.

—¿Y ayudó a vuestro padre?

—En un principio no, luego caí y no pude ver lo que sucedió.

—No le socorrí —interrumpió la voz cortada de Samuel—, fui un cobarde y siempre me arrepentiré de ello.

La mezcla de arrepentimiento, dolor y miedo, afloraron en Samuel en forma de lágrimas, que le proporcionaron un penetrante dolor al mover los músculos cercenados de su cara. Alec, al contemplar el suplicio, dejó marchar a la chica y aseguró:

—Tus heridas no son buenas, he visto algunas parecidas durante la guerra. No creo que resistas hasta el amanecer. Encomiéndate a Dios.

—Preciso una última voluntad. Quisiera hacer llegar un mensaje a mis familiares, ¿alguno sabéis escribir?

—¿Escribir? No, y el padre Owen no llegará hasta dentro de tres días.

—Entonces, os tendré que narrar mi historia. Cuando llegue el párroco deberéis contársela, mi prometida y mi padre merecen conocer toda la verdad. Saber que están en mis últimos pensamientos. Me llamo Samuel, Samuel Page. Soy hijo de un comerciante de Bristol...

## Capítulo 18

Adam se retorció de dolor llamando sin proponérselo la atención de la muchacha, que dejó de leer para acercarse a su lado. Estaba pálido y sin consciencia. Acercó un pequeño frasco a la boca tal y como se lo había recomendado el médico; pero el enfermo no tenía fuerzas para beber y derramó el contenido sobre su amplio bigote. Dormía con una respiración rápida y poco profunda. Elisabeth por primera vez aceptó que el hombre que la había cuidado desde niña iba a morir.

Se frotó los ojos, solían escocerle cuando leía a la luz de las velas. Apoyándose en el marco de la puerta observó al escocés. Si hubiese estado despierto, le habría preguntado cómo terminaba la historia de los manuscritos, pues apenas había leído la mitad, pero Alec sólo emitía ronquidos bajo la melena canosa que tapaba su cara.

Acercándose a Adam contempló su dormir agónico. Sin saber qué más hacer por él, se sentó y retomó su tarea, no sin antes hojear lo que le quedaba por delante: varias cartas de su madre y otros cinco manuscritos.

## Capítulo 19

Cada vez que observaba su reflejo en el agua, no podía evitar fijar su mirada en aquella abrupta cuchillada. Lo mismo le pasaba a la gente que hablaba con él. Aunque lo intentaran disimular, sus ojos eran irremisiblemente atraídos por la cicatriz. Le atravesaba todo el lado izquierdo de la cara, desde la frente hasta ya terminado el labio. Aquella herida había dejado dividida en dos partes su antaña cara aniñada, poblada ahora por una barba dura y oscura. No tenía herramientas ni talante para afeitarse, además no sabía cómo hacerlo en la zona del corte. Alec tenía tres hijos pequeños que tardaron en acostumbrarse a la presencia de Samuel sin sentir escalofríos.

Tras semanas febriles en las que su anhelo por vivir le amparó a las puertas de la muerte, la herida del costado cicatrizó. Aun así, nunca dejó de dolerle, reportándole un caminar encorvado. Alec, que en los peores momentos estaba seguro de su fallecimiento, no supo si sus fuerzas provenían del amor a los suyos o del deseo de venganza.

Ahora que Samuel no temía por su vida, otras preocupaciones torturaban su alma. ¿Le aceptaría Emma con este aspecto? ¿Le acogería sólo por compasión? Él no quería compasión. Él quería del deseo de antaño, el amor, el anhelo que veía en los ojos de aquella muchacha por estar junto a él. “No quiero compasión” se repetía mientras golpeaba su reflejo en el agua. Sabía que aún no estaba lo suficientemente fuerte para viajar, pero además, aún no había acaparado el valor para hacerlo y procuraba no hablar del tema. Volver así, caminando como un esperpento, con el rostro desfigurado. Aquella chica le quería, pero que se acostumbrase a su aspecto... quizás fuese pedirla demasiado.

Hasta que una mañana, en la que sentado en una piedra contemplaba las nubes, lo comprendió. Si le hubiese sucedido a Emma, él la amaría igual: ansiaría permanecer a su lado, sentir su presencia, disfrutar del calor de su cuerpo, de su olor, de su compañía, de sus charlas, en fin, de ella. Fue entonces cuando por primera vez expuso sus intenciones de partir.

Días después, Alec retornó del pueblo montado en su caballo. Buscó a Samuel en el río, donde los niños le enseñaban a pescar con anzuelos de madera que ellos mismos habían confeccionado puliendo una rama en forma de horquilla.

—Traigo nuevas para ti.

Samuel se incorporó con urgencia.

—¿Recuerdas los hombres que hicieron llegar tu correspondencia hasta el puerto? Hoy he hablado con uno de ellos, me ha confirmado que el

capitán de un barco amigo entregó hace un mes tu nota a ese tal Adam Silver.

Samuel estalló de júbilo, reconfortado por haber informado a los suyos de lo acontecido. Además el padre Owen, en el ejercicio de su sentido común, esperó a enviar la carta hasta que su estado de salud prosperó, informando de que actualmente Samuel "se estaba reponiendo de un leve desfallecimiento", con el fin de no alarmar al viejo Martín.

—Tengo otra buena noticia. Uno de esos hombres me ha confirmado que van a reunir cueros y semillas de varias familias con la intención de venderlas en Dundee. Partirán en un par de meses. Me han ofrecido unirme a ellos, y tú podrás viajar con nosotros.

—¿Un par de meses? No puedo esperar tanto.

—¿Y qué harás si no? Aún estás débil, no conoces estos caminos y apenas sabes andar por ellos. No tendrías donde comer o descansar. Te asaltarían al primer paso para quitarte las provisiones. Si esperas y vienes a Dundee con nosotros, podrás encontrar la forma de regresar a tu casa. Un par de ojos más no nos vendrán mal. Desde que acabó la guerra, hay demasiada gente que pasa hambre, demasiados rencores y rencillas. Es más seguro aguardar unos meses que acabar destripado en mitad de una colina por un grupo de maleantes, ¿no crees?

—Tienes razón, no tengo dinero ni medios para volver. Si no me surge otra ocasión antes, esperaré. Al fin y al cabo, ahora que mi padre está al día de mis circunstancias, no preciso regresar con tanta urgencia.

—Por aquí, pocas partidas más saldrán hacia un puerto grande. Además, quizás nos puedas ayudar en la venta, no soy una persona avezada en el trato con la gente.

—Mercader es mi oficio, y si me das la oportunidad de restituir la ayuda que me has prestado no te arrepentirás.

Desde que Samuel desnudó su alma ante Alec en lo que creía su lecho de muerte, había nacido una relación de complicidad entre ellos. El escocés dejó de ver en él al asesino malencarado que asaltó la casa de su hermano, para encontrar al muchacho ingenuo y pacífico de Bristol. Le cuidó en los peores momentos, introduciendo entre sus labios pequeños sorbos de caldo. Samuel por su parte, taciturno, intentaba no dar trabajo y colaborar en lo que podía con el ganado, comprobando los lazos y trampas para cazar liebres de montaña o recogiendo leña, pero siempre añorando el momento de regresar a su hogar.

Aquella noche Nora no lució la sonrisa con la que alegraba a la familia. Cuando Samuel intentó dormir, advirtió una riña secreta en el dormitorio

de la pareja, con un alboroto muy distinto a cuando el matrimonio retozaba jovial. Alec zanjó la discusión:

—¡Acompañaré al muchacho, y no hay más que hablar! Al fin y al cabo, estamos en deuda con él.

Con el paso del tiempo, el talante de la mujer volvió a su ser. El oscuro y melancólico invierno escocés, dio paso a la primavera, que como el propio Samuel decía, consistía únicamente en observar cómo los días se volvían más largos.

El día de su marcha, Samuel se despedía de la familia de Alec, respondiendo a las dudas de los niños sobre dónde se dirigía y si algún día regresaría para verlos. Nora y Beth volvieron a manifestar su agradecimiento, reiterando lo cauto que debía ser en el camino.

Tras preparar su caballo con todo lo necesario, Alec se armó con una espada, una daga y una pistola pequeña y adornada. Entró en casa y se acercó a Samuel con algo envuelto entre trapos.

—Cógela.

Samuel alcanzó una empuñadura de madera.

—He pensado que te puede ser útil. Ya que no eres ducho con la espada, necesitarás algún tipo de arma que puedas usar en caso de necesidad.

—¿Es un machete?

—Es una daga de caza. Lo suficientemente larga como para matar a una persona de un tajo, pero lo suficientemente corta y ligera para que hasta un niño pueda manejarla. Espero que no tengas que hacer uso de ella, pero si te ves forzado, hazlo con valor.

Apenas pudo acostumbrarse al arma, cuando llegaron sus acompañantes. La comitiva consistía en media docena de montañeros de edades dispares y porte rudo que venían a pie, y una pareja de caballos de abultadas alforjas. Lucían atuendos y armas similares a las de Alec, con largas espadas y telas enrolladas alrededor del cuerpo a modo de faldas. Cuando Samuel asomó por la puerta, guardaron un frío silencio. El más mayor de ellos, un escocés fuerte, con pelo y barba totalmente canos, se acercó erigiéndose como portavoz.

—¿Es este el hombre del que nos hablaste?

—Así es, Kendrick.

—Está bien, consentiremos que venga, pero no custodiará nuestros bienes, no hará turno de vigilancia ni preparará nuestra comida. ¿Queda claro?

Samuel asintió con la cabeza. Mientras, Alec se despedía con besos de su familia, especialmente de Nora, agitada ante la marcha de su esposo.

Los chiquillos les acompañaron un trecho, hasta que su padre determinó que debían volver a su hogar, agregando a su orden recordatorios sobre el ganado y la casa.

El viaje no fue fácil para Samuel que, con su figura encorvada y apoyado sobre un palo, intentaba asumir el ritmo vertiginoso con el que caminaban esos hombres. Alec se quedaba atrás para animarle en tono de burla.

—Cuando llegues a Bristol nadie te conocerá. Saliste de allí con las maneras de un burgués y volverás con las de un montañero.

—No sé si mis maneras siguen siendo las de un comerciante, pero os aseguro que mis piernas sí, me duelen como nunca.

—Pronto te acostumbrarás. Ese es uno de los motivos por el que siempre intentan usarnos como soldados: estamos acostumbrados a comer poco y andar mucho, además, sabemos usar la espada.

Alec, pensativo y sin dejar nunca de caminar, perdió su mirada entre las nubes. El verano se acercaba, por lo que el frío no era extremo, circunstancia que aprovechaban para avanzar siempre que la lluvia no era torrencial. Aun así, el clima era cambiante, conviviendo las cuatro estaciones en un mismo día.

Pronto comprobó que el escocés no mentía respecto a la escasez con que distribuían los víveres. Aquel día no habían probado bocado, y por la noche, un poco de pan duro, media loncha de tocino y un pellizco de queso, les sirvió como cena. Añoró los guisos calientes de verduras con carne, huesos o vísceras que Nora, la esposa de Alec, cocinaba a diario.

Para dormir, hundieron sus cuerpos en una colina donde el suelo se apreciaba más seco y el resguardo de unas rocas apenas dejaba pasar el viento. Samuel, aún ataviado con la chaqueta verde de tonelero, se cobijó bajo su manta picajosa que antaño fue un saco. El resto de hombres se envolvieron en las telas que vestían, que hacían las veces de talegos, faldas y mantas.

Se levantaron al amanecer. Un trozo de pastel de tripas de cordero y un trago de agua de un arroyo recomfortaron sus fuerzas. Samuel saboreó su

porción, su estómago agradecía el sabor de las vísceras, que meses atrás le habrían parecido demasiado fuertes, pero que el hambre y las energías gastadas volvían apetitosas.

Durante tres días atravesaron lo que creyó el fin del mundo. Leguas y leguas de un desierto de interminables llanuras de lacónico herbaje verde, sin más atisbo de vida que el de alguna oveja abandonada o algún arbusto lejano. Samuel jamás había visto nada así, siempre que había salido de Bristol, había encontrado campos cultivados, bien con cereales, bien con árboles de distinto tipo, pero jamás tanto terreno no boscoso sin civilizar. Poco a poco, aparecieron pequeñas colinas por las que transitaban las nubes. Entre sus pendientes corrían angostas cascadas plateadas que descendían para formar, al mezclarse con la turba, regueros de aguas oscuras. El muchacho fantaseó con que en aquel prodigioso paisaje pudieran habitar las hadas, los gigantes y el sinfín de criaturas, que luchaban, ayudaban, mentían o amaban a los hombres en las leyendas con las que Alec entretenía a sus hijos al calor de la hoguera.

Al cuarto día, el camino serpenteó para descender a un extenso valle, dejando a ambos lados unas montañas altas y escarpadas. Se cruzaron con aldeanos errabundos que mendigaban, todos ellos guardaban respeto al ver sus armas. Samuel, que había oído muchas historias sobre salteadores, permanecía en un tenso silencio cada vez que se topaban con alguien.

Divisaron una abundante comitiva, con carros repletos de bultos, porteadores y soldados a pie y a caballo. Cuando la distancia con las huestes fue menor, la procesión mandó un jinete para inspeccionarlos. El soldado, delgado y con barba negra, se protegía con casco y coraza plateados que devolvían los brillos y la claridad del día. Tras un breve saludo, Kendrick, el hombre mayor de pelo blanquecino, explicó el origen comercial de su empresa. El soldado se mostró satisfecho con sus aclaraciones.

—Vamos camino de Dundee, para vender grano y cueros. ¿Y vuestro séquito, donde se dirige?

—Custodiamos las pertenencias de Sir Thomas. Su Majestad, el rey Charles, quiere enviarle todo aquello que es suyo como premio a su fidelidad, animándole a retornar del destierro. Marchamos con apremio, pues la guerra con Holanda hará que en breve no podamos embarcar.

Alec cambió su semblante al ver el color de las telas vecinas:

—¿Os acompaña una partida del clan Urquhart?

—Así es, y ahora si me disculpáis, debo volver a mi puesto.

Cuando el soldado se alejó de ellos, el hombre de pelo canoso se acercó a Alec para preguntarle:

—¿Por qué no cambiamos de ruta? Podríamos bordear las tierras realistas.

—No, un hombre debe afrontar su destino, y el nuestro es llegar a Dundee, a no ser, claro está, que en Forfar nos paguen lo suficiente. No pienso regresar con las manos vacías.

—Debiste aguardarnos en tu casa, como de costumbre. Ya te dije que por estos caminos es fácil encontrarse a los Urquhart.

Dos jinetes se acercaron, eran montañeros. Pararon a un lado del camino, sin desmontar. El más mayor de los dos, de nariz torcida y barba recortada, miró a Alec y, tras escupir copiosamente, le dijo a su compañero:

—Jamás pensé que volvería a ver por aquí a esta escoria Campbell. Si no fuera porque es asunto de tu tío, yo mismo le ajustaría las cuentas.

Alec, sin apartar la vista de ellos, no dio otra respuesta que seguir andando. Cuando se alejaron, los jinetes cuchichearon algo y se perdieron al galope.

—Vayámonos —repitió Kendrick, obteniendo una nueva negativa.

Tras una larga jornada, tres jinetes se aproximaron por una bifurcación. Samuel reconoció al de nariz torcida y a su acompañante. El tercero, un montañés ya entrado en años, fornido y castaño se aproximó al grupo con una desagradable familiaridad. Tras reparar en la cicatriz de Samuel, clamó:

—Alec Campbell, el olor a estiércol es tal que no podría tratarse de nadie más.

—Archivald Urquhart, llevo años esperando vuestra visita.

—Pues aquí estoy, y ya sabéis a lo que he venido.

—Mi espada estará dispuesta donde y cuando indiquéis.

—Mañana, con los primeros rayos del sol: tú y yo a solas, en la cima de esa colina.

—Allí acudiré.

El montañero, tras un gesto de afirmación, se marchó dejando a la agrupación intranquila.

—¡Por las llagas de Cristo! —murmuró Kendrick—. No deberías comparecer, Archivald sabe batirse bien, y lleva años esperándote.

—Prefiero concluir de una vez nuestros asuntos. Sólo hay una forma de zanjar ciertas cuestiones. Durante años he temido que apareciera en mi hogar y me desollara delante de Nora y los niños.

—Archivald jamás te atacaría en mitad de la noche, no es un asesino. En cambio durante un duelo, no dudará en atravesarte con su espada.

—No hay más que hablar. Acamparemos cerca de ellos y mañana todo habrá finalizado.

Hicieron fuego a una distancia prudencial de la formación. Calentaron sus provisiones, consistentes en una generosa galleta de mantequilla y un caldo de hueso. Samuel, aún consternado, paladeó la manteca de la pasta que mordió con precaución, encontrando que estas ni eran tan duras, ni contenían gusanos cómo las que se vio obligado a comer en alta mar. Creyó que la comida, más generosa que de costumbre, intentaba reponer las fuerzas de Alec.

—No debió venir —expuso Kendrick a los otros hombres cuando Alec se alejó a orinar—. Él sabía que esto podía suceder, tiene muchos enemigos esperando a que salga de su aldea. Sólo nos ha acompañado porque sabía que si él no venía, nosotros no acogeríamos al inglés en nuestra cuadrilla —concluyó señalando a Samuel.

Los escoceses estaban dormidos cuando Alec le explicó la situación alrededor de las ascuas:

—Sir Thomas y su clan lucharon por Charles y perdieron. A Sir Thomas le encarcelaron en la torre de Londres, donde escribió varios libros hasta que Cromwell le dejó salir. Cuando retornó, su castillo estaba en ruinas y sus propiedades rapiñadas. Partió para Holanda.

—Y ese hombre... Archivald Urquhart, por qué os odia.

—Tenemos asuntos pendientes, sólo era cuestión de tiempo que nos encontrásemos.

—Kendrick asegura que sabías que podías toparte con él, y que has

venido sólo para que me permitiesen unirme a ellos.

—No te tortures con eso: un hombre debe de hacer lo que debe de hacer. No puedo eludir mi suerte pudriéndome en casa apocado por el miedo. Tu destino fue salvar a Beth, el mío acompañarte en tu partida. Si tras el amanecer no regreso, ya sabes dónde me has de buscar. Asegúrate de que devuelvan mi cuerpo a Nora, quiero que me entierren junto a los míos.

Alec zanjó la conversación tumbándose hacia un lado, cubierto con las ropas que hacían las veces de capa. Samuel se guareció bajo su manta.

Se preguntaba cómo aquel hombre podía dormir sabiendo que al alba lucharía a muerte por su vida. Sintiendo responsable de la suerte de su amigo, no podía conciliar el sueño. Su mente buscaba una solución, repasando una y otra vez lo acontecido, comprendiendo ahora la agitación de Nora al conocer la marcha de su esposo y la posterior disputa en el dormitorio. Casi al amanecer, cuando el cansancio había logrado amodorrarle, escuchó cómo Alec se alejaba.

Los ojos del muchacho se abrieron, despabilándose por la urgencia. Se acercó a las pertenencias de Alec encontrando su pistola, sin duda la dejó para evitar la tentación de usarla si la espada le fallaba. Samuel empuñó el arma y siguió sus pasos.

—¡Eh, muchacho, detente!— masculló Kendrick desde el suelo.

Haciendo caso omiso, se apresuró hacia el montículo. Divisó la sombra de su amigo que ya llegaba a la cima, su adversario le aguardaba. No alcanzó a escuchar las palabras que intercambiaron, pero fueron breves. Pronto comenzó la pelea. Empuñando la pistola se acercó a los duelistas, que estaban demasiado ocupados para reparar en su presencia. Ambos combatían con espada en la diestra y daga en la zurda. Curtidos en el manejo del acero, mezclaban su habilidad con bríos y odio. Sus espadas se entrelazaron. Alec, más corpulento, empujó a Archivald, que lejos de desequilibrarse, aprovechó para librar su daga y clavarla en el muslo de su contrincante, que se desplomó estrepitosamente soltando su puñal. Alec intentó asir el mango de la espada, que se había deslizado en la caída; pero el pie de Archivald lo impidió pisando el conjunto de arma y mano. Ahora que Archivald le tenía yaciendo en el suelo, con la espada inmovilizada y la daga alejada, llevó la punta de su acero al cuello, y mirándole a la cara se preparó para asestar la estocada final.

—¡Alto! —irrumpió Samuel apuntándole con la pistola.

Archivald miró colérico, reconociendo su cicatriz. Soltó la daga de su mano izquierda, pero mantuvo su espada sobre el cuello de Alec, mientras les

increpaba:

—Malditos bastardos, debí imaginar que no procederíais de forma limpia.

—¡Por el amor de Dios, márchate de aquí! —reaccionó Alec— ¿Acaso no corre una brizna de honor por tus venas?

—No permitiré que le matéis —advirtió Samuel.

—¿Y qué haréis para impedirlo? Porque a esta distancia no acertaríais el tiro ni en una vaca.

—Eso no supondrá problema —aseguró mientras se aproximaba.

—Vete de aquí, Samuel. Si en algo aprecias nuestra amistad, aléjate y deja que concluyamos nuestras diferencias.

Siguió avanzando hacia Archivald, que dejó de contemplar las súplicas de Alec virando su espada sobre la pistola. En cuanto desvió el cañón, lo aferró con su mano izquierda mientras la diestra llevaba el filo del acero al cuello del chico que soltó el arma instintivamente dejándola en manos de su rival.

—Ahora serán dos muertos los que encuentre el amanecer.

—Suéltale Archivald. Este asunto sólo nos concierne a nosotros.

—No he sido yo quien le ha involucrado, ha venido por tu cuenta.

—Tenía que intentarlo —alegó Samuel, esperando el fatal desenlace—. No hice nada cuando asesinaron a tu hermano, y no podía consentirme hacer lo mismo contigo. Lamento haberte defraudado.

Samuel notó un cambio en los ojos de Archivald, ya no estaban tan abiertos y sus comisuras se arrugaron, trasmitiendo sus pliegues a parte de la frente. Su rostro había pasado de la ira a la pesadumbre.

—¿Neil ha muerto?— preguntó Archivald.

—Junto con su mujer e hijos.

—¿Quién lo asesinó?

—Los marinos de Van Goyen, los mismos que cortaron mi rostro.

—Era un hombre honesto... —Y girándose hacia Alec, añadió—: Debí figurarme que Dios os castigaría antes que yo. Sólo me pregunto por qué

no te llevó a ti en su lugar.

Archivald aún sujetaba la pistola por su cañón, y con un movimiento brusco golpeó con su mango la boca del estómago de Samuel que cayó sin poder respirar.

—La próxima vez, me cobraré mi cuenta.

—No habrá próxima vez. Has vencido —estableció Alec ofreciéndole su pecho— Tómame la presa que debas tomarte o déjame seguir mi camino por siempre. No te esperaré toda la vida.

—En ese caso...

Los ojos de Samuel se abrieron al observar cómo el hombre acercaba la espada a la barbilla de Alec.

—Desde el día de hoy, no te acercarás a mis tierras. Y cuando te cruces conmigo o con mi familia, no nos hablarás ni mirarás. Acepta las condiciones o te juro que dejaré huérfanos a tus hijos antes de que salga el sol.

Alec movió la cabeza con gesto afirmativo.

—Tenéis mi palabra. No volveré a acercarme jamás a vuestras tierras.

El hombre dudó antes de retirar su espada y darse la vuelta. Samuel creyó ver lágrimas en sus ojos antes de marchar colina abajo.

Se acercó gateando, no podía respirar del golpe. Ahora que todo había acabado, Alec, perdía la mirada en el infinito.

—Si no hubieses venido, estaría muerto. Archi no ha podido matarme a sangre fría, pero cuando irrumpiste, estaba caliente por el duelo. Hace años fuimos amigos, él y mi hermano eran inseparables; pero en la guerra, nuestros clanes se enfrentaron. Una tarde que acampamos cerca de un río, nos tendieron una emboscada... En la refriega maté a varios hombres para defenderme, dos de ellos eran unos muchachos jóvenes, sus hijos.

—¡Pero la guerra ha terminado!

—No en su corazón. Prometió venganza, aun sabiendo que la justicia no está de su parte.

El sol blanqueaba permitiendo a Samuel apreciar la sangre que Alec perdía

por la pierna.

—Tu herida no tiene buen aspecto, debemos curarla cuanto antes.

El muchacho levantó a Alec, que necesitó apoyarse. Descendieron con dificultad y despertaron a sus compañeros. Kendrick comprimió con telas el corte, pero coincidió en la necesidad de buscar ayuda.

Montaron al herido sobre el caballo de alforjas menores. Siguieron el cauce de un arroyo que se abría paso entre la hierba creando un camino dorado de piedras hasta el oscuro lago Forfar. Bordeándolo vislumbraron el pico de una iglesia, que poco a poco dio paso a la visión de una imponente ciudad. Alec se iba quedando blanco por momentos, ya no respondía a las preguntas, hecho que según Kendrick se debía a la abundante sangre que perdía.

En las afueras encontraron a un anciano descansando en una piedra.

—Mi amigo está herido —explicó Kendrick—. ¿Dónde podemos encontrar auxilio?

—Antes había unas mujeres que vivían aquí detrás..., pero este invierno las quemaron por brujas.

Tras pensar un momento, el viejo recordó.

—Creo que vino un cirujano a la ciudad. Preguntad en la plaza.

Siguiendo las indicaciones de las gentes llegaron a una casa de piedra, pobre pero limpia, en la que un inglés de unos cuarenta años, de pelo largo y castaño, les recibió. Tumbó a Alec sobre un catre y examinándolo preguntó:

—¿Qué os ha sucedido?

—Nos atacaron unos salteadores —respondió Kendrick.

—Deberíais dar parte a las autoridades. Esta pierna no tiene buen aspecto, los nervios parecen cortados. Limpiaré la herida y aplicaré una cataplasma, pero si no mejora, tendré que cortársela.

—¿Y cuándo lo sabremos?

—Tendremos que esperar al menos hasta mañana. Uno de vosotros puede permanecer aquí. ¿Tenéis dinero?

—Suficiente como para salvar la vida de este hombre.

—Está bien, daré de comer al que se quede velando al enfermo. El resto deberá esperar fuera de la casa.

Determinaron que Kendrick permanecería junto Alec.

Pasaron el largo y apesadumbrado día holgazaneando cerca de la casa. La preocupación perduró hasta la mañana siguiente en la que Alec mejoró, aun así, el cirujano no permitió que nadie visitara o entablase conversación con el enfermo. Al segundo día, la pierna tenía mejor aspecto, aunque debía reposar al menos una semana antes de ponerse en camino. Las horas de aburrida espera se iban amontonando, lo que incitó a Samuel a levantarse:

—Voy a entablar conversación con los comerciantes de la ciudad. Quizás estén interesados en nuestra mercancía.

—No lo olvides —señaló uno de sus acompañantes de oscura barba—, seis chelines por cada funda y treinta por el grano.

Samuel asintió mientras uno de los jóvenes se unía a él.

Regresó tras dedicar lo que quedaba de mañana a recorrer los comercios de la ciudad. Los escoceses no se habían movido del lugar.

—¿Has cerrado algún trato?— preguntó el de barba oscura.

—He lanzado algunos anzuelos, ya veremos si pesco algo.

—Sus negociaciones son agotadoras —apuntó el joven que le había acompañado—. Ha comenzado pidiendo dieciocho chelines por funda.

—¿Dieciocho? Así sólo conseguiréis que nadie se nos acerque.

—Dejadme trabajar. Vosotros rezad por Alec.

Esa misma tarde el trato estaba cerrado: nueve chelines por funda de cuero y cuarenta por el grano. Kendrick emergió de la casa para guardar el dinero con gratitud.

Celebraron las buenas noticias en la plaza donde unos hombres de voz enérgica y melodiosa cantaban al son de un pequeño instrumento de cuerda y varios tambores. Kendrick, que salía a la calle con más frecuencia, se aproximó a Samuel.

—Alec asegura que anhelas regresar a Bristol.

—Así es.

—En ese caso te recomiendo que continúes hasta Dundee y hables con los patrones de los barcos, hay varias naves que bordean la costa. No es el camino más corto, pero sí el más seguro. Si compras un caballo y no conoces los caminos te perderás. Además, no creo que nuestras tierras sean seguras para un jinete que viaja sólo, por fiero que sea su aspecto. Habla mañana con tu amigo.

Tras dormir de nuevo al raso, almorzaron pan recién hecho. Cuando regresaron a la morada del cirujano, Alec descansaba en una silla junto a Kendrick. Animoso, saludó a Samuel:

—He visto la bolsa con el dinero. Al fin demostraste tu pericia en las ventas... Es una ventaja contar con un comerciante como tú. Pero me imagino que ansías partir y no seré yo quien te retenga un instante más.

—Hemos pensado —interrumpió Kendrick— que necesitarás fondos para tu regreso, y creemos de justicia repartir contigo un tercio de todo lo que nos has hecho ganar por encima de lo convenido.

—Esa oferta es demasiado generosa, es mucho más de lo que preciso para llegar a Bristol.

—No hay nada que hablar —aseguró Alec—. Entre tú y yo hay deudas más allá del dinero. Pero lo que es justo, es justo. Coge el dinero, inglés, y parte a tu tierra. Tu padre y tu prometida estarán deseosos de encontrarte. Kendrick y algún otro te acompañarán a Dundee, es una ciudad grande y no tendrás dificultad para encontrar un barco que te acerque a tu hogar.

Samuel, sin saber que decir, tomó las monedas. Antes de salir, giró la cabeza para observar cómo su amigo le despedía con la mano en alto y mirada melancólica.

Entre dos colinas verdes siguieron el camino que llevaba al castillo de Glamis. Enclavada entre una multitud de árboles desnudos divisaron la impresionante fortaleza de piedra cuyo corazón estaba compuesto por múltiples almenas redondas coronadas con negros tejados puntiagudos. Antes del anochecer alcanzaron su destino, sin más incidencias en su marcha que la llovizna y una cabra espantada que casi se topa con uno de los caballos.

Dundee era una ciudad grande en la que abundaban las casas de piedra. Algunas contaban con varios pisos, acreditando el prestigio de sus habitantes. Tenía un par de iglesias y lo más importante, un puerto

bullicioso donde Samuel aprovechó para entablar negociación con los patronos de los barcos.[1]

[1] Durante Las Guerras de los Tres Reinos, los covenanters (partidarios de Cromwell) se enfrentaron a los realistas (partidarios de Carlos I) en varias guerras civiles. Los duelos de honor siguieron realizándose con regularidad hasta el siglo XX. Sus reglas fueron desarrollándose a lo largo de los años.

## Capítulo 20

El costo del viaje era tan modesto como las condiciones de comida y descanso, que el capitán se esforzaba en disculpar, y que a Samuel le parecieron más que adecuadas al compararlas con sus anteriores embarcaciones.

El pequeño balandro rara vez se alejaba de la costa, deteniéndose cada día allí donde el capitán conocía a alguien interesado en menudear con su carga.

La tripulación, ya mayor, dominaba el oficio, no permitiendo que Samuel hiciera nada más que permanecer sentado en un rincón. El muchacho por su parte, acataba su función intentando pasar desapercibido, especialmente en aquellos puertos donde se topaban con barcos de la marina. Su condición de desertor hacía que hundiese la cabeza sobre los hombros cuando se aproximaban a cualquier soldado o nave militar. Por precaución, él nunca desembarcaba, limitándose a pasear sobre la borda para desentumecerse.

La bandera extranjera y la edad avanzada de los marinos les hacía viajar sin miedo a un enrolamiento forzoso, llegando en una ocasión a entablar conversación con un oficial que pretendió requisar víveres para la contienda.

—En estos momentos, cargo herraduras, anzuelos, martillos, collares y lana virgen —explicó el capitán, olvidando intencionadamente los abundantes frutos secos—. Dudo que ninguna de mis posesiones pueda ayudaros en vuestro cometido.

El oficial tomó dos martillos que seguramente, acabaron en su propia casa, y un collar que le regalaron con ánimo de zanjar amigablemente la cuestión.

Había perdido la cuenta de los días de viaje cuando una mañana escuchó infortunados murmullos. Samuel se incorporó para indagar. Aquellos marinos no se alteraban con facilidad.

—¿Qué sucede? —preguntó al capitán.

—Los hombres tienen miedo. Nos acaban de informar que hay algunos barrios apestados el Londres, aunque al parecer, todo está controlado. No os preocupéis, venderemos aquí nuestra mercancía, un paquebote la llevará hasta Greenwich. Allí hay hombres que compran comida y provisiones para venderlas a familias, que ante el miedo al contagio, viven clausuradas dentro de barcos. Nosotros continuaremos bordeando la costa

hasta New Forest.

Samuel se retiró conforme. Conocía aquel lugar, desde allí podría ir a caballo hasta Bristol por el camino que pasaba por Bath. Pero hasta que eso ocurriese quedaban muchos días de aguantar sentado en aquel astiloso rincón.

## Capítulo 21

Cuando llegó a su casa supo que algo sucedía, demasiada quietud. Las malas hierbas habían espigado en la puerta entreabierta. El suelo estaba mugriento, y poco a poco, se dio cuenta de que alguien había estado rebuscando por la casa. Remontó las escaleras hasta el catre vacío de su padre. Un movimiento le alarmó en la habitación contigua, donde antaño pernoctaba él. Sacó su cuchillo y se aproximó sigiloso.

Entre la penumbra encontró a un anciano bajo las sábanas.

—¡Eh! ¿Qué haces aquí?

El viejo tardó en reaccionar, aún estaba dormido. Al ver al joven, de aspecto temible y armado con el puñal, se sobresaltó.

—No me hagáis nada por Dios. Yo sólo duermo aquí, me dijeron que la casa estaba abandonada.

—¿Qué ha pasado, por qué está todo revuelto?

—No sé nada, os lo juro. Sólo buscaba un lugar donde refugiarme.

—¿Cuánto tiempo llevas durmiendo aquí?

—Desde hace dos semanas. ¿Sois el señor de la casa?

—Salid de aquí. Cerraré la puerta.

—Pero...

—¡He dicho que os marchéis!

El viejo, viendo a Samuel dominado por la furia, partió de inmediato.

¿Dónde estaba su padre, qué había sucedido? Él anhelaba encontrar las cosas tal y como eran antaño. No quería que su casa se llenase de gente de mal vivir.

Era una noche nebulosa, la luna apenas lograba acariciar el empedrado para mostrarle el camino.

Adam se despertó sobresaltado, los golpes procedían de su puerta. Si era alguien con la menor decencia, debía ser urgente.

—¿Quién llama?

—Adam, abre la puerta. Soy Samuel.

—¿Qué Samuel?

—Samuel Page.

—¿Os burláis de mí?

—He estado en casa de mi padre y no le he encontrado. Ábreme.

Adam asió un largo hierro que servía para avivar el fuego y se acercó a la puerta. La imagen de Samuel era espectral, tardó un rato en reaccionar, no sabiendo si era él o no. No era el mismo mozo de meses atrás: delgado, de mirada afilada, encorvado y con su gran cicatriz. Turbado por la visita, dejó a un lado la barra.

—Samuel, durante un largo tiempo te creí muerto, luego, cuando me entregaron tu carta...

—¿Dónde está mi padre?

—¡Oh, Samuel! Tu padre... —no tuvo valor para continuar.

—¿Dónde está?

Adam movió la cabeza.

—¡Dónde está!

—Tu padre ha muerto. Lo ahorcaron hace cosa de un mes.

—¿Ahorcado... por qué?

—Le ejecutaron por la muerte del Sr. Norman.

—¡Pero él jamás haría algo así!

—Lo sé, pero yo... te creí muerto y me prometí con Emma. Tu padre enfureció y...

—¿Emma aceptó desposarse contigo?

Samuel, lleno de rabia, asió de la ropa a su antiguo compañero y, empujándole contra la pared, levantó el puño a la altura de la cara. Adam agachó la cabeza y se cubrió con las palmas de las manos; pero Samuel

no le golpeó: los golpes no cambiarían todo aquello que le había contado.

Las palabras salieron de la boca de Adam Silver aderezadas de lastima y vergüenza, explicándole cómo cuando le dieron por muerto el padre de Emma intentó casarla con Harris, cómo esta le pidió ayuda y cómo se consumaron los hechos con el Sr. Norman apuñalado y Emma en la cárcel.

—¿Y qué tiene que ver mi padre en todo esto?

—Los vecinos sabían que tu padre estaba furioso por nuestro enlace. Cuando murió el Sr. Norman, Frederick y algunos de los hombres de Christopher Harris aseguraron haberle visto salir de la casa de Emma, sin duda en falso testimonio. Se rumorea que Harris sobornó al juez. Encontraron el anillo y la medalla del señor Norman en casa de tu padre. Al ser torturado, confesó haber sido el asesino, aunque la gente que le conocimos creemos que lo hizo para evitar el suplicio. Intenté interceder por él, pero nada pude hacer ante los falsos testimonios de una docena de hombres.

Samuel soltó a Adam para llevarse las manos a la cabeza, negando rítmicamente en un vano intento de evitar que todo aquello siguiese adelante. Se iba a derrumbar. La idea de que Harris hubiera llevado a su padre a la horca no le dejaba proseguir y necesitó un tiempo para reponerse. Se reuniría con Emma, tenía que hablar con ella, necesitaba su consuelo, ahora daba igual si había paseado o no con Adam.

—¿Dónde está Emma?

—Tras la muerte de su padre, fue apresada. Intenté visitarla en prisión, pero me dijeron que ya no estaba allí. La gente dice que se ha casado con Harris para solventar sus deudas, pero no te lo puedo confirmar. Sólo son habladurías.

Samuel se desquició, que el asesino de su padre estuviera yaciendo con Emma le provocó un dolor insoportable convirtiéndole en un ser distinto, un animal, alguien al que ni siquiera él conocía. Adam intentó posar su mano en él, pero la rechazó con rabia.

—No me toques. Juro por Dios que para mí estás muerto.

Se marchó como una exhalación, dejando a Adam con la sensación de un mal sueño en mitad de la noche.

Al llegar a casa de Emma los sentimientos de celos, enfado y ansias de ver a la muchacha le oprimían el pecho. Tuvo que parar a tomar aire. Abrió la verja de madera, y avanzó hasta la entrada. Parecía mentira que ya no fuese a salir el Sr. Norman a destrozarle con su mirada inquisitoria. Golpeó la puerta: no hubo respuesta. Pensó en aguardar al alba, pero resolvió que ya había esperado suficiente y aporreó con insistencia. La madera crujió, y un resplandor a través de la ventana anunció que alguien se acercaba. Sonó la cerradura, Samuel esperó ver a Cecilia o a Emma, incluso estaba preparado para encontrarse a Christopher Harris.

Un hombre cadavérico, delgado y musculoso, se asomó extrañado. Samuel tardó en reconocerlo, Frederick, el ayudante de Harris, alguna vez lo había visto en el muelle. Cuando ambos se reconocieron el hombre, entre sorprendido y asustado, intentó cerrar de sopetón, pero la rabia de Samuel era rápida y encajó su bota en la apertura. Con un par de empujones, la fuerza animal de Samuel abrió la puerta.

—Esta casa me pertenece —explicó Frederick amenazante—. ¡Salid ahora mismo!

El esclavista intentó usar su bilis y fuerza nervuda para abrumarle, pero Samuel ya no era un chico risueño, la vida le había forjado con dolor y sangre. Empuñó con soltura la daga de caza que escondía bajo sus ropas y la llevó a la garganta de Frederick, que no opuso resistencia al ver la determinación del muchacho. Lo empujó contra la pared y aumentó la presión del acero en su cuello.

Los gemidos del hombre alertaron a dos mujeres negras que salieron de la habitación a ver qué sucedía.

—Si vienes por lo de tu padre..., te juro que no tuve nada que ver.

—¿Colocaste tú las joyas en mi casa?

—No.

—Di la verdad.

—Yo no fui, te lo juro por las sagradas escrituras. Fue Christopher Harris.

—¿Dónde le puedo encontrar?

—Él me regaló la casa, ahora es rico y respetado. Vive muy lejos de aquí.

—Repetirás todo esto ante el juez.

—¡Jamás lo haré! Mira a tú alrededor: gracias a él tengo una mansión, mujeres y más dinero del que necesito.

Frederick se lo habría pensado dos veces antes de pronunciar esa frase si hubiera conocido los métodos para sonsacar información que Samuel había aprendido de los piratas. El muchacho, rojo de ira y presintiendo que estaba implicado en el complot que acabó con Martin, se decidió a hacérselo pagar.

Le giró para sacudirle con el mango de su daga en la parte superior de la espalda. Frederick cayó al suelo como resultado de los golpes. Las mujeres, espantadas, se refugiaron de nuevo en la habitación.

Samuel le pateó hasta que apenas reaccionaba, se arrodilló daga en mano y, cogiéndole del pelo, le puso bocarriba. Su cara estaba llena de sangre y le faltaban algunos dientes.

—Me lo ha dado todo —musitó con su boca ensangrentada—. Mátame si quieres, pero no puedo traicionarle.

Samuel no contaba con esto. Le hubiese gustado ser como el capitán Van Goyen y hacer algo horrible que obligase a aquel hombre a decir toda la verdad públicamente, pero aunque estaba desbocado, él no era así. Al soltar su pelo, la cabeza de Frederick se golpeó contra el suelo. Se incorporó, y tras dejar escapar parte del animal que llevaba dentro a base de patadas, le advirtió:

—Si tuviste algo que ver en la muerte de mi padre, volveré para matarte. Lo juro.

Oprimió el arma entre sus dedos y se alejó de la casa.

—¿Samuel, eres tú?

El chico se giró sorprendido, al principio no reconoció la figura del hombre entrado en años. Era Andrew, el viejo cochero con el que apenas había intercambiado un par de palabras y que ahora le saludaba como un viejo amigo. Pese a las reticencias del muchacho, que sólo pretendía alejarse de aquel lugar, le hizo acompañarle con urgencia al cobertizo donde ahora vivía.

Andrew había llevado en multitud de ocasiones al muchacho, había escuchado sus conversaciones con la señorita, y conocía la injusticia que pesaba sobre él. Verlo vivo le reconfortó, hasta que pensó si sabría que

había testificado contra su padre.

—Cuando mataron al Sr. Norman, Christopher se mudó a la casa. Por lo que sé, la señorita Emma se casó con él para saldar sus deudas.

—¿Y Emma consintió?

—No tuvo alternativa, si no quería pudrirse en la cárcel. Se rumorea que él la forzó y la dejó preñada. Ella sabía que si no se agarraba a Harris moriría, ella y el niño que iba a traer al mundo.

La idea de que Christopher hubiera forzado a Emma y que ella llevase un hijo suyo en su interior le daba arcadas. Sentía que Harris había impregnado con su maldad todo aquello que había querido, destruyéndolo por completo.

—Andrew, mi padre...

—¡No tuve elección! Guardé silencio, me dijeron que matarían a la señorita Emma y a Cecilia si decía algo... Me mandaron a vivir a este cobertizo, donde desde entonces estoy muriendo de hambre. Malvivo mordisqueando hierbas y mendigando limosna. Desde que no me dan dinero para beber, me duele el cuerpo, me tiemblan las manos, siento como si los bichos me corrieran bajo la piel y hasta a veces, hablo con gente que no existe.

El hombre rompió a llorar, la parte de la historia que había eludido, el cómo había vendido a Samuel y a su padre por unas cuantas copas de licor, le quemaba por dentro, con un dolor inconfesable.

—Una mañana, Christopher Harris desapareció de Bristol con todo el dinero que hizo.

—¿No sabes donde han podido ir?

—No, pero Frederick sí lo sabe.

—Me temo que él no dirá nada.

—Quizás podríais seguirle. Al final de cada mes se ausenta durante unos días. Siempre viaja escoltado por varios hombres armados. Una vez, antes de que se marchasen, escuché a uno de ellos. El lugar no lo mencionó, pero comentó que iban a entregar a Harris su parte de las ganancias.

—¿Cuánto será su próximo viaje?

—La semana que viene a más tardar. Yo os podría avisar por un par de monedas que me permitiesen calmar la sed.

## Capítulo 22

Harris era un vigilante eficaz, nunca dejaba sola a Emma. Ella esperaba que antes o después bajase la guardia, pero en estos meses jamás había ocurrido. De todas maneras no sabría dónde ir, la hambruna y pobreza que la rodeaban eran unas inexpugnables cadenas. Cuchicheaba estos pensamientos con Cecilia cuando estaban a solas.

—No sabéis lo malo que es el hambre, señorita, y vos ya debéis alimentaros por dos.

Christopher solía llegar tarde y borracho. Desde que estaba en Londres, hacía poco más que vagar y esperar la llegada de Frederick con una bolsa llena de monedas. Solía mostrarse bastante amable y zalamero con ella, tanto, que se preguntaba si él habría olvidado que era el asesino de su padre; pero su carácter se tornaba en aterrador cuando algo le contravenía u ofuscaba. La primera vez que Emma intentó negarse a yacer con él, le abofeteó la mejilla con tal fuerza que cayó sobre la cama. Él la giró con furia, le quitó las ropas a tirones y disfrutó de su cuerpo sin importarle lo distante y molesta que se mostrase. Emma había aceptado la situación, había aprendido a no resistirse.

Su tripa se había hinchado, aunque aún no sentía ningún movimiento. El traqueteo del viaje no la sentó bien, llegando a sangrar durante un par de días, por lo que guardó reposo en cama durante una semana. El temor a que el niño hubiese sufrido algún daño torturaba de continuo a la muchacha, que en todo momento tuvo el apoyo de Cecilia. De vez en cuando, se le escapaban las lágrimas en recuerdo de los días felices que vivió en casa de sus padres.

Se instalaron en un edificio de dos plantas. La planta baja estaba controlada por el séquito de Christopher, consistente en una anciana y sus tres hijos, gordos, calvos y rechonchos que ya trabajaban con él en Bristol y ahora acataban sus órdenes a cambio de unas monedas que les permitían holgazanear el resto del tiempo. Como Christopher no solía estar en casa, nunca dejaban salir sola a Emma. Siempre que deseaba pasear o ir a la iglesia, era vigilada por el más joven de sus guardianes. Le solía tener tan cerca, que podía sentir su agrio aroma a sudor y mugre. El hombre era ágil y, como ya había demostrado en alguna ocasión, corría tras ella al primer indicio de huida.

Acudía con asiduidad a una parroquia cercana. Oía el culto y rezaba por su padre y por Samuel entre suspiros y lágrimas. El padre Pritchard, un hombre serio con aspecto de anciano, conocía su desdichado matrimonio, los sueños recurrentes de la joven en los que rememoraba los encuentros con Samuel y como ella deseaba morir cuando despertaba; tan sólo el consuelo de su futuro hijo conseguía sacarla de la cama. Cecilia le había

hablado largo y tendido sobre todo ello, pues ella le tenía por un hombre santo y piadoso. Él, que nunca confesó su fuente de información, se acercaba a la joven y la aconsejaba con firmeza:

—El varón no procede de las mujeres, sino al revés, por ello es él la cabeza de su esposa, y cristo la del hogar— sentenciaba parafraseando el libro de los Efesios—. Dios tiene un plan para todos, debemos resignarnos a él y buscar refugio en la oración. Si el todopoderoso ha querido desposarte con ese hombre, ¿quién eres tú para contradecir su voluntad? Ora e intenta amar a tu marido, pues es el camino que la divina providencia te ha marcado.

Emma le escuchaba atentamente intentando seguir sus indicaciones, creyendo que el sacerdote era capaz de leer en lo profundo de su alma. Rezar era fácil, pero aunque lo hubiese intentado, que no lo hizo, no podía dejar de odiar a Christopher y de anhelar a Samuel, reviviendo cada uno de los días que pasó a su lado.

Cuando quedó sumía en sus conflictos el párroco, pasó a resolver las dudas y cuestiones de otros fieles. Era un orador portentoso, inexpugnable en sus réplicas bíblicas ante cualquier cuestión. Mientras, el padre Keating, un sacerdote joven, delgado y pecoso, se afanaba por mantener en orden la iglesia siguiendo las indicaciones del párroco, que le trataba más como a un esclavo que como a un adjunto.

Una noche lluviosa, un tipo mal encarado, de pelo largo rubio y sucio, llamó a Harris con urgencia desde la puerta.

—Eugene, ¿qué haces aquí?

—Es necesario que me acompañes, Sara...

Tras ponerse algo de ropa, caminaron por las pequeñas y oscuras travesías londinenses hasta un callejón iluminado por una cristalera anaranjada. Entró alterado en el local, Rosalind le aguardaba de pie.

—¡Te prohibí que mandases a nadie a mi casa!

—La han matado... Han matado a Sara.

—¿Qué ha ocurrido?

—Un gordo baboso y bien vestido, quería hacer cosas anormales y las chicas se negaron. Entonces él ofreció una bolsa llena de dinero y Sara

aceptó. La oí pedir auxilio, pero cuando llegué ya era demasiado tarde. Tenemos al cabrón encerrado con llave en la habitación. Tienes que hacer que se arrepienta.

Christopher se acercó a la puerta que Rosalind abrió con precaución. La muchacha morena se desparramaba, descoyuntada, sobre la cama. Bajo sus lunares en forma de lágrima, su cara se encorvaba en un espantoso gesto.

Con tirabuzones marfiles, rostro blanqueado por polvos de arroz, coloretos en pómulos y un corazón rosáceo en torno a la comisura de sus labios, un tipo mayor y orondo paladeaba vino sobre una silla de oscura madera.

—Dejadme marchar, señor. No sabéis quien soy.

—Un viejo gordo al que si le arranco las entrañas y se las arrojó a los perros, nadie sabrá donde las ha perdido. Seguro que en tu casa no has dicho donde ibas esta noche, ¿verdad?

El hombre, por un momento se apocó ante los bríos de Harris, arqueando sus cejas empolvadas, pero después, volvió a su aparente sosiego.

—Estáis hablando con Sir Charles Wattermann, Alguacil Mayor, y os aseguro que os arrepentiréis si aireáis el percance con esta ramera. Ha sido un desafortunado accidente.

Christopher cerró la puerta tras de sí, dejando a Rosalind fuera. La muchacha no oyó nada en un buen rato, hasta que Christopher salió con una bolsa repleta de monedas que lanzó hacia la chica.

—No querías una compensación... ¡Pues ahí la tienes! Yo me iré con mi nuevo amigo, el Alguacil. Seguro que puede atender algunos de mis intereses.

—¿Y Sara, que pasa con Sara?

—Dile a los chicos que tiren su cuerpo al río... y busca otra puta.

Rosalind escupió la bolsa de las monedas, arrojándolas a los pies de Harris.

—¡Sabes que no es este el tipo de desagravio que esperaba!

—Escúchame Ros, la providencia me ha puesto en las manos a este hombre. Él me puede abrir muchas puertas. No desaprovecharé la oportunidad por una ramera muerta. Coge el maldito dinero y tráeme a una zorra joven y nueva. Esta taberna me pertenece y te recuerdo que

aún me has de obedecer.

Christopher frecuentó otro tipo de fiestas de la mano de su nuevo amigo, a las que acudía con capa de seda y alargado sombrero negro de ala corta. El alguacil le descubrió cómo la depravación podía vestirse de terciopelo, cómo se podía comprar a mujeres que parecían nobles y cómo se podían hacer con ellas cosas que habrían hecho enrojecer al propio Frederick. Comenzó a usar peluca para ser uno más, e incluso en algunas ocasiones, pintó de blanco su rostro con polvo de arroz.

Solía regresar tarde, menos la noche en que su amigo faltó a la cita, y fue rechazado por un par de mujeres que no estaban dispuestas a vender sus servicios. Entró en casa alborotado, sin duda había bebido aún más de lo que acostumbraba. Emma cenaba en el salón.

Christopher ya no acudía a su alcoba a dar rienda suelta a sus instintos, por lo que intuía el tipo de andanzas de su marido, aunque no llegara ni a imaginar algunos de sus lujuriosos detalles.

Cuando él estaba presente, las mujeres solían callar por miedo a encolerizarle. Entre aquel tenso y duro silencio, los pequeños crujidos y chirridos eran estruendosos.

Subió las escaleras para dejar la capa y el sombrero en su aposento, un pequeño cuarto, cercano al de su esposa, que estaba vetado para las mujeres; ni siquiera Cecilia podía pasar a limpiar el catre.

—Deberíais dar conversación a vuestro marido —sugirió Cecilia cuando él no escuchaba.

—¿Olvidáis que ese hombre mató a mi padre y a mi prometido? Jamás olvidaré el daño que me ha hecho. Esta farsa sólo sigue a delante por mi hijo. Por lo que a mí me concierne, él sólo es mi carcelero.

Harris bajó sin peluca y con algo de maquillaje mezclado sobre su rostro, se sentó a la mesa, indicó a Cecilia que le sirviera y el ama de llaves trajo otro plato con presteza.

—¿Os provoca náuseas la preñez?

A Emma le ofendía la forma de comportarse de su marido. Era un ser vil que la trataba como a una esclava, y de repente, esperaba sentarse a charlar animadamente en la mesa. Tragándose su odio, optó por no responderle.

—¿Acaso ha afectado a vuestro oído el embarazo? Haría traer a un médico para que os revisara, pero están ocupados cercando la peste en el otro lado del río. La gente huye de Londres por miedo a la epidemia, pero

nosotros nos quedaremos. Nunca he temido a la muerte, y estoy mayor para cambiar de costumbres.

Emma no hizo caso a sus palabras, lo que provocó una de sus reacciones de cólera. Sus puños golpearon con fuerza la mesa sobresaltando a las mujeres. Estampó el plato contra el suelo, era la furia personificada. Se levantó rabioso, y habría llegado hasta ella si no se llega a interponer Cecilia.

—Aparta de mi camino, vieja.

—Ningún hombre tiene derecho a tratar así a una parturienta.

Él levantó la mano para abofetearla, pero la ausencia de intimidación del ama de llaves hizo que no valiera la pena, así que optó por ofenderla.

—¿Derecho?, que sabrá una alcahueta como tú de justicia.

—Sé más de lo que pensáis, no olvidéis que mis dos hijos murieron por Cromwell.

Cromwell, Harris no era la primera vez que escuchaba a la mujer hablar de él, y sabía que el airear su lado oscuro podía hacerle más daño a Cecilia que cualquier otro golpe.

—Cromwell... —Sonrió—. Os diré algo de Cromwell, yo luche junto a él.

—Pues no aprendisteis nada de su moralidad.

—¡Ah, en eso estás equivocada! Cuando era joven me alisté como piquero en el Nuevo Ejército Modelo para ir a luchar a Irlanda, pretendíamos extender los valores puritanos por toda la isla. Con mi pica defendí a los mosquetes de los ataques de caballería. Lo que pensábamos que iban a ser unos pocos meses terminaron siendo años... Una noche acorralamos la fortaleza de Drogheda, era un punto estratégico, con los cañones hicimos dos agujeros en los muros y Cromwell nos mandó entrar por ellos. La primera carga murió por completo, aun así, mandó a una segunda y después una tercera, en la que yo me encontraba. Jamás he visto matanza semejante. Cuando entramos en la ciudad, Cromwell olvidó sus beaterías: saqueamos y matamos. Fue la primera vez que maté a alguien a sangre fría... —hizo una pausa pensando, y añadió sonriendo—... y mi primera vez de todo.

—A Cromwell no se le puede pedir cuentas por lo que hicieran sus hombres.

—Ese bastardo no era ningún santo. No me crees, ¿verdad? Pues escucha, vieja necia, muchos irlandeses corrieron a refugiarse junto a sus familias

en la iglesia. Cromwell en persona nos ordenó cerrarla con bancos y prenderla fuego, a mí, al muchacho, como entonces me llamaban, me tocó tirar la primera antorcha. Aquella noche entramos hombres entre las murallas, y la guerra nos transformó en bestias antes de salir de ellas, gracias a las ideas de Cromwell, así que no me extrañó que lo desenterrasen y lo colgaran. Cuando lancé aquella primera antorcha pensé que Dios jamás me perdonaría, pero mírame... tengo dinero, me he casado con una hermosa doncella y me codeo con la aristocracia, no sabría que más pedir a la vida.

Cecilia se quedó lívida de la impresión.

—Fuimos doce mil a Irlanda y regresamos sólo tres mil. A mí me dieron un puñado de tierras que vendí para emprender mi negocio de esclavos.

La mujer se retiró llorando, mientras él se subía hacia la habitación saboreando su victoria. Sabía que su historia le había atravesado el corazón. Eso le enseñaría a no interponerse en su camino.[1]

Cuando Emma se retiró a dormir, él se acercó y se tumbó sobre ella para satisfacer sus impulsos.

—¡Cuidado! Desde hace unos días expulso sangre. Por favor, tened aguante, según Cecilia, pronto llegará el parto.

—Entonces, buscad otra forma de satisfacerme.

—No sé de qué habláis.

—Estúpida... ¡Vístete!, esta noche te enseñaré como actúan las mujeres de verdad.

Conociendo la poca paciencia de su marido, la muchacha se puso un vestido con presteza.

La ciudad le daba miedo por la noche. En la maraña de callejuelas oscuras, la luna resaltaba el contraste de las maderas ordenadas geométricamente sobre las grises paredes. Anduvieron hasta el pasaje iluminado por la tenue luz de la taberna regentada por Rosalind, sin toparse con más vida que la de unos gatos y un par de borrachos perdidos en la lejanía.

Cerca de la cristalera, descansaba un mendigo. Ataviado con una andrajosa ropa marrón, sombrero de fieltro, barba y un gran pañuelo

sobre los ojos, sostenía en una mano un cayado, extendiendo la otra en busca de limosna.

—Ayudad a un ciego —gemía sin fuerzas.

Christopher abrió la puerta. Emma reconoció el rostro de Rosalind que estaba de pie con su fea sonrisa. También creyó reconocer las sombrías caras de algunos de los antiguos ayudantes de Harris, especialmente de Eugene, el tipo de melena desgarbada y rubia que vigilaba la sala con sus ojos abultados.

Rosalind se acercó con extrañeza a Harris, desde la muerte de Sara su trato era frío y punzante. Ella aún se sentía dolida porque él no había valorado la vida de su amiga más que la de un perro callejero, y a él le desagradaba esta actitud, deseaba encontrar en ella a la muchacha servicial y animosa de antaño, y no a la mujer resentida que le reprochaba su falta de camaradería. Aun así, la chica nunca llegaba a explicitar su postura, sabía que era mejor, había visto demasiadas veces cómo terminaba una discusión con Harris.

—Pensé que ya no te gustaba pasar por aquí.

Christopher se la llevó a un lado para hablar mientras Emma miraba desde el marco de la puerta, sin duda era un prostíbulo. Las mujeres entre la penumbra engatusaban a los hombres que bebían, hablándoles melosamente, besándoles o acariciándoles. Una pareja se perdió tras las puertas del fondo del local, de las que emergían ecos desenfrenados.

Rosalind sirvió dos vasos de licor que Christopher y ella apuraron de un solo trago. Tras limpiarse con la manga, el hombre cogió de la mano a Emma conduciéndola a una de las alcobas mientras se quitaba la capa y el sombrero. Era una habitación azul alumbrada por cuatro grandes velas en cada uno de sus rincones, en su centro, un lecho de sábanas blanquecinas y arrugadas revelaba su utilidad.

—Presta atención. Hoy aprenderás un nuevo oficio.

Cuando sentado en el lecho terminó de desabrocharse la camisa, llegó una joven de lánguido pelo rubio. La muchacha dejó caer su vestido descubriendo su delgado y blanco cuerpo, y se detuvo para que él la pudiera contemplar. Christopher se tumbó sobre la cama, donde la chica con sus finas manos acarició su pecho de forma lasciva. Abrió la boca y la dejó caer contra aquel torso oscuro y pético. El hombre contempló con placer la compañía de su esposa que permanecía en pie, e hizo un gesto para que se acercara.

Emma comprendió que este era uno de los sitios donde su esposo solía pasar los días y ahora, pretendía que ella entrase en ese juego. Odiaba a

Christopher, lo odiaba con todas sus fuerzas. Quizás fuese el odio, o el olor cargado del local, pero la sopa se revolvió en su estómago, necesitaba vomitar, era imparable. Instintivamente colocó una mano sobre su boca y se apresuró fuera de la habitación, volcando su malestar.

Christopher, en lugar de enfadarse, comenzó a reír mientras la improvisada amante dejó de acariciarle para contemplar la escena.

Emma esperó fuera, donde podía escuchar con claridad las respiraciones y gemidos de las habitaciones. Al fin Christopher se había descuidado, era la primera vez en meses que no tenía a sus guardianes encima. Miró la puerta de la calle, tomó aire, e intentó escabullirse.

—¿Vas a alguna parte? —preguntó Rosalind cortándola el paso—. Me temo, briboncilla, que no te puedo dejar marchar. Christopher ha dado orden de irse a casa junto a ti, y aquí él es el amo, pero puedes esperar junto a mí, una mujer en tu estado no debe permanecer mucho tiempo de pie.

La chica la llevó a un rincón, donde una pequeña mesa y sillas de madera les daban cierta intimidad. Emma estaba agotada, el sudor se le acumulaba en el pelo y su tripa abultada distaba mucho de los vestidos ceñidos que lucía en Bristol. Rosalind la observó, parecía más frágil que nunca, así que su cabeza comenzó a trabajar con rapidez.

—No creas que no te compadezco. Conozco a Christopher desde cría, los dos vivimos en la casa de huérfanos, y sé cómo puede llegar a ser. Cuando era niño le dieron una paliza de muerte y su temperamento cambió, empezó a divertirse atormentando a perros y gatos. Cometió pequeños robos, y para librarse de la cárcel por uno de ellos, se enroló en el ejército. Cuando volvió de la guerra, su crueldad se había encaminado hacia las personas. Yo vivía en la calle, él me dio de comer y me buscó un lugar para dormir... aunque me forzó a joder con otros hombres para desembolsar mis gastos. Cuando le encargaron comerciar con esclavos descubrió que era un trabajo que le iba como anillo al dedo. Es un hombre muy rudo, pero debo admitir que me gusta tenerle entre mis piernas de vez en cuando, sin embargo...

Emma no quería participar en la conversación. Sabía que aquella mujer había colaborado en la desaparición de Samuel y le provocaba la misma repulsa que su marido, así que, sin responder nada, se limitó a rechazar un vaso de licor.

—Sin embargo... preferiría morir a vivir bajo su mismo techo. Me imagino que ya lo habéis intentado, ¿verdad?, quitaros la vida. Pero es difícil dar el paso cuando se siente el frío metal en la piel. Tomad —indicó con sigilo mientras sacaba un frasco marrón de entre sus ropas—. Es un veneno muy efectivo, por Dios no digáis nada a Christopher o me matará... Debéis

tomarlo de una vez o no funcionará, no sabe mal, ni provoca ningún dolor. Beber es más fácil que clavarse un cuchillo. Si no lo haces por ti, hazlo por el bebé. Es mejor no venir a este mundo, que aguantar toda la vida a un padre como él.

Guardó el frasco, mientras Rosalind se alejaba sonriente. Si su plan funcionaba, saldaría cuentas con Christopher y la indiferencia con que había asumido la muerte de su única amiga.

Todas las noches, sacaba el frasco y lo contemplaba pensativa. Sopesó la idea una y mil veces. ¿Acaso tenía alguna otra esperanza? ¿No sería la propia mano de Dios la que le habría hecho llegar aquella forma de unirse con Samuel? Se preguntaba contagiada del clima de melancolía que se había extendido por Londres. Cecilia que conversaba en el mercado con otras mujeres, aseguraba que la cola de un cometa que se divisó meses atrás había apestado la ciudad, y que sin duda era la causa de la epidemia, que aumentaba cada día y amenazaba con cruzar el río.

Despertó sobresaltada. El ama de llaves vino veloz desde su cama.

—¿Ya viene el niño?

—No, Cecilia. He tenido un mal sueño. Había muchos cuerpos muertos sin enterrar. La gente lloraba...

—Es un mal presagio, señora. La gente dice que un astrólogo ha predicho la destrucción de Londres en este fatídico 1666, y son muchos los que afirman ver ángeles o espectros. Anteayer, en una calle, había un grupo de señoras que aseguraban ver un ángel en un árbol. Yo miré, más no vi nada, muchos dicen que es simple hipocondría.

—Cuando le noto moverse en la noche, me pregunto cómo será su vida junto a Christopher.

—No os apuréis señora y rezad, que dicen los clérigos que el Señor siempre escucha, en especial en estos días.

El parto no tuvo complicaciones aunque fue doloroso. Cecilia y una matrona experimentada ayudaron a la muchacha. La criatura se abrió

camino desde sus entrañas, desgarrando la piel.

Nació una niña fuerte y sana, de ojos castaños y despiertos. Cuando la muchacha la vio, comprendió las palabras de Cecilia, no habría soportado perderla en esos momentos. Merecía la pena aguantar a Harris por estar junto a su criatura. Sintió una alegría sin fin, un sentimiento distinto y profundo que removía todo su ser.

Aquella niña hacía crecer en su interior una nueva fuerza, ahora se sentía acompañada por Samuel, su recuerdo y su sangre siempre estaría en esa tierna criatura. Intentaba imaginarse cuál sería la reacción que habría tenido Samuel ante su hija. Quien hubiera imaginado años atrás que del fruto de su amor con el alegre muchacho que les visitaba a la salida de los oficios fuera a surgir aquella nueva personilla.

—¡Mira, Samuel, una niña! —exclamó la parturienta en un intento desesperado de llamar la atención del más allá—. Tenías razón Cecilia, hay que luchar por la vida.

Un gran cariño cómo ese, pronto tuvo asociado un miedo del mismo tamaño: ¿Le haría algún daño Harris? ¿Crecería junto a él? ¿Descubriría que no era hija suya?

Para Christopher fue una gran desilusión.

—¡Una niña! Pensé que por trescientas guineas al menos engendraría un maldito varón —rumiaba ante los porteros.

Dar de mamar a la niña resultó ser una dura y dolorosa tarea a la que tardó en acostumbrarse.

—Le duele porque tiene una grieta, es normal que pase —le recordaba Cecilia—. Los hijos desde pequeños nos hacen sufrir, mientras nosotros avanzamos con la esperanza de verles crecer sanos y felices. [2]

[1] En 1661, coincidiendo con el aniversario de la ejecución de Carlos I, el cuerpo de Cromwell y el de dos de sus colaboradores fueron exhumados y sus cabezas expuestas en picas en Westminster Hall.

[2] Varios autores, entre ellos Daniel Defoe, atestiguan la especie de "histeria" y pesimismo que vivía la ciudad de Londres en 1666.

## Capítulo 23

Samuel se revolvía en el catre. Dormir en aquella caseta no era una faena fácil. El interior de la cabaña, ahora maloliente y llena de los cachivaches de Andrew, traía a su memoria los momentos que disfrutó allí en compañía de Emma. Aquellas imágenes, sonidos, palabras y sensaciones que hasta hace unos días eran hermosos y reconfortantes recuerdos, se habían vuelto puñales dolorosos. La imagen del contratista conquistando el cuerpo de Emma le hacía hervir la sangre. Les imaginaba mezclados en una cama, sudorosos, con la muchacha entregándose tal cual se había entregado a él, y eso le dolía, le enfurecía y entristecía a la vez. Además ahora, con el aspecto que lucía, quizás Emma no quisiera ni mirarle. Aquellas ideas quedaban soterradas por los nervios cada vez que pensaba en qué ocurriría cuando se encontrase con Christopher. Por otro lado la cercanía de Frederick y una cierta desconfianza hacia el cochero y su labor de vigilancia le hacían permanecer alerta ante el menor ruido.

Apenas había conciliado el sueño cuando Andrew, que el día anterior le había avisado de la inminente marcha, le despertó.

—¡Ya hay movimiento en la casa! —informó el viejo.

Tirando de su caballo se encaramó en una colina desde donde podía curiosear sin ser visto. Frederick y sus acompañantes montaron en un carruaje dirigido por un mayoral de sombrero triangular.

Samuel fue prudente al iniciar su marcha, siguiéndoles a suficiente distancia como para no ser descubierto. Como el carro abultaba bastante, era fácil distinguirlo en la lejanía. A media mañana se detuvieron a descansar los caballos y darles de beber en la orilla de un río, donde varios aldeanos pescaban.

Samuel atendió la pesca por matar el rato. Los hombres estaban metidos en el agua hasta la cintura. Tres de ellos creaban un triángulo con una red grande cortando el paso del río, mientras que los otros dos asustaban a las criaturas con redes más pequeñas atadas a palos. Finalmente cerraron la red grande sacando un par de buenos ejemplares amarrados a la misma.

El carruaje reanudó el camino sobre un puente de madera, que resonó al trote de los corceles como si fuese un enorme tambor. El camino estaba mejor perfilado y aumentaba en número de viajeros que deambulaban en dirección contraria. La mayoría de ellos venían a pie. Un hombre que viajaba acompañado de una embarazada y tres niños pequeños se acercó a él.

—Señor, tened piedad de nosotros, ¿no tendríais algo de comida que os sobre?

—No me sobra comida, pero estoy dispuesto a compartirla por algo de información, ¿de dónde viene esta gente?

—Venimos de Londres, señor, huyendo de la peste, por eso nadie quiere que nos acerquemos ni nos dan trabajo o cobijo. Fuimos en busca de un oficio en la ciudad o en las minas, y volvemos en una situación desesperada, huyendo como miserables. Nadie quiere trato con nosotros, además no hay faena. Apenas hay grano que recoger. Los beneficios que dan la carne, el cuero, la grasa o la lana son mucho mayores que los cultivos de cereal, por lo que los dueños de las tierras han cambiado la avena o el trigo por pastos y los jornaleros nos morimos de hambre.

—Está bien. Tomad, es todo lo que os puedo dar —aseguró ofreciéndole un trozo de pan y otro de queso.

—Dios os bendiga, señor.

—Me temo que Dios hace tiempo que me ha abandonado.

La noche cubrió con su manto el verdor. El carruaje paró a pernoctar en la posada de una pequeña aldea. Estaba dispuesto a permanecer en vela toda la noche, no quería que Frederick partiera mientras dormía.

Se acercó a una familia que al amor de una hoguera tocaban flautas de hueso. Sin duda el aspecto de Samuel les sobresaltó, porque el padre acercó una espada.

—Preferimos no tener compañía de desconocidos, señor. No os lo toméis a mal, es simple precaución, no sabemos si estáis o no afectado por la plaga. Pero si queréis podéis llevaros una rama con fuego para crear vuestra propia lumbre.

—Gracias, me acercaré por ella en cuanto amontone algo de leña.

No dormirse era difícil, sin nada que hacer, sentado cerca de la lumbre y arrastrando el cansancio del viaje y el sueño de la noche anterior. De vez en cuando metía un pellizco al hatillo y sacaba algo que llevarse a la boca para intentar despejarse, sabía que si cerraba los ojos caería en el sueño. El problema fue cuando sus ojos decidieron por él, y se negaron a permanecer abiertos. Comenzó con parpadeos lentos, eternos, en los que veía a Emma, Van Goyen, Patrick o a su padre, y continuó con extraños sueños en los que intentaba despertar. Sin perder del todo la conciencia, en mitad de sus pesadillas oyó relinchar a su caballo de una forma alarmantemente real. Se incorporó para ver a dos ladrones de gorros anchos que aprovechando la oscuridad pretendían llevarse a su animal

cortando las ataduras. Uno de ellos se encaramó sobre el corcel, el otro atacó a Samuel con un largo bastón.

Esquivó el golpe echándose a un lado y desenfundó su daga. El atacante, sorprendido por el arma, huyó. Corrió tras él y, en un gesto de desesperación, lanzó un ataque impactando en el hombro del ladrón que continuó su fuga hasta una pequeña ladera.

Una piedra golpeó la cabeza de Samuel con tal fuerza, que cayó hacia atrás perdiendo la visión durante un instante. Cuatro cantaros más sobrevolaron amenazantes. Corrió tras unos matorros, donde pudo distinguir voces de niños que huían en la oscuridad.

Cuando se repuso del golpe, comenzó a sumir la realidad. Le habían robado el caballo y a pie, no podría seguir al carro. Despertó a algunas familias con intención de comprar un nuevo rocín, pero nadie quería desprenderse de su medio de transporte hasta llegar a la ciudad, además, con el dinero que le quedaba tampoco podía ofrecer un precio ventajoso.

Con las primeras luces del alba, el carro continuó su rodaje mientras Samuel con desesperación se encaminaba tras él.

Entró en la posada, buscando algún medio de transporte.

—Posadero, necesito vuestra ayuda. Unos hombres han robado mi caballo.

—Lo siento, señor, no puedo socorrer a todos los que desvalijan los pillos por estos caminos. La gente se traslada con sus pertenencias a la ciudad y los rateros se aprovechan de ello.

—Por casualidad no sabrías adónde se dirige el carro que acaba de partir.

—¿Pues, dónde habría de ir? A Londres.

—¿Y no conocéis algún otro detalle que me pudiera ser de provecho?

—¡Ah, señor! Yo no me inmiscuyo en los asuntos que no son de mi competencia.

El posadero se fue a un lado, por lo que Samuel intentó llamar su atención con las monedas que conservaba.

—¿Tenéis algún caballo en venta?

—¿De cuánto dinero hablamos?

Por la cantidad que le quedaba no le ofrecieron ni un asno. Marchó a pie, advirtiendo con impotencia como el carro se escapaba de su vista.

—Quizás sufran algún percance que me permita alcanzarlos —pensaba con desesperación.

Recorrió caminos de tierra, atravesando campos amarillentos de avena que aldeanos de sombreros marrones semicirculares, de la misma tela que sus pantalones, recogían siega en mano. Dos mujeres recogían unos pasos atrás las espigas que los hombres habían descuidado, guardándolas en un delantal anudado que hacía las veces de bolsa. Otra mujer de falda roja y delantal blanco cocinaba gachas para almorzar sobre unas ascuas cercanas. El perro que descansaba a su lado, salió corriendo hasta Samuel para ladrarle con fuerza enseñándole los dientes, hasta que un tipo que montaba en una burra y parecía controlar aquella fracción del campo lo llamó con un graznido.

Un par de carros repletos de paja pasaron a su lado. Les suplicó ayuda para recorrer el camino; pero el aspecto desaliñado de sus ropas, fiero de su cara, y la capa que ocultaba su arma le hacían parecer un salteador, por lo que los lugareños procuraban rehuirle, no atendiéndole o buscando una excusa para evitarle.

—Apenas cruce la colina, iré hacia el pueblo —se justificó el último del día sin detenerse.

Atravesó puñados de casas de adobe y paja, en las que los niños se amontonaban en la puerta guardando algún que otro cerdo o gallinas. Los chicos ya parecían hombrecillos, con sucios trajes de paño y sombreros que protegían del sol, las niñas solían llevar cofias o pañuelos a la cabeza y amplias faldas. Las madres, que supervisaban a la prole, miraban con desconfianza al extraño.

El sol se agotaba, al igual que sus esperanzas de alcanzar a Frederick. Durmió escondido en el bosque por miedo a que le robasen la comida y el arma.

En el hueco de un árbol, perdido en la oscuridad de la noche pensó que había perdido la oportunidad de encontrarla. Temió que fuese mejor así, que quizás ella no quisiera ser encontrada. Que prefiriera una vida rica y acomodada junto a aquel hombre. ¿Qué podía ofrecer ahora él? Tan sólo una cara ajada, un andar encorvado y una orden de búsqueda como desertor de la armada. Aun así tenía que encontrarles, Harris tenía que pagar lo que le había hecho a su padre, bebería del oscuro odio que había germinado en el interior de su alma y que afloraba en la parte sana de su cara en forma de arrugas perpetuas.

La claridad le despertó. Sacudió las hojas y la tierra de su ropa y reanudó el camino entre una fina lluvia. Los viandantes con los que tropezaba le pedían ayuda. Si no fuese por su aspecto temible, sin duda le habrían arrebatado todo a punta de cuchillo, incluso una de las veces tuvo que empuñar su arma para alejar a un bravucón que pretendía registrar sus pertenencias.

Al atardecer oyó un carro que iba hacia Londres. Un hombre de frente despejada y cara delgada gobernaba los seis caballos que tiraban del mismo. Samuel reconoció al antiguo pretendiente de Emma, y comenzó a gritarle.

—¡James, James!

El carro pasó de largo en un principio, pero el hombre aflojó el paso para atender a la llamada.

—James, ¿no os acordáis de mí? Soy Samuel, el prometido de Emma Norman. El mayordomo tardó en reconocerle.

—¿Page? Os daba por muerto.

—Lo sé. Voy en busca de Emma, creo que ahora vive en Londres.

—Montad, viajo a la ciudad. No tengo tiempo que perder.

En cuanto subió, James azuzó a los caballos.

—Elena, mi hija, está muy enferma. Mi mujer se ha quedado velándola. He tenido que llevar a mis señores a la casa de Campo, y ahora debo volver para cuidar sus posesiones... Mi hija... —el mayordomo enjugó su llanto sin poder hablar. Mudó de nuevo el semblante volviendo a su cordial serenidad—. Nadie sabe bien de donde vino la peste, algunos dicen que de Holanda. La llamamos la mano de Dios, porque sólo él sabe el motivo por el que va llamando a sus fieles... Cuando se contagiaron los habitantes de Long Acre, las autoridades intentaron ocultárnoslo. Después se extendió a St. Giles y a varias calles cercanas, tras unos meses apareció en muchas otras parroquias. La gente infectada lo disimulaba para que sus vecinos no le dejaran de hablar y no les dieran de lado... Cuando aumento el calor, el contagio fue mucho más rápido. Entonces fue cuando nobles y ricos huyeron al campo. Los señores nos ordenaron hacer viajes para sacarles de allí, a ellos y a sus más valiosas pertenencias, mientras que nosotros debemos permanecer en Londres para cuidar el resto de sus propiedades. A mi hija y a mi mujer las han encerrado en la casa, y han puesto un guardián día y noche para que no puedan salir de ella. He rezado todo el camino para que el Señor las mantenga a salvo hasta mi regreso.

Aunque James avanzaba lo veloz que las bestias permitían, no llegaron a vislumbrar a Frederick, la ventaja que les separaba debía ser considerable.

Las casas eran frecuentes, llegando a rodearles cuando entraron en la ciudad, muchas de ellas albergaban negocios en sus bajos. Samuel aprovechó que James compraba provisiones para preguntar al tendero.

—Por casualidad, no habréis visto pasar un carro tirado por cuatro caballos.

—Todos los días —se mofó sin mirarle.

La conversación se disolvió ante la rabia del muchacho que acrecentó la lucha interna de sus dos yos; uno anhelante de venganza y de odio, con ganas de matar a Harris y reprochar a Emma, y otro deseoso de ver de nuevo los ojos de su amada y estar cerca de ella, por mucho que le pudiera doler.

La escena se repitió en una fragua y en una sombrerería cercana. Sin duda las entradas de la ciudad, eran sitios de trasiego, lo que imposibilitaba localizar a un carro en concreto.

James, que ahora administraba la casa, le ofreció pasar la noche en el establo de los Hamilton.

—Puedes dormir en las cuadras, alejado de la enfermedad de mi hija. No debes acercarte a los contagiados, los efluvios del aire que respiran pueden llevarte la enfermedad.

Cabalgaron por calles principales, y por otras tan estrechas que apenas cabía el carro, hasta alcanzar una solemne hacienda. En una tapia anexa al enrejado habían pintado una cruz roja para señalar la epidemia. Un vigía, que descansaba a la sombra del muro, se levantó al verles llegar, advirtiéndoles:

—Ya conocéis las órdenes, si entráis, ya no podréis salir hasta que los médicos os declaren libres de peste.

James asintió, tranquilizando a su acompañante con un gesto de la mano. Mientras soltaba los caballos le explicó:

—No os preocupéis por el guardia. Sólo hay uno por domicilio, y esta casa tiene dos puertas.

Abandonó a los caballos cerca de las cuadras, y se apresuró a entrar en la vivienda. Samuel escuchando su lamento, no pudo evitar acercarse. James tenía cogida a su mujer de la mano. Ella estaba sentada en una

mecedora; despeinada, ojerosa y empapada en sudor, su rostro albergaba una mueca de dolor infinito.

—¡Elena, mi pobre Elena! Si al menos hubiese estado yo aquí... ¿Y su cuerpo?

—Se lo llevó el carro de los muertos.

—¿A una fosa común? Ni siquiera tendré donde llorarla.

—No hay entierros ordinarios estos días, se han acabado los ataúdes. El Ayuntamiento ha puesto una carreta que lleva a los muertos a enterrar, cuando oyes la campana hay que sacar los cuerpos... Entiéndelo, lo tuve que hacer con Elena y lo tendrás que hacer conmigo... Recé porque no te dejasen regresar, porque te quedases viviendo lejos de la enfermedad.

—No digas eso... Prefiero morir contigo, a vivir en cualquier otro lugar.

Samuel no quiso interrumpir. Acurrucado sobre los peldaños contempló el majestuoso jardín que rodeaba el edificio. Intentó salir a la calle, pero el guardián se lo impidió. Le tentó el impulso de luchar, pero recordó las palabras del mayordomo, sólo había un guardián por casa.

Tras esperar un tiempo razonable, se acercó a la pequeña mansión. James estaba sentado en el suelo junto a la mecedora de su esposa.

—Lamento molestaos, pero debo comenzar mi búsqueda.

La mujer parecía no verle, ensimismada en sus pensamientos. James le tendió una llave.

—Abre la verja de atrás. Podéis dormir junto a los caballos, y por el amor de Dios, no os quedéis dentro de la casa, este lugar está infecto.

Cuando Samuel se fue, la mujer masculló:

—Ese hombre era Page, ¿verdad? Ha cambiado, pero yo jamás olvido una cara. Seguro que aún va detrás de esa muchachita que os embruja con la mirada. Cuando escuché que habían matado al Sr. Norman, no pude evitar pensar que se lo tenía merecido por haberte despreciado.

—No pienses eso, que ese hombre me despreciase es lo mejor que me ha pasado en esta vida... Así pude llegar a ti.

Catherine intentó esbozar una sonrisa ante el alago de su marido.

## Capítulo 24

Las voces de la planta baja se oyeron con más fuerza de lo habitual, la de Frederick era una de ellas. Cuando llegaba, Christopher siempre le recibía junto a sus nuevos hombres de confianza que se encargaban de contar el dinero.

Con tanto estruendo, Emma no tuvo duda de que algo importante había sucedido. Dejó al bebé con Cecilia y se acercó sigilosamente para escuchar. Uno de los escalones de madera rechinó y ella se detuvo por miedo a ser descubierta. Desde allí les pudo oír con claridad.

—Tenía una gran cicatriz en la cara. El cabrón me golpeó con rabia. Mirad los moratones que me ha dejado.

—Aun por esas, no deberías haberte retrasado en el pago, por un momento comencé a desconfiar. Ya sabes lo que te sucederá si algún mes no me llega el dinero.

—No volverá a pasar.

—¿Estás seguro de que es él?

—Seguro, era el hijo de Martin Page. Estaba cambiado, con su cara de cerdo desfigurada por un repugnante corte, pero era él. Primero me preguntó por su padre y me golpeó para que confesara, después me preguntó por ti y por tu mujer.

—¿Y qué le dijiste?

—No le dije una santa mierda, sabes que puedes confiar en mí. Además, ¿qué le podría decir? Si llega a saber que lo de su padre fue cosa mía, me habría matado en el momento.

El más joven de los calvos abrió sus ojos al oír la declaración. Era el único de los hermanos que no estaba al tanto de la implicación de aquellos hombres en la muerte del Sr. Norman. Hasta ese momento, no sospechaba que sus hermanos hubieran jurado en falso cuando testificaron contra Martin. La sorpresa fue tal, que su boca dejó escapar algunos trozos del pan que masticaba sobre su chaleco de cuero.

—Está bien —prosiguió Harris—, mantén vigilada su casa y la de su amigo Adam. Y si vuelve a aparecer, junta a algunos hombres y mátales de una paliza, cueste lo que cueste. Descuéntalo de mi parte, ¿entendido?

—No hay problema.

Los desbocados pálpitos de su corazón estaban asfixiando a Emma, que se limitó a concentrar sus esfuerzos en silenciar el llanto mientras volvía a la habitación. Con sus manos temblorosas se abrazó a Cecilia.

—Está vivo, Cecilia, ¡vivo!

—¿De quién habláis?

—De Samuel. Ha regresado a Bristol y me está buscando. Christopher lo quiere matar de una paliza. Hablaban de algo que Frederick ha hecho a su padre...

—¡Oh Dios mío! Señora, hay algo que nunca os conté. Cuando dije que por el asesinato de vuestro padre habían colgado a un pobre hombre... Ese pobre hombre era Martin Page.

—¡Pero cómo me pudiste ocultar eso!

—Entendedlo, vos odiabais al señor Harris y yo sólo pensaba en salvaros la vida.

Christopher era un hombre desconfiado por naturaleza, y reaccionó con presteza al escuchar un crujido. Hizo un ademán a Frederick y subió las escaleras. Cuando abrió la puerta, Emma, tenía los ojos llorosos y la niña pegada a su pecho.

—Aún me hace daño al mamar —explicó con gesto serio.

—Con seguridad, eso lo ha heredado de mí.

Cuando Christopher regresó con sus ayudantes, siguiendo las indicaciones de Emma, el ama de llaves se aproximó para escuchar con su excepcional oído. Al quedarse sola, Emma se esforzó por no perder la compostura, las manos le temblaban y no paraba de sudar. La sensación de felicidad sucumbió ante la preocupación. Qué le había sucedido a Samuel, quién le había cortado la cara. Cómo se encontraría tras la muerte de su padre y cómo habría reaccionado ante su boda, ¿la odiaría por ello?, ¿no la querría ver jamás? Fuera como fuere debía advertirle sobre su marido, pero no sabía cómo. Si permanecía en Bristol, Christopher le localizaría y le mataría, estaba segura de ello. Quizá el padre Pritchard podría ayudarla:

evitar un asesinato siempre es una tarea piadosa.

Cecilia no oyó nada que en principio interesase a las mujeres, la conversación había vuelto al cauce de los sucios negocios que administraban. Al parecer los hombres estaban rabiosos por que habían perdido un barco que ellos mismos habían financiado. A mitad del trayecto tuvieron que poner a trabajar a algunos de los presos, que en un descuido, tomaron el mando y obligaron a poner rumbo a África. El timonel, por el día seguía el trayecto trazado, porque los esclavos se orientaban bien por el sol. Pero por la noche viraba el rumbo hacia el norte intentando llegar a Europa. Cuando los cautivos se enteraron del engaño, tomaron represalias matando a gran parte de la tripulación. Finalmente, consiguieron escapar próximos a su tierra natal.

Cuando la mujer se lo trasladó a su señora, ésta se quedó abstraída, recordando los momentos en los que estuvo a punto de beber el pequeño frasco de veneno y consideró:

—Si para esos infelices hay esperanza, también la hay para mí. [1]

Tras adecentarse para salir a la calle, optó por seguir con su rutina diaria visitando la iglesia. No quería que su esposo albergara la más mínima sospecha, era un hombre suspicaz.

Aunque la parroquia estaba apartada, Emma prefería ir andando. Era el único momento que se alejaba de casa. Desde que alumbró, Cecilia ya no le acompañaba al culto, se quedaba al cuidado de la pequeña Elisabeth.

Las calles que conducían a la parroquia eran bulliciosas, siempre había que estar alerta para no tener encontronazos con carros y otros cuadrúpedos que utilizaban la ley del más fuerte para atravesar como una exhalación la ciudad. Una mujer que caminaba unos metros por delante, se detuvo en seco, llevaba un elegante vestido rojo y la cara pulcramente arreglada. Comenzó a sentirse mal, perdiendo las fuerzas y el equilibrio. Estaba a punto de derrumbarse cuando Emma, que pasaba a su lado, la sujetó instintivamente.

—Ayudadme a entrar en mi casa, os lo ruego.

—¿Vivís cerca?

La mujer señaló un portal, y la muchacha le ayudó a tenerse en pie. El guardián mantuvo una distancia prudente, mientras su señora abría la puerta e introducía a la enferma en su morada.

La depositó sobre un sillón y contempló la estancia abarrotada de cuadros de cristos, santos, ángeles y escenas bíblicas. Jamás había contemplado

tal imaginería, pues su culto no era partidario de las representaciones.

Vasijas de pintura, pinceles y otras sustancias de nuevos olores llamaron la atención de la joven que recorría con sus sentidos cada insólito rincón.

—Me encuentro mejor, aunque os agradecería que me acercarais algo de agua.

Emma recorrió la sala hasta una estrecha cocina. Encontró una frasca de agua sobre un horno de leña. En una alacena cercana encontró una taza que rellenó entre el olor de las manzanas verdes que se desparramaban sobre una mesa de madera.

—¿Sois pintora? —preguntó mientras le entregaba la bebida. La mujer afirmó con la cabeza.

—Mi padre lo era, y yo he heredado su oficio. Pinto cuadros que vendemos en Italia. Ahora estaba acabando de retratar a San Pablo.

Junto al cuadro casi terminado del fariseo reconvertido, se alzaba otro que fascinó y horrorizó a Emma por igual. En la colosal pintura de un realismo salvaje, una joven, ayudada por una anciana, decapitaba a un temible guerrero. Un escalofrío recorrió su espalda mientras contemplaba el río de sangre que surgía del cuello hasta casi derramarse fuera del lienzo.

—Nunca habíais visto el cuadro de Judit, ¿verdad? Es una copia del que hay en...

La mujer no terminó la frase. La taza se desprendió de su mano, rompiéndose contra el suelo. Cuando Emma se volvió, ya estaba muerta. En aquel momento la muchacha comprendió la amenaza de la peste y, temerosa, salió corriendo de la casa.

Su calvo guardián la siguió a más distancia de la cuenta mientras voceaba:

—¿Por qué la habéis tocado, acaso no habéis visto que estaba apestada?

—No parecía enferma, hace un momento caminaba.

—A algunos les pasa —comentó el hombre, más avezado en los temas de la calle—, no saben que llevan el mal, pero la gangrena les come por dentro.

El calvo continuó hablando de la enfermedad, pero ella no lo escuchó. Otras ideas le rondaban la cabeza.

Anduvo hasta la iglesia con intención de contarle lo sucedido al padre Pritchard. Cerca de la puerta, el sacerdote adjunto, delgado y pecoso, se afanaba por desclavar un madero donde se leía: "Se alquila púlpito".

En el interior un gran número de personas agolpaban sus rezos cerca del altar sin orden alguno. Otros feligreses deambulaban sin rumbo, creando un barullo hasta entonces desconocido en el templo. Al párroco no se le veía por ninguna parte y como la peste comenzaba a extenderse, Emma se temió lo peor.

El sacerdote adjunto entró presuroso. Ella no pretendía molestarle, pero la curiosidad le impulsó a preguntar.

—Disculpad, padre Keating, no he visto al padre Pritchard, ¿sabéis donde se encuentra?

—Me temo que no puedo comunicaros su paradero, porque ni yo mismo lo conozco. Cuando se enteró que la epidemia se extendía por la ciudad, salió de Londres, instándome a hacerlo junto a él. La gente está consternada: muchos sacerdotes y médicos han huido. Ahora, los que nos hemos quedado tenemos que soportar todo tipo de insultos impropios de un lugar sagrado. ¿Acaso no habéis visto las burlas que nos dedican? —preguntó mientras mostraba el letrero que había arrancado de la entrada.

Se sintió profundamente defraudada. La marcha del padre Pritchard evidenciaba que el párroco no había hecho sino ofuscarla con su palabrería. Aquel supuesto santo, que defendía la sumisión ante la voluntad divina, había huido despavorido por miedo al contagio. Con una sonrisa desesperada recordó sus palabras: "Dios tiene un plan para todos, debemos resignarnos a él y buscar refugio en la oración, ¿quién eres tú para contradecir su voluntad?". Tuvo que sentarse para soportar la ofrenda.

El joven sacerdote percibió su abatimiento e intentó serenarla.

—Perdonad mi enojo, ¿puedo ayudaros en algo?

—Acabo de auxiliar a una mujer que apenas tendría mi edad —evocó mientras rompía a llorar—. La llevé hasta su casa, la serví agua... y murió al instante. Aún veo su semblante mortecino.

—Nuestras vidas son frágiles, y estas circunstancias estimulan nuestra consciencia de ello.

—Era pintora, dibujaba cuadros de santos... Uno de ellos aún turba mi mente. Antes de morir dijo que se trataba de Judit.

Keating afirmó con la cabeza.

—Conozco la escena. Judit cortando la cabeza a Holofernes, luce en algunas iglesias católicas.

—Y por qué nunca había oído hablar de ella.

—Nosotros sólo estudiamos los libros del antiguo testamento de procedencia hebrea o aramea. El texto de Judith, proviene de la biblia griega.

—Pero conocéis la historia...

El clérigo la observó, y procurando apartar la peste de los pensamientos de la joven, le reveló:

—Sí, la conozco. Viví más de diez años con mis tíos católicos en Irlanda... Judit era una bella viuda judía de la que Holofernes, un general invasor, se enamoró. Ella aceptó ir a su fiesta, y tras embriagarle con vino y con la ayuda de Abra, su criada, le cortó la cabeza con su propia espada, evitando la matanza que se cernía sobre su pueblo. Dios no siempre está del lado de los poderosos, sino que cualquier persona puede ser un instrumento para hacer llegar su voluntad.

—¿Incluso matando?

—Matar va en contra de la ley de Dios, siempre debe ser la última de las opciones de defensa; pero sin llegar a matar, en ocasiones no practicamos otros pequeños gestos que podrían obrar el milagro en los demás. Una limosna, compartir nuestra comida o aliviar a un enfermo llevándole a su casa y ofreciéndole agua pueden ser acciones más útiles de lo que pensamos.

—O no huir cuando los feligreses más os necesitamos —respondió a modo de agradecimiento.

El sacerdote sonrió percatándose del cumplido.

—Disculpadme padre, necesito un favor. Hay un hombre en Bristol, se llama Samuel Page. Debe abandonar la ciudad, corre un grave peligro. Mi

marido tiene intención de apalearlo y yo...

—Comprendo. ¿Sabéis escribir? —Ante el gesto afirmativo de la mujer prosiguió—: Entonces, escribid una nota, aunque me temo que no puedo aseguraos nada. Por culpa de la peste los caminos están cortados y las rutas comerciales no funcionan, pero si sé de alguien que se encamine hacia Bristol, os aseguro que se la haré llegar. —Y tras una leve reverencia concluyó—: Si me disculpáis, me esperan para encabezar los rezos.

Emma siguió las señas del pastor para encontrar una mesa de madera donde había útiles de escritura. Tras reflexionar un instante, comenzó su tarea.

*“Mi amado Samuel, os escribo estas letras para advertiros del peligro que corréis en Bristol, debéis de abandonar cuanto antes la ciudad. Mi marido, Christopher Harris, os ha preparado una trampa. Ha encargado a varios hombres que os den una paliza de muerte. Os preguntaré cómo he podido contraer matrimonio con alguien así, cuando la devoción que siento por vos nunca se ha apagado...”*

[1] Aunque los motines a bordo de los barcos negreros no fueron comunes, si existieron rebeliones: más de 150 exitosas, según el boletín del comercio inglés. Aquellas crónicas se propagaron con rapidez incrementando la desconfianza y la vigilancia de los esclavos.

## Capítulo 25

Recorrió una infinidad de calles, preguntando en cada comercio o taberna que encontró a su paso, recopilando, sin proponérselo, multitud de información: que se debía matar a gatos y perros callejeros que pudieran extender la enfermedad, que se iban a eliminar festejos públicos, representaciones teatrales, luchas con escudos, juegos con osos y cenas públicas, por ahorro de dinero y alivio de los infectados, y un sinfín de chismorreos estériles que algunos vecinos se deleitaban en narrar enlazándolos de una forma u otra con los nombres y apellidos solicitados; pero nada sabían realmente de Christopher Harris o de Emma Norman.

Una pista le obligó a cruzar la ciudad llevándole a la fragua donde un señor mayor, llamado también Christopher Harris, daba forma a copas y botellas soplando sobre una masa de cristal incandescente a través de un largo tubo metálico. Tras comprobar que el artesano no tenía vínculo alguno con las personas buscadas abandonó el local.

Intentó evitar las pequeñas calles que constituían la mayor parte de la ciudad, en las que las casas se inclinaban hasta tocarse, confundiendo las pajas de unos tejados con las del otro. Esa inmensidad de callejas componía un infranqueable laberinto recubierto del estiércol y orín que se arrojaba desde las ventanas[1].

Londres estaba dividido por barrios, algunos ya clausurados por las autoridades en un intento de evitar el contagio, por lo que Samuel se vio obligado a seguir el rumbo marcado por la peste. Aunque Agosto solía ser fresco en la ciudad, ese día el sol apretaba a los viandantes. Cerca de Houndsditch, entró a preguntar en la taberna "El Pie". El tabernero tampoco conocía a Christopher. Cansado por la caminata, pidió una cerveza caliente para tomar fuerzas.

La gente a su alrededor no paraba de hablar de lo que pasaba en los barrios clausurados: gente muerta por las calles, gritos de desesperación, suicidios, familias que perdían la cabeza... En ocasiones las murmuraciones se realizaban de forma piadosa, otras veces, se hacían de forma soez y mordaz, como algunos de los borrachos de la taberna que se mofaban de un hombre allí presente que había perdido a toda su familia. El desdichado sin fuerzas para responder, se hundió sobre la mesa. El tabernero tras reprender las burlas, sirvió a Samuel.

Desde la noche de su enrolamiento, tomaba la cerveza con cuidado, sin poder evitar desconfiar de cada sorbo, mirando siempre a su alrededor. Entre el barullo, una conversación cercana llamó la atención de su oído:

—Ayer estuve allí, y cuando le colgaron... ¡Pam! Se rompió la cuerda. Tuvieron que usar otra para volverle a ahorcar... Luego le metieron en una

jaula y le colgaron entre Benson y Van Goyen, allí, frente al Támesis. Para advertir al resto de piratas.

Sin pensarlo dos veces le interrumpió:

—Disculpad, habéis dicho Van Goyen, el pirata.

—Sí, ayer colgaron a otro, ¿cómo se llamaba...? No importa. El caso es que... ¿sabéis qué pasó? Que se rompió la cuerda y cayó al suelo pateando —comentó entre carcajadas.

—¿Y a Van Goyen, le han ahorcado también?

—Sí, hace ya algún tiempo. Pero no se preocupéis: si queréis ver una ejecución, pronto habrá algún otro.

—Y sigue colgado.

—¿Quién, Van Goyen? Sí, le trajeron a tierra para ahorcarlo, el resto de su tripulación fue ejecutada en el mar. Al maldito holandés aún lo tienen colgado, huele desde lejos. Ese tipo ni muerto deja de molestar. Por cierto, ¿sabéis que estamos de nuevo en guerra con Holanda? —comentó a los otros borrachos que siguieron su conversación.

La curiosidad invadió a Samuel que, sin otra cosa que hacer, puso camino hacia el Támesis. Perdió la cuenta de las mujeres desaseadas, ancianos y niños que pese a las ordenanzas le pidieron limosna. Contestó a la solicitud de una pedigüeña de feos granos y cofia abombada que, con una tela anudada, cargaba sobre su espalda a una niña mofletuda llena de churretes. Sus ropas llenas de girones, dejaban entrever el vestido verde que llevaba debajo. Por una moneda le indicó cómo llegar hasta la jaula donde colgaba Van Goyen.

—Cuando lleguéis a San Pablo, girad a la derecha hasta el río. Es fácil, todas las cabezas empaladas están en el puente, antes de llegar a la torre.

Apenas la mujer guardó el dinero, se apresuró a ofrecer otros servicios.

—Señor, si queréis que os ayude a pasar un buen rato, por otra moneda...

Observó los dos brillos que se encendieron en aquel rostro ennegrecido de mugre, pero no estaba de humor para contestar.

En la orilla del Támesis, las casas de dos o tres alturas llegaban hasta el agua formando una larga hilera. Algunas poseían embarcaderos en sus puertas, donde paraban pequeñas barcas de remos con techos

anaranjados que resguardaban del sol y la lluvia.

Se asombró al contemplar la excepcional edificación que se alzaba sobre el río. Proviendo de una ciudad que llevaba su nombre en honor al puente que la cruzaba, pensaba haber visto todo lo que se podía ver en un puente, pero esta construcción parecía un pueblo flotante. Sobre sus numerosos ojos de piedra, varios edificios alargados se apelotonaban en cuatro manzanas, siendo las del centro las más desarrolladas. El reflejo sobre las aguas doblaba la magnificencia de la imagen.

En el otro lado del río se elevaba un edificio cuadrado sobre el perfil de la ciudad: la Torre de Londres. Recordó la historia de Sir Thomas, cuyo sequito había conocido en Escocia. Creyó vislumbrar el Whitehall y Westminster de cuya belleza le habían hablado varias veces en Bristol y que antaño habría corrido a contemplar, pero que ahora, sumido bajo un manto de tristeza, le resultaba indiferente.

El sendero se estrechaba no quedando espacio entre las casas y el agua, por lo que tuvo que volver sobre sus propios pasos y tomar una de las calles paralelas al río para avanzar.

Cuando llegó a la jaula de Van Goyen el sol se ocultaba. Aun así, pudo distinguir los restos putrefactos de su antiguo capitán. La cara decrepita conservaba su maldad. Sentado en una piedra observó el balanceo de las botas que asomaban por la jaula.

—¡Ayuda, al ladrón!

Un mocosito harapiento corrió a su lado sacándole de sus meditaciones. Instintivamente, le agarró del brazo. El niño se revolvió, mientras la voz seguía gritando:

—Me han robado el sombrero.

Arrebató el gorro al mozuelo y, distraído por el tintineo de las monedas que se desprendieron de su interior, lo dejó marchar. Tras recoger la calderilla, se acercó hasta el hombre que gritaba.

—Tengo vuestras pertenencias, señor.

—Esos bribones, no hacen más que burlarse de mí.

El hombre se volvió mostrando sus ojos cubiertos por una venda ennegrecida y una barba descuidada. Guiado por la voz de Samuel, tanteó con la mano hasta coger el viejo gorro circular. Tras guardarse las monedas en su abrigo lleno de girones, tomó una vara.

—Los malditos me roban las limosnas con las que malvivo. Algún día acertaré a alguno con mi cayado y veremos qué pasa. —Se colocó el sombrero, y atrapó el brazo de Samuel—. Permitidme aprovecharme de vuestro buen talante, señor, ¿podríais acercarme a la jaula donde está colgado el capitán Van Goyen?

Samuel, con cierta desconfianza, acercó el brazo del mendigo al cadáver. El ciego tanteó las botas y las escupió.

—Este cerdo me dejó sin vista. Cuando comprendió que mi padre no tenía dinero para pagar mi rescate, me ató a un mástil prensándome la cabeza con una cuerda. Me la rodeó con tal fuerza que los ojos se me salieron de las órbitas. Con lo que él no contaba es que en mi familia todos son militares: el almirantazgo pronto organizó mi rescate. Nadie le arranca los ojos a un Walpone y se va de rositas. Lo ha pagado con su vida.

Bajo el entresijo de vendas, pelos y harapos, reconoció a su antiguo oficial; el mismo que le secuestró aquella noche con el truco de la moneda. En parte, todo era culpa suya.

Samuel desenfundó su daga casi un palmo, pero la cercanía del gentío le hizo vacilar. Walpone levantó su mano a modo de despedida.

Le siguió hasta un callejón donde, cerca de una vidriera bulliciosa, colocó su sombrero y se apoyó en la pared para limosnear. En el local había luz, música y risas, que se escucharon con claridad cuando dos tipos de rechoncha figura abrieron la puerta para entrar.

Acechando entre las sombras, estaba dispuesto a empujarle ya mismo al infierno.

La puerta se abrió de nuevo, esta vez salió una chica. La reconoció, alguna vez la había visto por Bristol, y un sinfín de veces en sus sueños, hablando al oído de Walpone antes de su enrolamiento forzoso. Rosalind se acercó a su compañero, y tras acariciarle en la espalda, dijo:

—En menos de una hora cerraremos. —La muchacha reparó en Samuel—. Estimado Caballero, ¡no seáis tímido! Nuestro local está abierto para todo el que quiera...

La chica enmudeció al reconocerle aferrándose al brazo de Walpone que, apreciando el miedo de ella, se puso en guardia mientras inquiría:

—¿Quién sois?

—Alguien con quien tenéis muchas cuentas que saldar.

Rosalind, viendo la indefensión de su acompañante, se apresuró a interponerse ante él y le ordenó acariciándole la mejilla:

—Sólo es un fantasma, y no debéis hablar con fantasmas, porque atrae la mala fortuna.

—¿Quién es?

Samuel se acercó a la chica. Había rememorado su rostro cada vez que se lamentaba por la noche de su enrolamiento.

—Me ayudarás en mi búsqueda —aseguró desenfundando su daga, y acercándose a ella susurró—: Porque si no lo haces te juro que os sacaré las entrañas, a ti y este malnacido.

—Mi casa está llena de amigos, enfunda tu arma o gritaré para que salgan.

—Antes de que abran la puerta, en este callejón habrá dos cadáveres —amenazó acercando su acero.

—¿Qué quieres de nosotros?

—Por justicia, debería querer vuestra muerte, ya que ambos arruinasteis mi vida, pero estoy dispuesto a marcharme si me conduces ante Emma Norman.

Al oír el nombre de la chica, el antiguo oficial ató cabos.

—¡Samuel, Samuel Page! —exclamó para sí mismo mientras aferraba con miedo su cayado.

Rosalind sonrió burlona:

—Por supuesto, debí imaginarlo, la elegante y cortés señora Harris. Te diré donde puedes encontrar a tu delicada flor, pero después te irás para siempre. —Tras el gesto afirmativo de Samuel, la joven continuó—. Vive con Christopher cerca de Shadwell. Él hace tiempo que no viene por aquí, ahora se codea con la aristocracia, pero su mujer acude a la parroquia de Stepney —y añadió en tono sarcástico dejando entrever su sonrisa rota—, donde hacen ayuno y oran para liberarnos de la peste.

Samuel se perdió entre las sombras, mientras Rosalind le advertía:

—¡Ten cuidado! O ese cabrón te cortará en pedazos.

Era demasiado tarde para hacer más averiguaciones, así que regresó sobre sus pasos hasta la mansión de los Hamilton. Abrió sigiloso la puerta

trasera e intentó descansar en la cuadra.

Despertó. El sol llenaba el granero.

Se acercó hasta la casa y comprobó que James tenía las puertas abiertas.

—No os acerquéis —le previno—. Mi mujer se encuentra peor... y creo que yo estoy desarrollando la enfermedad. Sed prudente y no pongáis un pie en esta casa.

—Sólo he venido a ofrecerme para cualquier cosa que necesitéis.

—Os agradecería que dieseis de comer y de beber a los caballos antes de iros. Por lo demás, no os preocupéis. Las mismas personas que nos custodian nos proveen de todo lo que precisamos: pan, mantequilla, carne... Lo único que necesito es que Dios aleje de mi casa este mal.

Preparó el establo con todo el pasto y agua que encontró, y se marchó por la puerta secundaria.

De camino a la parroquia escuchó sombríos lamentos en el interior de algunos hogares, la peste había proliferado en el distrito de Stepney.

El templo se ubicaba en un claro. Era de piedra, rectangular y con una torre cuadrada coronada por un óvalo metálico en el que se alzaba una cruz. En el interior parecía condensarse el frescor de la mañana junto a un fuerte olor a incienso. Entre toses y susurros, varios feligreses llevaban días de rezos y ayunos suplicando a Dios que alejase la plaga. El joven y pecoso sacerdote encabezaba las plegarias siempre que sus obligaciones se lo permitían. El orden y el sigilo gobernaban de nuevo el oratorio.

La iglesia era amplia y alargada. Dos filas de columnas dividían el ancho cuerpo central, creando dos pasillos que permitían la movilidad de los parroquianos. Tras una primera vuelta al recinto, se situó tras una de las columnas, cerca de la tumba del dos veces alcalde de Londres Henry Collet.

[1] Apenas un año después, fueron muchos los que apuntaron a esta desarreglada arquitectura como la causa de propagación del gran incendio.

[1] Apenas un año después, fueron muchos los que apuntaron a esta

desarreglada arquitectura como la causa de propagación del gran incendio.

## Capítulo 26

La sombra de su huraño vigilante le seguía unos pasos atrás. Emma se había acostumbrado tanto a su presencia, que ni siquiera reparaba en él, atendiendo a carros y demás transeúntes que deambulaban con apremio por miedo al contagio.

La iglesia estaba atestada. La inminencia de una muerte cercana aumentaba la fe. El padre Keating cada día tenía más adeptos, guiando las oraciones con una seguridad antaño soterrada por el padre Pritchard. Su porte y tono de voz, ya no le hacían parecer el chico apocado de semanas atrás.

Tomó asiento cerca del fondo. Sus labios murmuraron los rezos con ritmo mecánico, mientras su mente solicitaba ver crecer con salud a su hija y reencontrarse algún día con Samuel.

Dejó pasear su mirada por la iglesia, reconociendo algunas caras, hasta parar en un hombre que sobresalía tras una columna. Sus ojos parecían cansados de buscar y su rostro exhibía una horrible cicatriz. El corazón le dio un vuelco. Si no hubiera sido por la descripción que había dado Frederick jamás le habría reconocido, delgado, malencarado y con un gesto grave labrado en su rostro. Se levantó y anduvo hacia él.

Ambos se miraron. Ella rompió a llorar derrumbándose sobre él, que no pudiéndola ver sufrir, la abrazó. Ante las inquisitorias miradas de los parroquianos, sus bocas se acercaron con una mezcla de anhelo, inquietud, dolor y consuelo, no pudiendo evitar un largo y doliente beso.

—Me dijeron que habías muerto. Cuando apresaron a Van Goyen aseguraron que toda la tripulación de tu barco falleció, excepto un oficial y un tal David.

—Yo soy David.

Emma le contempló de nuevo, su mano subió hasta la cara rasgada.

—¿Qué os han hecho?

—Nada que me haya causado más dolor que vuestro matrimonio.

Durante un largo silencio ella no pudo mirarle a los ojos.

—No tuve elección, tuve que hacerlo... ¿El padre Keating no os ha entregado mi carta? En ella os explico todo.

—No sé nada de vuestra carta —aseguró negando con la cabeza—. ¡Vayámonos, huyamos lejos de todos!

—No podemos, Samuel, hay algo que debéis saber.

Emma distinguió al guardián calvo en la puerta de la iglesia, y apremió a Samuel para que se escondiese tras una columna.

—¿Qué pasa, es Christopher...? Vengo dispuesto a enfrentarme con él.

—No, no lo entendéis. Mi casa siempre está custodiada por tres hombres, antiguos militares y socios de Harris.

El vigía, extrañado de no encontrarla sentada, escudriñó cada banco y rincón.

—Uno de esos hombres está aquí. Si cuenta a mi marido que os ha visto, perderemos por siempre a nuestra hija. —Ante el gesto estupefacto de Samuel se apresuró a exponer la situación—: Cuando os fuisteis estaba encinta. En aquellos dichosos momentos que compartimos en la caseta concebimos a Elisabeth. Es una niña sana y fuerte. Samuel, debéis conocerla. Tuve que casarme con Harris para conservarla, para preservar el fruto del único amor que he tenido.

Las investigaciones del guardián calvo llegaron a la columna donde se ocultaban. Al ver entre la penumbra la figura de Emma, se acercó con paso firme.

—Señora, os he dicho que no habléis con...

Al contemplar la gran cicatriz, el gesto del hombre se tornó en hostilidad.

—Esto no le va a gustar nada al señor —ladró mientras retrocedía asustado.

La lentitud de los primeros pasos en los que se preguntaba si debía atacar o no a Samuel, dejó paso a la precipitación: había decidido ir a informar a Harris.

—Detenedle, detenedle o perderemos a nuestra hija.

Samuel no podía digerir tan rápido semejante información. Sentía en su cabeza la furia de las emociones que se agolpaban, alegría y perplejidad por ser padre, rabia e impotencia por el matrimonio de Emma, y cólera por su reclusión. Apremiado por la urgencia corrió tras el guardián, que era más veloz de lo que en un principio pudiera parecer. Seguirle por el llano que circunvalaba la iglesia fue fácil, pero la tarea se complicó cuando se adentró en la maraña de callejuelas. Samuel desenfundó su daga y se

dejó guiar por el oído y las imágenes fugaces de su perseguido.

Al girar una esquina, el filo de un cuchillo surcó el aire hacia su pecho. Instintivamente dio un paso atrás, y el arma sólo arañó su ropa. Comenzó la lucha cuerpo a cuerpo, en la que la daga de Samuel, mucho más larga que la navaja, se impuso con facilidad hiriendo en un brazo a su oponente, que al verse en desventaja, retomó su huida desesperada.

Tras varias calles y un giro brusco en una esquina, estalló un enorme golpe hueco, cascos de caballo, reprobación del jinete y mucho ruido. Guiado por el estruendo, Samuel emergió de las callejas. El guardián calvo, apoyado en la pared, intentaba ponerse en pie. Parecía tener algún hueso roto en la pierna, pero estaba consciente. Al ver la daga, sus ojos se abrieron, mientras su cabeza intentaba algo.

—Sé algo importante que tú no sabes. Si no me haces daño, te lo diré.

—Hablad.

—Juradme por vuestro honor que no me haréis daño.

—Hablad, os lo juro —aseguró mientras guardaba el arma.

—Sé que ahorcaron a vuestro padre, pero en contra de lo que creéis, fue Frederick, y no mi Sr. Harris quien lo dispuso así. Frederick discutió antaño con vuestro padre y decidió resarcirse inculpándolo por un asesinato que no había cometido. Hace poco vino a casa para pavonearse de cómo os había engañado en Bristol la noche que le atacasteis.

Samuel, ciego de odio, desenfundó el arma.

—¡Pero jurasteis por vuestro honor!

—No creo que pueda exigir honor alguien que se dedica a confinar a una muchacha.

El guardián apenas pudo emitir un leve gemido ante el golpe certero.

—Sí alguna vez tuve honor —añadió mientras enfundaba—, tu Sr. Harris consiguió arrebatármelo.

Cuando Samuel regresó a la iglesia, Emma ya no estaba allí. Posiblemente habría ido hacia su casa por miedo a que tomasen represalias contra la niña.

Corrió en dirección a Shadwell. En mitad de aquel caos en el que se habían convertido las calles, la vio. Voceó hasta que se giró, y sus ojos se encontraron de nuevo. Ante una pregunta silente de ella, Samuel

respondió:

—Lo he hecho. Ya no tenéis que preocuparos por ese hombre.

Se abrazaron entre lágrimas. Samuel besó sus labios y acarició su pelo hasta llegar al cuello, topándose con la cadena que sostenía el diminuto corazón dorado. Aquel pequeño metal condensaba la historia de los amantes, evocando en sus recuerdos la pasión, las ilusiones, el desaliento y ahora, una esperanza de reencuentro.

—Siempre lo he llevado, era una manera de teneros presente. Os amo, vivo o muerto, os amo.

—Recogeremos a nuestra hija y nos iremos. Me enfrentaré a quien sea necesario.

—¡No, debemos esperar! Los hermanos de ese hombre custodian mi casa. Ellos saben que estáis vivo y creedme, enfrentarse a dos de ellos es una locura, les he visto despachar mendigos y otros maleantes. Tened paciencia, pensaré en alguna solución, alguna excusa con la que poder salir...

—Creo que en estos meses he agotado toda mi paciencia.

Ella le miró, y el miedo a ser rechazado volvió a Samuel; pero pronto se disipó al sentir cómo le rodeaban los brazos de la joven. Paladeó la sensación del cuerpo de la muchacha, su tacto suave y delicado. Devolvió el abrazo con ímpetu, envolviéndola como una tela de araña, y la arrastró hasta una pared cercana donde consumó un largo beso. Notó cómo en aquel delicado pecho se aceleraba el corazón y cómo los brazos de ella le estrechaban cada vez con más fuerza.

—Os amo —repitió ella—. Os amo con todo mi alma.

—Yo también os amo. No importa lo que hayáis hecho o con quien estéis casada, os amo y sólo deseo que permanezcamos juntos.

—Yo sólo os debo fidelidad a vos. A vos y a nuestra hija.

Emma deseaba quedarse por siempre allí, quedarse con el hombre que la idolatraba, que le hacía nacer la alegría y la fuerza de lo más profundo de su corazón, que le había dado a su hija... ¡Su hija! Debía de ir a protegerla, si Harris sospechaba algo, lo podía pagar con ella. Buscando fuerzas en ese sentimiento despegó los brazos con pesadumbre. Nada de lo que había hecho estos meses, ni la cárcel, ni soportar a su marido, le dolió tanto como el separarse de aquel abrazo, y a él también, notaba su deseo. El gesto del muchacho mudó al comprender que no podían prolongar su encuentro. Pero ahora ella era madre, y tenía que velar por

su hija. Su casa era un lugar peligroso.

—Debo ir a cuidar a la niña. Si Harris sospecha...No temáis, intentaré buscar un descuido para huir con ella. Esperadme en la iglesia dentro de dos días. El padre Keating nos ayudará a buscar refugio. Ahora debo marchar —aseguró intentando recobrar la entereza—, para que no parezca que me he involucrado en nada excepcional.

Sus pasos irradiaron un profundo dolor en el pecho de Samuel. Un dolor sordo, su alma se partía de nuevo en dos. Aunque su cabeza entendiese los argumentos de Emma, su corazón no. Se mantuvo cerca de ella, siguiéndola como un cazador a su presa, hasta que llegó a la casa. La muchacha paró, enjugó su llanto y le hizo una seña de despedida antes de adentrarse en aquella cárcel que llamaba hogar.

Espiando entre las sombras, decidió someterse a las indicaciones de Emma, al fin y al cabo, ella conocía mejor la situación y el que le viesen por allí no podía sino empeorar las cosas. Optó por marcharse y esperar los dos días convenidos.

Camino a la vivienda de los Hamilton, la desesperación se iba apoderando de aquella zona de la ciudad. Los sollozos y las muertes iban en aumento. La residencia de James no era una excepción, había envuelto a Catherine en una manta y la había acercado hasta la puerta principal. Él se encontraba sentado junto a ella.

—Este es el final que Dios ha escrito para mí y los míos —aseguró con la mirada perdida.

Samuel extendió su mano en señal de consuelo, pero él se retiró.

—No os acerquéis a mí, los efluvios halitosos que desprendo son mortales de necesidad. Alejaos si queréis seguir con vida.

Cerca de la puerta, Samuel encontró un talego con comida, seguramente lanzado desde la verja por los guardianes. Partió dos generosos trozos de pan y los untó con manteca. Cuando le acercó una de las raciones a su anfitrión, el mayordomo la dejó a un lado, no tenía intención de alimentarse. El chico, sin saber qué hacer, optó por hablar.

—He visto a Emma.

James sonrió.

—Me alegro... ve con ella. Yo me quedaré cuidando la casa de mis señores, hasta que Dios quiera reunirme con los míos. No tardaré.

Samuel rondó por la iglesia durante cuatro días, en los que tuvo tiempo para pedir al joven sacerdote la nota que le había escrito Emma y leerla entre lágrimas. Cada letra iba aplastando los celos y temores sobre su aspecto físico. Al leer cómo la muchacha describía a Harris, se dio cuenta de que uno no se convierte en un monstruo por perder la belleza en el semblante, sino por realizar actos tan viles y desmedidos cómo los que realizaba ese indeseable.

Comía en las pocas tabernas que aún quedaban abiertas, siempre con prisa, por temor a que ella apareciese por la iglesia cuando estaba ausente. Sentado en los bancos, el sueño le vencía, cerrando sus ojos entre rezos, cuchicheos y toses. Al cuarto día, preocupado por la tardanza, optó por buscarla en su casa.

Los cuerpos tirados en mitad de la calle eran ahora frecuentes, al igual que los grupos de hombres que cortaban el paso a zonas con viviendas afectadas, por lo que tuvo que dar un rodeo para alcanzar su objetivo. Uno de esos grupos de hombres, estaba apostado cerca de donde vivía Emma.

Un muchacho de coleta parda y ojos despiertos se adelantó al ver a Samuel.

—Esta calle está clausurada, y sus casas vigiladas. No nos permiten dejar entrar ni salir a nadie.

## Capítulo 27

Anocheecía cuando Christopher se acercó al final de la calle, donde seis hombres montaban guardia. Uno de ellos, el joven vecino de ojos despiertos, se acercó.

—¡Alto Sr. Harris!

—¿Qué sucede aquí?

—Nos han nombrado guardias de zona. Tenemos órdenes de impedir el paso o salida a cualquier animal u hombre. Además, en vuestro caso, debéis de permanecer dentro del domicilio, sabemos que vuestra esposa está infectada.

—Entiendo señores, pero me temo que mis obligaciones con Londres son demasiado importantes como para quedarme recluido en casa, y si me permiten les mostraré el salvoconducto que me ha firmado el propio Alguacil Mayor adelantándose a esta circunstancia.

Los hombres examinaron el pase. No había duda, era auténtico.

—No sé qué decir, señor.

—Como podéis ver, está firmado con fecha de ayer, cuando todos conocíamos los desafortunados acontecimientos.

—Está bien, es libre de pasar Sr. Harris. No sabía que usted trabajase junto al Alguacil Mayor.

—El Alguacil y yo hemos compartido alguna que otra carga —contestó con una sonrisa maliciosa.

—¿También trabaja con ustedes el tipo de la cicatriz?

—No sé de quién me habláis.

—Un hombre, vino hace un par de horas, tenía una horrible cicatriz a lo largo de la cara. Pretendía acceder a vuestra vivienda y se irritó mucho cuando no se lo permitimos.

Christopher recordó la descripción que le había dado Frederick. No quería a Samuel merodeando por su casa, tenía que quitárselo de encima.

—Ese ratero es conocido y temido en otros barrios. Se aprovecha de la desgracia de las casas, haciéndose pasar por comerciante o familiar para rapiñar cuanto puede de los moribundos. Hacedme un favor, si aparece,

dígale que mi esposa le ha citado mañana a las doce en punto, y dejadle pasar. Yo sabré atenderle como es debido, no sé si me entendéis... ¿Podré contar con vuestra discreción en este asunto?

—Por supuesto, Sr. Harris.

—El Alguacil Mayor y yo, no olvidaremos a las personas que sepan ser diligentes en tiempos tan desapacibles como los que vivimos.

—Gracias, señor —respondió el joven enorgulleciéndose de compartir camaradería con alguien tan destacado.

—Agradezco mucho vuestra vigilancia. La desgracia se ha cebado con mi hogar. Mi mujer delira a causa de la enfermedad, mis guardeses huyeron ante el brote de peste y mucho me temo que mi ama de llaves no es una persona digna de confianza. Me encuentro indefenso ante cualquier vicisitud.

—Guardad cuidado, Sr. Harris, nadie entrará ni saldrá de vuestra casa hasta mañana a las doce.

Las firmas estampadas en el documento le abrieron paso hasta el local regentado por Rosalind. Christopher la reclamó con un gesto y la condujo hasta la habitación privada que se alzaba sobre las escaleras, donde la muchacha solía vivir. Ella le atendió extrañada, pues desde que Sara fue asesinada, una silenciosa tensión vivía entre ellos, por eso Christopher prefería revolcarse con las otras mujeres cuando se dejaba caer por allí. Ella no se había atrevido a decir nada, le temía, pero le habría apuñalado por la espalda de haber tenido la ocasión y el valor. Rosalind siempre se cuidó de mantener esta disputa en secreto, pues Harris aún mantenía la lealtad de la mayoría de la chusma que cuidaba el negocio, llegando a sus oídos todo lo que se comentaba dentro del local.

Al entrar, se quitó el camisón con gesto frío, mientras él la contemplaba desde una silla acolchada en carmesí.

—No, no quiero eso. Tengo un problema.

—Lo sé, tu mujer está apestada.

—Sí, pero no es ese el asunto. Hay un individuo al que quiero eliminar y me gustaría que tú y los chicos le preparaseis una sorpresa. Se trata de Samuel Page, ha reaparecido y está rondando mi casa. Quiero que acompañes a los chicos y cuando le encontréis, le partáis la cabeza.

—No tengo porque acompañarles, les será fácil identificarle...

Rosalind enmudeció, ¿se habría dado cuenta Christopher de su descuido? Le miró sin darle importancia, pero él ya se había incorporado con fuego en los ojos.

—¿Les será fácil identificarle? ¿Por qué? Porque es un chico bien parecido y castaño... o por la cicatriz que dicen le recorre toda la cara. Cuando no te mostraste extrañada al volver a oír de él me escame, pero no quise desconfiar de ti.

—No sé de qué estás hablando —pretendió disimular.

Al sentir las fuertes manos de Harris alrededor del cuello, intentó desesperadamente gritar.

—Sí lo sabes, zorra. Cuando me dijeron que Samuel merodeaba por mi casa, imaginé que alguno de vosotros le había revelado donde vivo, pero no esperaba que fueses tú, que has sido cómo mi hermana.

Walpone oyó el tintineo lejano de una campana, era hora de retirarse. Ya se iba acostumbrando a deambular hasta el local y subir las escaleras sin necesidad de rastrear vivamente con sus brazos, tan sólo tocando la pared y la barandilla. Se quitó la capa y llamó a Rosalind. Ahora que dependía de ella, la chica había pasado de ser un juego a ser toda su vida. No le había visitado en un buen rato, creyó que estaría realizando algún trabajo extra. Tras desvestirse, se metió en la cama y la encontró dentro. Pensó que estaba dormida, pero al no percibir el suave ronquido que emitía durante la noche se preocupó. Su cuerpo estaba tibio. La zarandeó, pero no obtuvo respuesta.

El grito del antiguo oficial alarmó a todo el local. Varios hombres encabezados por Christopher subieron al momento. Harris se apresuró a examinar el cadáver y, volviéndose hacia Walpone, exclamó:

—¿Pero qué has hecho, maldito?

—Yo no la he hecho nada...

Eugene miró con desconfianza a Harris, era demasiada coincidencia que el mismo día que él había aparecido asesinasen a Rosalind, además Walpone la adoraba y necesitaba por igual. El resto de hombres pronto quisieron creer lo que más les convenía. Enfrentarse a Christopher era una muerte segura, mientras que Walpone era sólo un pobre ciego.

—Hoy mismo Rosalind me confesó que se disponía a abandonarlo —aseguró Harris—, pero no imaginé que esto fuera a suceder. Lleváoslo... Lleváoslo y dadle su merecido.

Golpearon a Walpone sin piedad, rodó escaleras abajo. Los hombres corrieron a su acecho, excepto Eugene que seguía meditabundo.

—Cuando terminéis con él —ordeno Christopher desde lo alto de la escalera—, tiradlo al río.

Los ojos saltones de Eugene se clavaron en Harris. Él le conocía, sabía que era capaz de haber tejido esta mentira, como había hecho otras tantas veces.

—Deja de mirarme así.

—La has matado tú, cabrón. Ese infeliz no es capaz de subsistir dos días sin ella, y lo sabe.

—Ten cuidado con lo que dices, te recuerdo que para mí también era como una hermana.

—¡Vete, vete de aquí!, o te juro que te degüello como a un cochino.

Christopher le miró a los ojos, Eugene no era fuerte, pero capitaneaba a la chusma que aún pateaba al ciego. Era arriesgado enfrentarse a él, por lo que cogió su sombrero y se marchó.

Cecilia aún no se había acostado, cuidar de Emma y Elisabeth era una ardua tarea. Llenaba la casa de pequeñas ascuas de incienso, tal y como le habían indicado los médicos, para que los efluvios malignos de la señorita no infectasen a ningún otro miembro de la familia, y se limpiaba las manos en una palangana de agua con vinagre antes de tocar al bebé o su comida.

La puerta sonó antes que de costumbre. Los pasos fuertes del hombre llegaron al agudo oído de Cecilia. Parecía malhumorado.

—¿Cómo está?

—Su estado es muy delicado señor Harris, no sé cuánto tiempo durará.

—No digas eso, algunas personas se salvan, por qué habría de ser

diferente.

—Pero señor, escuchad la calle, muchas familias sucumben ante la enfermedad y la señorita...

—¡Te he dicho que cierres la boca! Mañana no olvides comprar comida y todo lo que sea necesario. Aquí tienes algo de dinero —añadió dejando algunas monedas sobre la mesa.

—Debéis darme monedas más pequeñas, la gente tiene miedo al contacto. A los tenderos hay que dejarles el dinero exacto y ellos te dan el alimento sin tocarlo, la carne hay que arrancarla uno mismo del gancho y...

Unos golpes en la puerta interrumpieron la conversación, era muy tarde para cualquier tipo de visita. Christopher bajó a abrir con precaución. Ante la pregunta de quién llamaba, una voz joven respondió, era el muchacho que encabezaba el grupo de clausura. En cuanto la puerta se abrió, se apresuró a comunicar:

—¡Ha venido! Sr. Harris, el hombre de la cicatriz ha venido.

—¿Qué le habéis dicho?

—Lo que me indicasteis, que viniera mañana a las doce del mediodía.

—Muy bien, aseguraos de dejarle pasar a él sólo, ¿de acuerdo? Si esto sale bien hablaré con el propio Alguacil de vuestra ayuda.

—Gracias, señor.

Christopher subió las escaleras hasta su habitación y de una caja de madera extrajo una pistola. La cargó preparando la llave detonante y, mirando desconfiado, la escondió bajo su almohada.

Cecilia lamentaba incomodar a Emma, pero sabía que algo había que hacer, aunque no sabía el qué, así que se acercó hasta su oído.

—¡Señora, señora! —susurró—. El señorito Page ha venido a buscaros, pero vuestro marido le ha tendido una trampa. Le ha citado mañana a las doce y ha preparado una de sus pistolas, la más cara de todas.

—Samuel vendrá. Está dispuesto a todo.

—Señora, yo, yo... lamento haberos aconsejado mal. Para mi sois la única familia que tengo en el mundo y os empujé a las manos de ese hombre, vil, pérfido y ruin que nos mantiene aprisionadas. Creí que sería conveniente sacaros de la cárcel y no sabía que con ello os empujaría a

esta ratonera en la que se ha convertido Londres.

—Cecilia, no podemos abandonar ahora, debemos ayudar a Samuel. Es él y no Harris, él que debe cuidar de mi hija cuando yo muera.

—Señora, no habléis así.

—No podemos permitir que le mate.

Emma, presintiendo la tragedia, exasperó. Se tensó músculo a músculo, y con la mirada perdida y boca entreabierta, susurró:

—Cecilia, ¿recuerdas el cuadro del que te hablé?

—La historia de Judit —respondió el ama de llaves mientras afirmaba sutilmente con la cabeza—, desde que la narrasteis, no he podido dejar de pensar en ella. En la guerra, aprendí a disparar y sé dónde guarda las pistolas vuestro marido. Si le distrajeseis...

Emma sopesó la situación, su anciana aliada estaba dispuesta a llegar hasta el final, y tras unos instantes, su mente elaboró un plan.

—Prepara un taburete y una mesita.

Harris estaba sentado en su cama cuando Cecilia, tras llamar, se asomó por la puerta. El hombre colocó su almohada antes de incorporarse con malos modos.

—¡Te tengo dicho que no entres en esta habitación!—amenazó.

—La señorita se encuentra muy mal, quiere hablar con vuestro honor antes de que ocurra lo peor —aseguró la mujer mientras miraba al suelo.

Christopher salió de su cuarto y observó el taburete que había preparado su sirvienta bajo el marco de la alcoba de Emma. Una botellita de licor y un vaso que descansaban en un pequeño aparador cercano le indicaban que la conversación iba a ser larga. A su mujer la voz apenas le salía del cuerpo.

—Siéntate, esta será nuestra última charla.

—Eso nunca se sabe —respondió Christopher—, algunas personas están

empezando a sobrevivir a la enfermedad.

—Yo no sobreviviré, me noto muy débil, es cuestión de días o de horas, seré una más. ¿Acaso crees que no escucho los lamentos de las gentes? Oigo los gemidos de madres que pierden a sus hijos, esposos que enviudan... La muerte nos rodea y pronto vendrá a por mí.

El hombre se sirvió un vaso rebosante de licor y bebió un largo trago.

—¿Tú me amas?— preguntó ella.

—Eso ahora qué más da.

—A mí me importa.

Con otro largo trago terminó el vaso.

—Sí, te quiero, por eso te hice mi esposa.

—Entonces debes atender a un último favor, Elisabeth. Mientras se servía otro vaso, preguntó:

—¿Qué pasa con la niña?

—No quiero que crezca contigo.

—¿Pero qué dices? Sin duda la fiebre te hace desvariar...

—No desvarío, conozco tu carácter impetuoso y jamás desearía a nadie que creciese a tu lado, y menos a mi hija.

—¿Pero qué clase de petición es esa...? Pedirle a un padre que abandone a su hija.

—Elisabeth no es hija tuya.

El hombre estalló el vaso contra el suelo.

—¡Zorra, si no estuvieras enferma te mataría con mis propias manos! Tú eres la que no me has amado nunca.

—Tienes razón; pero eso nunca te importó, porque tu alma no conoce la compasión. ¡No permitiré que mi hija crezca al lado de semejante monstruo!—gritó con voz temblorosa—. Si hay algo de lo que me arrepiento en esta vida, es de no haber hundido aquel cuchillo en tu negro corazón. Debí enfrentarme a ti la primera vez que te vi.

—¡No tenías coraje para hacerlo! Jamás lo has tenido. Y ahora escúchame, me quedaré con tu hija y la criaré como una puta en el local de Eugene, y siempre que me apetezca me desahogaré con ella tantas veces como quiera por un mísero puñado de monedas.

Cecilia aprovechó la colérica conversación para entrar en la habitación de Christopher con sigilo. Hacía años que no se sentía tan nerviosa. Abrió la caja de madera blanca, estaba vacía. Miró alrededor sin ver las pistolas. De pronto, le vino a la cabeza la imagen fugaz de Christopher colocando la almohada. Con las manos temblorosas levantó el almohadón y las encontró. Empuñó una de ellas y se acercó a Harris que gritaba desde el taburete.

—Se acabó— chilló Cecilia tras él.

Harris se volvió hacia atrás. La preocupación llenó su rostro al verla pistola en mano.

—¡Deja eso, vieja!

Cuando la mujer apuntándole a la cara disparó, él se revolvió hacia un lado. El bebé lloró alarmado mientras Christopher caía al suelo. En su sien apenas quedó un rasguño alargado del que brotaba sangre.

—Hay que ser un tirador avezado para matar a alguien con una pistola —aseguró Harris con una maliciosa sonrisa. Acababa de salvar la vida y estaba dispuesto a hacérselo pagar.

Se intentó levantar hacia la sirvienta, pero las piernas le fallaron. Todo le daba vueltas. Apoyado en la pared intentó recobrar fuerzas, pero era inútil. Observó la situación, algo extraño estaba sucediendo.

—Mi hija vivirá libre de tus atropellos.

Cayó, derribando el taburete. Con fuertes espasmos intentó ponerse en pie.

—Ya no harás daño a nadie más —continuó Emma con fuerzas renovadas—. ¿Recuerdas la noche que me llevaste a tu taberna para que aquellas mujeres me enseñasen algo? Esto es lo que aprendí.

El hombre consiguió ponerse de cuclillas.

—Esa puta te dio un frasco de belladona. No os servirá de nada, os voy a... —amenazó levantando su mano antes de derrumbarse.

Cecilia le acercó la mano a la boca, no había aliento; aproximó su oído al

corazón, no escuchaba nada, así que se levantó y aseguró:

—Ha muerto.

—¿Qué haremos con él?

—Verá señora, no he querido comentároslo para no desalentaros, pero desde hace días, el ayuntamiento ha puesto un carro que se encarga de recoger a los muertos en mitad de la noche. Aún no ha pasado por aquí.

El ama de llaves vendó la cabeza de Harris con un trapo, disimulando la herida de la bala, y agarrándole por sus piernas le arrastró estruendosamente escaleras abajo. Christopher era corpulento y ella una mujer fuerte pero de escasa estatura, por lo que acercarlo a la puerta fue una tarea infructuosa. Tras varios intentos, escuchó una campana.

—¡Sacad a vuestros muertos! —gritaba una voz lejana.

Cecilia abrió la puerta y corrió a buscar ayuda. A los operarios no les gustó pasar a la casa, pero tras varias quejas lo cargaron sin dificultad, estaban acostumbrados a tratar con cuerpos inertes.

Christopher recobró una chispa de consciencia. Intentó moverse pero los músculos no le respondían ni podía articular palabra. Era de noche, y un traqueteo rítmico le indicó que debía estar en un carro o carreta. Sentía un peso que oprimía su cuerpo y apenas le dejaba respirar.

¿Qué había sucedido?, se preguntaba. ¡Ah, sí! La puta de su mujer le había envenenado. Reconoció el sabor de la belladona en el paladar, antaño Rosalind se la había dado a probar. Lo que su esposa desconocía es que para envenenar a un hombre corpulento como él, la dosis debía ser mucho más alta. Cuando se bebía en dosis bajas, uno se quedaba un rato como dormido, luego durante unas horas el cuerpo no te responde, pero con el paso del tiempo, te encuentras como nuevo. Ya se estaba regocijando al imaginar la cara de sorpresa de Emma al verle entrar en casa. A la vieja, le pegaría una paliza en la habitación contigua para que se escuchasen bien sus gritos. Con la niña, algo se le ocurriría.

Unos sollozos contenidos acompañaban al carro, que rebosante de cuerpos, entró en el cementerio. Las luces de velas y candelas iluminaban el campo santo que olía a humedad. El ruido de las palas extrayendo arena, revelaba el trabajo a destajo que allí se estaba realizando. Uno de

los enterradores salió a su paso. Tenía la cara tapada con un pañuelo.

—Hemos empezado a cavar otra fosa el doble de ancha al otro lado del cementerio. No podemos hacerlas más profundas, porque a los dieciocho pies aparece agua.

—Se suponía que esta debía durarnos al menos un mes o más.

—Los cuerpos ya están a seis pies de la superficie, los carros que traigáis esta noche serán los últimos que arrojemos en ella.

—Por el amor de Dios, ¿Cuándo acabará esto...? ¡Está bien, hagámoslo!  
—propuso el carretero mientras se cubría el rostro con un pañuelo.

—¿Y este? —preguntó el enterrador señalando al hombre envuelto en una capa marrón que andaba tras el carro.

—Toda su familia está en la carreta y me ha querido acompañar.

—Está bien, pensé que era uno de esos desesperados que intentan enterrarse a sí mismos.

Colocaron la carreta junto a la fosa y la descargaron con la ayuda de otros dos enterradores que portaban palos con enormes ganchos. Tuvieron que sujetar al hombre de la capa que delirante intentaba abrazar a los suyos.

Cuando le tocó el turno a Christopher, uno de los sepultureros exclamó:

—¡Cómo pesa este!

Sintió un golpe en la pierna que le arrastró, y cayó como uno más sobre el montón. Quizás si el hombre de la capa no hubiese gritado, los enterradores habrían escuchado el leve gemido que emitió Christopher al golpearse.

Los cadáveres fueron amontonándose sobre él uno tras otro. Cuando terminó la primera carreta, echaron algo de tierra por encima que le tapó parte de un ojo y la nariz. Aún estaba muy débil como para moverse bajo el amasijo de cuerpos. Respiró desesperado por la boca, que se llenaba de tierra en cada inhalación. Los dedos comenzaron a responderle, justo cuando la segunda carreta descargó.

—Aquí no caben más —aseguró una voz que no alcanzaba a ver—. Debemos tapiarla ya. Echa el resto en la fosa nueva.

Los hombres, armados con palas, pusieron manos a la obra. La tierra se

deslizó entre los cuerpos hasta taponar casi por completo los agujeros.

Christopher aún veía algo de luz, pero apenas podía respirar emitiendo un agónico jadeo. Más tierra, más tierra y más. Reuniendo todas sus fuerzas consiguió lanzar un grito desesperado.

Uno de los hombres en la superficie, tras escuchar algo, paró su pala.

—¡No te detengas! Terminemos esto antes de que acabemos todos apestados.

El hombre pensó por un momento si compartir sus dudas. Su compañero tenía razón. ¿Cómo iban a sacar todos los cuerpos para ver si alguno aún agonizaba? ¿Quién los tocaría? Tomó la pala, y apretando los dientes, redobló su esfuerzo.

Christopher no recordaba haber llorado desde su infancia, en el orfanato.

Entre fríos cadáveres, sus lágrimas se mezclaron con el barro.

## Capítulo 28

Se oía el repicar de las doce campanadas cuando Samuel se encaminó hacia la casa. Los guardias le permitieron pasar, tal y como habían acordado.

En el exterior de la vivienda prevenía una gran cruz escarlata, símbolo inequívoco de que alguien estaba afectado. La puerta estaba entreabierta, y la figura de Cecilia parecía esperarle tras ella. Entre incienso, las sombras de la casa ocultaron la mueca de la sirvienta al contemplar el porte demacrado y astroso del muchacho.

Él desenfundó su daga y la escondió bajo las ropas.

—¿Dónde está Christopher?

—Muerto, ya no hay nadie a quien temer, tan sólo a la peste. Mi señora está muy enferma, no sé cuánto tiempo resistirá. Llorad todo lo que queráis aquí abajo, porque ella necesita sosiego para un buen morir.

Sin más palabras le señaló la habitación.

Atravesó la puerta y la vio. Esplendida, como siempre. Christopher la había maltratado y la enfermedad le había apresado con sus bulbosas manos, pero seguía brillando con luz propia. Quizás fuese así, o quizás esa luz sólo estuviese en los ojos de Samuel, pero Emma vio ese destello reflejado en la mirada del muchacho y, sorprendida, dejó escapar el colgante entre sus manos. Olvidó su enfermedad y el miedo a contagiarle extendiendo su brazo hacia él. Samuel recogió el corazón dorado, tomando su mano tras devolvérselo. Intentando sonreír, se sentó sobre la cama.

—He rezado a Dios con todas las fuerzas que me quedaban para volver a verte antes de morir —articuló con un leve hilo de voz.

La intentó besar en los labios, pero ella, temblorosa, retiró su cabeza.

—Alejaos, no os quiero contagiar.

—Ya no le temo a la muerte.

—Pero a mí sí me aterra. No la mía, la vuestra. Alguien debe cuidar de nuestra hija, Elisabeth.

La mujer indicó la habitación contigua. Él se acercó y descubrió que sus ojos se llenaban de lágrimas al toparse con los del diminuto ser que

descansaba en una canastilla.

Volvió al dormitorio de la madre, y tras acariciarle el pelo, le propinó un largo y delicado abrazo. Sus lágrimas fueron correspondidas en los ojos de su antigua prometida, y el mundo se detuvo, sin importar el tiempo que habían estado separados, los problemas anteriores o los que quedaban por venir. Aquel abrazo eterno, colmado de sentimiento, regado de lágrimas, y envuelto por los rayos del sol de la ventana, impregnó por siempre la oscura habitación.

Cecilia se acercó con intención de separar a los dos jóvenes, pero no pudo atravesar el dintel. Aquel sentimiento era demasiado fuerte para ser truncado. Qué más daba si le contagiaba, para qué nos sirve la vida si perdemos los momentos por los que merece la pena vivir. Ella lo daría todo por repetir uno de esos momentos con su marido o sus hijos. Cerró los ojos y se dio la vuelta, no debía molestar.

Samuel aprendió a atender a la niña siguiendo las indicaciones de Cecilia que le apremiaba a instruirse por si la enfermedad le alcanzaba a ella. Él, principiante en este tipo de menesteres, ponía los cinco sentidos.

Volvió al lado de Emma, se retorció de dolor. Cuando el malestar perdió fuerza el silencio reinó en la habitación. Samuel, quiso romperlo:

—Encontré vuestro escrito —afirmó sacando la carta de un bolsillo.

—Sólo uno de ellos —respondió ella mientras regresaba el dolor.

El malestar había retornado, aun así, la joven hizo acopio de fuerzas para indicar hacia un cajón. Samuel encontró varios pañuelos, un frasco de perfume, piezas de jabón y un buen manojito de manuscritos atados por una cinta granate.

—Esas cartas son vuestras. Cuando os creí muerto, mi alma se partió en dos, y deseé acompañaros en vuestra suerte. No podía sobrevivir sin hablaros. Siguiendo los consejos de Adam, os escribí pensando que quizás de alguna forma os llegasen mis ideas, y ahora, soy yo la que agonizo... ¡Perdonadme Samuel, perdonadme! La codicia me cegó aquella noche en que os supliqué que os convirtierais en un esclavista. Os pedí que no fuerais vos, que vendieseis vuestra alma por unas monedas y con ello nos maldije a nosotros y maldije nuestro amor.

—No os tengo nada que reprochar, vuestra ambición era la mía. Tan sólo deseaba ese dinero para estar junto a vos, nada más me hacía falta. Si yo hubiera escuchado a mi padre, nada de esto habría pasado.

—Quiero que leáis mis cartas, en ellas os explico, que busqué el matrimonio con Adam, porque aunque no le amaba, era un hombre dulce,

y sería un buen padre para nuestra hija. Os cuento cómo vino al mundo Elisabeth y cómo...

Una tos profunda y desgarradora la enmudeció. Cuando todo se calmó, Samuel, bajo la mirada de la muchacha, leyó los manuscritos. Tardó varias horas, hasta bien entrada la noche, pues en ellos se mezclaban los detalles de lo acontecido en Bristol y Londres con hermosos recuerdos de sus días de cortejo: cómo se conocieron, sus amenas conversaciones y un sinfín de placenteras minucias que habían sido sepultadas por los sombríos sucesos recientemente acontecidos. Él comentaba algunos fragmentos intentando alentar a la muchacha que se apagaba por momentos.

—Sin duda habéis grabado nuestra vida en estas palabras. Cuando Elisabeth crezca, si tengo vuestro consentimiento, se las mostraré.

Emma respondió con gesto afirmativo. Con sus manos entrelazadas compartieron una larga y tierna mirada. Compartir la intimidad de sus notas con Samuel había reconfortado su alma. El tacto de sus manos le producía un grato cosquilleo, y con una inexplicable sensación de bienestar, exhaló.

—¡No os vayáis, por favor, no podéis dejarme sólo! Yo no sabré cuidar de esa niña.

Las fuerzas abandonaron la mano que Samuel atenazaba con desesperación. Pese a los dolores que ella aseguraba sufrir unos minutos antes, murió apaciblemente. La felicidad parecía haberse instaurado de nuevo en su rostro devolviéndole la belleza de antaño. Tras una inagotable hora junto a ella, instado por Cecilia que parecía preparada para lo peor, soltó su mano, la besó en la frente y se puso manos a la obra. La niña lloraba.

Cecilia, esa diminuta y curtida mujer, se crecía en los momentos adversos y conservando la calma. Señaló al muchacho los pasos a dar. Él, conmocionado por la muerte de la muchacha, seguía sus indicaciones. Se limpió las manos en agua y vinagre, y atendió al bebé. Atrapó entre sus dedos un pellizquito de pan mojado en leche. Era lo suficientemente diminuto, tal y como se lo habían indicado, lo llevó entre los labios de la niña y esperó que lo tragara. Era una operación lenta y laboriosa, pero tras varias repeticiones consiguió calmar su llanto. Contempló el rostro de la niña, sin duda lucía rasgos maternos. No pudo contener las lágrimas al pensar que ella no estaría para verla crecer.

—Debéis huir de aquí —apremió la asistenta—. Si la peste sigue así, no quedará nadie con vida en todo Londres. Creo que los alimentos están contagiados y apenas podemos conseguir leche. Esa que le estáis dando ya está agriada, y no es buena para una niña tan pequeña. Debéis

llevároslo con urgencia. Salid en la noche, hay menos vigilancia.

Cecilia se había empeñado en adecentar el cuerpo de su señora, pareciendo no tener miedo al contagio. La casa olía a los inciensos que el ama de llaves se obsesionaba en mantener encendidos, repitiendo que calmaban los efluvios que transmitían la mortal enfermedad. Esa incesante actividad por parte de la mujer, que tenía la cara aún más arrugada que de costumbre, intentaba suplir el llanto por la pérdida de la que consideraba como su hija.

Samuel examinó la habitación de Christopher: sobre la cama revuelta una pistola cargada; un escritorio de madera con un candil, licores variados y escritos; un arcón repleto de collares, sedas y otros agasajos diversos; y un armario cerrado con llave.

Introdujo el extremo de su daga en la cerradura haciendo palanca. Tras un crujido la madera cedió mostrando un bolso de cuero, un sable, un alto sombrero negro de ala corta, una capa, un traje nuevo y un par de escritos.

Ojeó el bolso, contenía cuatro bolsas de tela azul, del tamaño de una naranja rellenas de monedas, y algunas joyas. Sin duda, Christopher las tenía preparadas por si era necesario una pronta huida.

—Coged el dinero y marchad —le apremió Cecilia que había acudido ante el estruendo.

—No me apropiaré de estas monedas, la sangre de muchos inocentes aún corre sobre ellas. Así lo querría mi padre, y yo he tenido que perder mi libertad para entenderlo.

—Si ese dinero pertenece a los inocentes, os ruego que lo uséis para salvar a nuestro pequeño ángel. La ciudad está sitiada, la casa y el barrio, marcados: no os será fácil huir. Un puñado de monedas podrá abriros algunas puertas y, desde luego, más gloria daréis a los espíritus justos salvando a vuestra hija que enriqueciendo a los ladrones que desvalijan las viviendas deshabitadas.

Se detuvo a examinar los despachos que guardaba Harris bajo llave.

—¿Un salvoconducto? —preguntó tomando un manuscrito lacrado que destacaba sobre los demás.

—El señor entraba y salía del distrito con su credencial.

—¿Todos los guardianes conocen a Christopher?

—No estoy segura. Algunos de los de la noche no, quizás podríais usar el pase con ellos.

—Y tú, Cecilia, ¿no vendrías con nosotros?

—Para mí es demasiado tarde. Desde ayer siento escalofríos que me recorren el cuerpo, y un exceso de cansancio en mis piernas. La niña aún está sana, no hay más que ver sus colores, pero si no come bien en un par de días, enfermará. —Intentando restar importancia a las palabras anteriores, prosiguió—. Daos prisa, no podéis salir vestido así. Vuestra ropa está repleta de barro, es obvio que habéis dormido en el suelo. Debéis ataviaros como un caballero si pretendéis servir de ese pase.

Quedaba poco para el alba, por lo que se apresuró a reemplazar sus ropas por el traje de género negro que Christopher guardaba bajo llave para ocasiones excepcionales. Vistió la capa, el sombrero alto y trató de disimular su cicatriz bajo una peluca grisácea. Metió alimento para la niña en una frasca, la cerró con un corcho, y la guardó en el bolso junto a las monedas y las cartas que Emma había escrito.

Visitó el cuerpo de su prometida, comiéndolo con los ojos, no quería olvidarlo nunca. No lo tocó, pues debía coger a la niña. Cecilia, que tenía a su señorita tomada de la mano mientras le lavaba los ojos con una gasa blanca, levantó la vista para apremiarle.

Tuvo que hacer un acopio de fuerzas. Después de tanto tiempo invertido en buscarla, se negaba a abandonarla. Aun siendo un cuerpo bulboso carente de alma y aliento, no deseaba dejarla. Pensó en llevarla consigo, poder darla sepultura en un lugar cercano donde poderla ir a visitar. Pero sabía que sus pensamientos eran vanos, tendría suficiente suerte si podía alejarse con la niña. Eso es lo que ella habría querido, sacar a la niña de allí. Consolado con ese pensamiento, besó con la mirada por última vez a Emma.

El sol clareaba la calle cuando portando a la niña con todo su cuidado se encaminó hacia el puesto de vigilancia. Dio a examinar el pase a un carirredondo de aspecto descuidado.

—Ya nos habían avisado sobre vuestro caso, pero no dijeron nada sobre un niño.

—Mi mujer y mi sirvienta están enfermas, la niña debe permanecer

conmigo.

—Está bien, pero debéis de avisar sobre la procedencia de la criatura allí donde vayáis... Tened un buen día señor Harris.

Se alejó de los custodios mientras el joven de mirada astuta del turno de día se aproximaba, madrugador, por una calle perpendicular.

—¿Por qué habéis dejado pasar a ese?

—Era el Sr. Harris.

—¡Ah!, no le había reconocido de espaldas. Me acercaré a saludarle. Quiero que me cuente cómo terminó el asunto del merodeador.

El joven se encaminó hacia Samuel gritando:

—Sr. Harris, Sr. Harris.

Samuel apretó el paso hasta una calleja oscura. Al verlo, su persecutor corrió, llegando a tiempo para percatarse de un nuevo giro. Cuando el joven dobló la esquina, se dio de bruces con una estampa que le paralizó. El hombre de la cicatriz sostenía un bolso y una criatura en una mano y con la otra, le encañonaba con una pistola. Una bolsa de tela azul descansaba a los pies del atónito muchacho.

—No sois el Sr. Harris.

—Para vos, hoy sí lo soy. Hay dos maneras de terminar con esto... Una, cogéis la bolsa de monedas que hay en el suelo y los dos olvidaremos que me has alcanzado; la otra, con una voz de alarma y un disparo. Elegid.

El joven apenas tenía aliento y temblaba. Samuel reconoció el miedo, en su día él también lo había sufrido, pero ahora sujetaba firme la pistola dispuesto a defender a su hija.

El muchacho tocó la bolsa con un pie y preguntó.

—¿Es el hijo de Harris?

—Es mi hija, e irá conmigo donde yo vaya. —Alejándose del joven añadió—: Tened presente, que si por cualquier razón vuestros amigos me siguieran, este disparo será para vos.

Mientras Samuel se perdía entre las calles, el joven, desconfiado, se agachó a por las monedas. Cuando vio su contenido, miró alrededor, nadie parecía haberle visto. No sin cierto remordimiento, guardó su botín y se alejó, sabiendo que no era el dinero lo que le había convencido, sino

el miedo a ese criminal, buscado en varios barrios, que se abría camino al amanecer a punta de pistola.

Cuando abrió la puerta trasera de la casa de los Hamilton el sol ya brillaba en todo su esplendor. Encontró el cadáver de James tendido en el jardín. Por primera vez, Samuel comprendió con profundidad el dolor que había sufrido aquel hombre.

El agua de los caballos se había agotado, pero las bestias aún estaban en pie. Tras prepararlas para el camino, las enganchó al mismo coche en el que llegó a Londres. Merodeó la puerta principal, los guardianes se habían marchado. Debieron dar por sentado que no quedaba ningún habitante con vida, por lo que habían encadenado la entrada y abandonado la vigilancia.

—Gracias por todo amigo. Y si alguien alguna vez dudo de vuestra valía, sin duda estaba equivocado.

Tras cubrir a James con la capa negra, saltó la cadena con los golpes desesperados de una pala y emprendió su huida.

## Capítulo 29

El amanecer perfilaba los esqueletos de los árboles cuando los caballos no aguantaron más, negándose a avanzar. Samuel reconocía ya el camino, aún quedaban varias horas a pie, pero las bestias habían dado todas sus fuerzas. La niña tenía el rostro amoratado por el frío y comenzaba a llover.

Adam Silver saltó hacia la puerta. Era temprano para que fuese algo no urgente y su corazón le decía quien llamaba. Sus ojos benévolo se posaron en la niña. Observó al padre, contrariado y a punto de desfallecer.

—Necesita calor y alimento, leche, leche fresca. Y yo necesito descansar, no he dormido en dos días.

Adam asintió con la cabeza y se apresuró a encender la chimenea que, pronto, caldeó la estancia. Antes de entrar en la habitación Samuel se volvió:

—Perdóname por todo aquello que te dije... Emma, Emma está muerta.

—¿Cómo ha...?

—La peste.

—¿Es la hija de Emma?

—Y mía.

Adam le miró en busca de una explicación, pero Samuel se tambaleó para derrumbarse en el catre como un castillo de naipes.

Le despertó el llanto de la niña. La puerta de la habitación estaba cerrada, se acercó a ella, pero no se atrevió a abrir al escuchar que Adam hablaba con una mujer de voz escandalosa que decía:

—Necesita la leche de una parturienta o caerá enferma. Buscaré a la hija del panadero, hace poco tuvo un crío muy hermoso y según dicen tiene leche de sobra, quizás quiera darla de mamar. A una niña tan pequeña no se le debe dar tanta leche de cabra. ¿A sí, que no sabes quién te ha podido encomendar la criatura...?

—No.

—Pues andan diciendo por ahí que han visto al joven Page de madrugada. El sheriff Aldworth está interrogando a los vecinos. Frederick, el tratante

de esclavos, le paga para ello. Algunos creen que es un fantasma que viene a pedir justicia por su padre; pero yo no lo creo, los aparecidos no traen niñas tan bonitas. —Después dirigió su voz hacia la habitación, donde había escuchado movimiento, y con un tono que dejaba claro que sospechaba lo que ocurría, concluyó—: Si le ves, dile que lamento mucho lo de su padre, nunca olvidaré lo bien que se portó con mi familia. ¡Ah!, y que no asome la cabeza por la calle si quiere conservarla en su sitio. Volveré por la chiquilla antes de que anochezca.

Tras escuchar la puerta, Samuel se levantó a inspeccionar la cabaña. El sol de la tarde apenas tenía fuerza.

—¿Cómo está la niña?

—Según la comadrona está bien, pero necesita leche de mujer. Ha salido en busca de una muchacha que nos pueda ayudar. ¿Cómo se llama?

—Elisabeth. Emma estaba en cinta cuando me reclutaron.

La sorpresa de Adam fue interrumpida por el chasquido de una rama. Corrió a mirar por la ventana. Todo estaba en calma.

—Aquí corres peligro, tras la paliza que le diste a Frederick, te denunció a las autoridades; ahora es rico e influyente. El sheriff asegura que la única forma de que aún estés vivo es que hayas desertado antes de entrar en combate. Hace unos días, sus soldados vinieron a buscarte acusándote de insurrección. Yo no sé cómo huiste, ni lo quiero saber; pero si te encuentran, sin duda te ahorcarán, y esta casa será de las primeras que registren.

A Samuel le falló una pierna y se sentó cerca del fuego. Adam tuvo tiempo para contemplarle, pálido, consumido y tembloroso.

—¿Te encuentras bien?

—No. ¡Dios mío Adam! Espero no haber traído la muerte conmigo... Para ti y para el resto de Bristol.

—¿A qué te refieres?

—A la mano de Dios... la peste. Emma murió de peste y yo la acompañé hasta el último momento. Debo irme de aquí antes de que sea demasiado tarde.

Pero no puedes salir a la calle: si te reconocen, tendrás problemas.

—No te preocupes por mí. Cuando me marche, abre puertas y ventanas para que corra el aire limpio. Me ocultaré en casa de mi padre, allí no

podré contagiar a nadie.

Adam sacó algo de un cajón, aún conservaba una copia de la llave de los Page. Samuel le correspondió con las joyas y las tres bolsas de monedas que le quedaban.

—No puedo aceptar este dinero —aseguró Adam tras darles un vistazo.

—Es de Elisabeth, si no regreso, empléalo en su cuidado.

Su casa no estaba lejos, por lo que le fue fácil recorrer las calles evitando a sus antiguos vecinos. Esta vez la vivienda estaba vacía.

Las gotas de sudor rodaban por su frente, estaba ardiendo. Un enfermizo dolor se apoderó de cada articulación. Descansó en la mecedora del difunto Martin, y al ritmo del bamboleo dejó que sus ojos divisaran el pasado. La casa se llenó de recuerdos, de voces, olores y canciones; de las risas de su padre y poesías de su madre, de sus juegos con Adam y sus paseos con Emma. Las visiones tiraban de él sumergiéndole febrilmente entre aquellas presencias con las que deseó permanecer por siempre.

Emma se acercó. Él extendió su mano con intención de cogerla, pero ella se retiró. Estaba radiante, rebosante de salud y fuerza, aunque no tan joven como antaño. Mirándole con sus ojos claros le rogó una vez más:

—Debes cuidar de Elisabeth.

Un crujido le sacó de su éxtasis particular. Alguien entraba. Se incorporó recordando la amenaza del Sheriff, y desenfundó su daga ante los pasos que se aproximaban. Por un momento deseó que todo terminara, enfrentarse a los soldados y encontrar la muerte para unirse con sus seres queridos. La agitación se transformó en sosiego cuando escuchó la voz de Adam:

—Samuel, soy yo. He venido a advertirte, pronto vendrán a registrar la casa. Debes abandonar Bristol cuanto antes. Nadie te perseguirá por haber dado una paliza a un esclavista, pero si te quedas aquí Frederick no parará hasta que den contigo. Es un hombre rencoroso y con suficiente dinero como para gobernar sobre el sheriff y sus hombres.

—Lo sé, fue él quien urdió la conspiración que acabó con mi padre.

—Adam, ofuscado, necesitó unos segundos para digerir la revelación.

—¿Qué piensas hacer?

—No estoy en condiciones de cargar con la niña, además, no resistiría otro

viaje.

—Déjala conmigo, ya he encontrado una mujer que la amamantará por un precio sensato. Otra vecina la cuidará en mi casa hasta que se valga por sí misma.

—Aunque yo me vaya, no estaréis a salvo mientras Frederick viva. Si descubre que es mi hija... Es demasiado retorcido para ignorarle. —Las nubes se retiraron y Samuel contempló por última vez la luna desde su alcoba—. Como me enseñó un caballero, sólo hay un modo de zanjar ciertas cuestiones.

Samuel posó la vista en los ojos de su amigo, reencontrando al hermano mayor que años antes, bajo aquel mismo techo, jugaba a ser un caballo cargándole sobre sus hombros.

—Si Dios me lo permite, algún día regresaré a por Elisabeth.

—Hasta que llegue ese momento, la cuidaré como si fuera mi propia hija.

—Así lo hubiese querido Emma. Adam, si las autoridades te lo consienten, puedes ocupar esta casa. Me gustaría que mi hija creciera en ella.

Ambos sabían que se querían, eran la única familia que habían conocido, y no necesitaron más palabras de despedida.

La puerta de la casona estaba custodiada por dos hombres de capa verde y sombrero luengo, armados con espadas, dagas y pistola que se pusieron en pie al oír el chirrido de la cerradura. Frederick dejó salir a una mujer morena mientras miraba a ambos lados con recelo.

—No olvidéis mirar por las tabernas —le recordó a ella—. Hay rumores de que el de la cicatriz continúa en la ciudad.

—Por el dinero que ofrecéis por su cabeza, si lo veo, yo misma le cortaré el cuello —se burló mientras se alejaba, mirando a los hombres con cierto coqueteo.

—¡Una buena hembra! —afirmó uno de ellos comiéndosela con la vista.

—Tú mantén los ojos abiertos, gusano, que para eso te pago.

—No os preocupéis. Si se atreve a venir, le daremos su merecido.

—No le dejéis vivo.

El tratante cerró con inquietud, asegurando la puerta con llave y cerrojo. Ahora podía permitirse exuberantes mujeres que se entregaban a sus antojos. Su crueldad y perversión se habían ocultado bajo un manto de monedas.

La luna iluminaba un solitario taburete bajo el ventanuco de la alacena. Las dos puertecillas estaban abiertas.

Frederick subió con tranquilidad las escaleras. Desde que él la habitaba, la casa olía a humedad. Abandonó la vela sobre una pequeña mesa y tras un sordo bostezo se adentró en su alcoba. Sobre la cama descansaba un machete. Cuando sus ojos repararon en él, se sobresaltó.

—¿Pensabais que no sería fiel a mi juramento?

Una figura surgió de la oscuridad. La vela iluminó una cara cortada, enfurecida y febril.

Frederick cogió el arma sin pensarlo dos veces.

Los vigilantes, augurando una noche tranquila, descansaban sobre los escalones hasta que les alarmó el estruendo. Intentaron entrar, pero la cerradura enclaustraba férreamente la vivienda. Tras golpear la puerta en vano, el más joven buscó otro acceso.

Las ventanas, que llevaban meses atrancadas, aguantaron inexorables el apremiante forcejeo del guarda. Corrió hasta el caseto contiguo y, abriéndolo de golpe, despertó a Andrew, el viejo cochero de penosa vida. En la pared del estropeado cobertizo colgaban varios utensilios herrumbrosos. El joven asió una hachuela y se precipitó hasta la puerta principal. El filo de la herramienta consiguió abrirse camino entre la madera, y poco a poco, hicieron un hueco lo suficientemente grande como para pasar la mano y girar la llave que aún se encontraba en la cerradura. Aún tuvieron que agrandar el agujero para meter parte del brazo y elevar el cerrojo.

Espada en mano subieron las escaleras. Encontraron a Frederick, que ofrecía una horrible mueca a todo aquel que se atreviera a mirarle. El corte que le atravesaba el estómago inundaba de oscura sangre los tablones de la que en su día fue residencia de los Norman. Mientras

exploraban el cadáver advirtieron la voz del viejo cochero en la oscuridad:

—¡Acaba conmigo también! Es lo justo...

Andrew, al que un tenue rayo de luna le permitió distinguir entre las sombras el rostro furtivo de Samuel, hincó las rodillas en la hierba y rompió a llorar; pero la muerte aquella noche pasó de largo sobre él.

El sheriff Aldworth y sus hombres llegaron al amanecer. A la luz del nuevo día fue fácil esclarecer los hechos. Cuando los dos guardianes le mostraron el taburete que permitía acceder al ventanuco, escuchó la voz del viejo cochero, que desde la noche, permanecía arrodillado con su mirada azul perdida en una colina cercana.

—Debería haberme destripado a mí también.

El enjuto sheriff se acercó hacia él.

—¿Por qué decís algo así?

—He obrado peor que Judas, y preferiría pagar mis pecados en esta vida antes que perder la eternidad... El chico sólo hacía justicia por su padre.  
—Y añadió mientras rompía a llorar—: ¡Frederick me obligó a erigir falso testimonio contra el Sr. Page!

Andrew relató precipitadamente los pormenores de la historia, sin importarle que sus palabras le arrastrasen a prisión hasta el fin de sus días.

La historia de la conspiración, y de cómo Martin Page fue ahorcado siendo inocente, pronto se hizo popular, por lo que Aldworth tuvo que acarrear durante el resto de su vida el menosprecio de sus conciudadanos. El sheriff, temiendo la venganza de Samuel, preguntaba de cuando en cuando por si alguien había visto en la zona a un hombre marcado por una gran cicatriz.

Adam, por aquel entonces, tuvo que responder a numerosas preguntas ante la justicia. Como la mayoría de la gente daba por muerto a Samuel, los vecinos adjudicaron el nacimiento de Elizabeth a la relación fugaz de Adam con alguna mujer carente de moralidad.

Con parte del dinero que le proporcionó Samuel, Adam consolidó su negocio, tomando el relevo al que antaño regentaba Martin. Meses después, se trasladó con Elisabeth a la antigua casa de los Page, reparándola y llenándola de nuevo de vida, llantos, risas y alegrías, hasta que, pasados casi veinte años, la muerte vino a llamarle.

## Capítulo 30

*"Deambulé enfermo por el bosque, bebiendo de los arroyos y alimentándome de hierbas. Desconozco si padecí la misma enfermedad que acabó con tu madre, que en el último momento de la epidemia se tornó menos letal, aunque yo así lo creo, porque en esos días sufrí varias abultaciones a lo largo de mi cuerpo. La propia Cecilia sobrevivió a la peste, aunque desgraciadamente murió en el incendio que asoló gran parte de Londres apenas un año después de nuestra marcha.*

*Prófugo, tomé un nombre nuevo y no regresé a Bristol, evitando complicaciones con la justicia que os pudieran haber comprometido a Adam o a vos. Sin saber dónde ir, vagué sin más compañía que las cartas y el medallón de vuestra madre.*

*De pueblo en pueblo intenté buscar un trabajo que me permitiera malvivir y cobijarme del frío. No hubo puerta que me acogiese, pues yo era uno de tantos hambrientos, y como por desgracia para mí las leyes me prohibían vagabundear, en algunos lugares me azotaron por el mero hecho de acercarme a su aldea.*

*Unos días antes de que llegara el invierno, me recluyeron en un correccional cerca de York, donde rocé la locura sobreviviendo sólo por la esperanza de volver a veros algún día.*

*Cuando la gente comenta que el tiempo que trascurrió del verano de 1665 al de 1666 fue el peor año de nuestro país por la hambruna, la guerra, la peste y el gran incendio, yo recuerdo el tormento particular que fueron aquellos tiempos para mí, y aunque en el correccional viví en las peores condiciones que el ser humano ha conocido, jamás se pondrán comparar con el dolor que sentí en aquellos meses en los que por seguir los caminos más sombríos de mi corazón perdí todo aquello que poseía: honor, libertad, mi negocio y lo que es peor, a mi buen padre y a tu amada madre. Sólo Dios sabe lo que me hubiese gustado que les conocieseis, y si aquel año en el que la muerte se paseó entre nosotros conseguimos purgar nuestros pecados. Yo sólo sé que en aquel tiempo su dedo señaló a Londres, y se llevó más de cien mil almas de los que allí residían, y entre aquel horror, tuve la fortuna de que a mí me dejara huir junto a vos, que sois lo único bueno que me trajo aquel aciago año.*

*Cuando tras largos años recobré mi libertad, viajé hacia el Norte con la esperanza de salir del país y reencontrarme con mis antiguos socios. Hace cinco años me afinqué junto Alec, que me acogió de nuevo permitiéndome mediar en sus negocios.*

*En cuanto conseguí un hogar y una renta digna, mi amigo partió hacia Bristol con el propósito de traeros a mi residencia, aquí, en tierras*

*escocesas; pero Adam le rogó un año de espera, para poder cerrar sus negocios, vender sus pertenencias y emprender el traslado junto a vos, ya que os quiere como a una hija. Alec no pudo negarse, Adam merece disfrutar de vuestra compañía, ha demostrado ser un amigo fiel y de gran ayuda en nuestras vidas. En previsión de cualquier acontecimiento funesto que le impidiese exponeros sus intenciones, os envió todas las cartas de vuestra madre, su colgante y mis notas, en las que trato de esclareceros lo acontecido durante aquel año.*

*Espero que las noticias de la enfermedad de Adam no sean ciertas, pero de ser así y llegar al fatal desenlace, no dudéis en reuniros conmigo, ya que no hay nada que más desee en esta vida que veros a mi lado.*

*Vuestro padre que siempre os ha amado. Samuel Page”.*

Elisabeth levantó la vista del manuscrito y, tras doblarlo cuidadosamente, lo guardó junto al resto de sus pertenencias. Hacía frío, por lo que se recolocó la pañoleta antes de mirar por la borda. Bajo un manto de nubes blancas, el agua discurría tranquila entre las pardas colinas del fiordo de Clyde, estaban llegando.

El puerto era más grande de lo que había imaginado.

Al ver llegar el barco, un muchacho saltó del barril en el que descansaba y corrió entre las casas para difundir la noticia.

Una mujer rubicunda y risueña, que elevaba con ambas manos su falda para poder andar con mayor viveza, fue la primera en llegar. Era Nora, la esposa de Alec, a la que el tiempo parecía haber tratado bien. Pronto se congregaron un puñado de vecinos.

Elisabeth le reconoció con facilidad: con barba canosa, un rostro que comenzaba a marcar arrugas y la cicatriz que le recorría la cara hasta parte del labio, su padre aguardaba inquieto. Ella le miró con curiosidad, él la había reconocido.

Alec, que estaba un paso tras de ella, descansó su mano en el hombro de la joven.

Una antigua sensación de regocijo, casi olvidada, excitó las lágrimas de Samuel cuando aquella muchacha de ojos claros, como los de su madre, levantó la mano para saludarle [1].

[1] Se calcula que unas 70.000 personas murieron por la gran plaga y más de 13.000 edificios ardieron con un número incierto de muertos. En 1667 John Dryden escribió su poema "Annus Mirabilis" enfatizando el milagro de haber sobrevivido a los eventos del fatídico 666. Este poema popularizó el término que, años después, derivó en "Annus Horribilis".

## Capítulo 31

\*\*\*

¡Gracias por leerme! Espero tus comentarios.

Para cualquier consulta particular, mi email es: [jforientacion@gmail.com](mailto:jforientacion@gmail.com)